





Enrique Carbonero

Enrei

no vale nada

Don Tomasuela

Dr Tomas Abela

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA,

ROBADAS Á ESPAÑA,

Y ADOPTADAS EN FRANCIA

POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS Á SU PATRIA

Y Á SU LENGUA NATIVA

POR UN ESPAÑOL ZELOSO
que no sufre se burlen de su nacion.

NUEVA EDICION
Aumentada con la continuacion de la historia de Gil Blas hasta su muerte.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE BARCO.
1811.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE SE CONTIENEN EN ESTE SEGUNDO TOMO.

CONTINUACION DEL LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

CONTINUACION DEL LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO QUINTO.

VESE GIL BLAS DE REPENTE EN LANCES DE AMOR CON UNA HERMOSA DESCONOCIDA.

Despues de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, mientras despertaba el amo, fui á hacer mi corte al mayordomo, cuya vanidad me pareció se complacia del cuidado que yo ponia en rendirle mis respetos. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien á la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque nueva

para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fue asi, porque tardé mui poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que era antes, pasé de repente á vivaracho, atolondrado, intrépido y aturdido. Cumplimentóme sobre mi metamórfosis el criado de Don Antonio, y me dixo, que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener aventuras amorosas. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre; que todos nuestros camaradas estaban amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de ser mirado con buenos ojos por dos damas de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dixe: amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no acierto á concebir cómo se han podido prendar de un hombre de tu condicion dos damas distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad verdaderamente! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soi. Estas conquistas las he hecho baxo los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, aprendí bien las modales, y

fuime al paseo público. Hice guiñadas y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis significativas muecas. Seguíla, y logré tambien hablarla. Díme el nombre de D. Antonio Centellas: pedí una cita, hizo algunos esguinces, apreté, convino al fin en ello &c. Hijo mio, asi me he gobernado yo para lograr tales fortunas, y si tú las quieres tener, sigue mi exemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre para que dexase de poner en execucion este consejo, y mas quando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví pues enmascararme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise hacerlo en nuestra casa porque no se supiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquetillo, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia vestirme y desnudarme libremente. Vestíme alli lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y quando nos pareció que ya no cabia mas, me encaminé ácia el prado de S. Gerónimo, de donde estaba bien persuadido

no volveria sin haber hallado alguna fortuna. Mas no tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle excusada, ví salir de cierta casa pequeña, y montar en un coche que estaba á la puerta, una dama ricamente vestida, y perfectamente bella. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado. Por su parte me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el manto, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuese en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ! O qué hermosura! me decia yo á mí mismo. No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos damas que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Mientras estas reflexîones volví casualmente los ojos ácia la casa de donde habia visto salir aquella hermosa niña, y ví asomada á la

ventana del quarto baxo una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Partí volando á la casa, y en una sala mui decentemente amueblada encontré á la venerable y discreta vieja, que teniéndome por algun marques, me saludó con mucho respeto, y me dixo: sin duda, señor, que V. S. habrá hecho baxo concepto de una muger, que sin tener la fortuna de conocerle le hizo señal para que entrase en su casa; pero juzgará mas benignamente de mí quando sepa que no lo hago asi con todo el mundo, y que V. S. me parece algun señor de la corte. No se engaña vmd., amiga, la interrumpí, poniendo la pierna derecha sobre la izquierda, y ladeando un poco el cuerpo con gracia y autoridad. Soi, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto, asi lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias. Este es mi flanco. Y habiendo observado desde mi ventana que V. S. se paraba á mirar con atencion aquella dama que acaba de salir de aqui, me atreveré á suplicarle que me diga con toda fran-

queza y confianza si le ha gustado. Gustóme tanto, la respondí, que en mi vida he visto criatura que me haya arrebatado mas. Os lo juro como caballero de honor. Asi pues, madre mia, vamos á una los dos, y contad seguramente con mi agradecimiento. Este es de aquella especie de servicios que nosotros los señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoi dedicada á servir á las personas de mayor condicion, y que todo mi gusto es poderlas ser útil en alguna cosa. Por exemplo: yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que estan de honestas y virtuosas no las permite admitír en la suya cortejantes: yo las ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion ó temperamento con la decencia exterior. ¡Bellamente! la respondí yo, y es mui verosimil que vmd. acabe de hacer este servicio á la dama de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella, esa es una señora viuda y moza, que desea un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á

lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros la he presentado, todos tres á qual mas galan y mas airoso; y sin embargo ninguno la contentó, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! exclamé yo, eso á mí no me acobarda: disponed que yo la trate, y sobre mi palabra, que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo gran curiosidad de verme á solas con una muger dificil, porque hasta ahora ninguna he encontrado que me resista. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará su curiosidad. No faltaré, respondí; y verémos si un caballero cortesano, mozo, y no corcobado ni cobarde, puede emprender con felicidad esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el exíto de la presente. Al siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fui á casa de la vieja una hora antes de la que ella me habia señalado. Señor, me dixo, V. S. ha venido mui puntual, á lo que le estoi verdaderamente agradecida. Es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mu-

cho de esa amabilísima persona. Encargóme que nada le dixese de esto ; pero he cobrado tanto amor á V. S., que no puedo menos de decirle que ha quedado mui enamorada de V. S., y que será un señor afortunado. Hablando aqui entre los dos, la tal viudica es un bocado mui dulce. Su marido vivió poco tiempo con ella ; fue un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra heroina en llegar á casa de la vieja en coche como el dia anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dexó ver en la sala salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas reverencias á la petimetra, acompañadas de garbosas y tiernas contorsiones. Acercándome despues á ella con cierto aire de familiaridad, la dixe: madama, aqui tiene vmd. á sus pies, en este caballerito mozo, una de las mas dificiles conquistas ; pero desde que ayer tuve la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante

se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazon. Sin duda, respondió ella, quitándose el manto, que el triunfo es mui glorioso para mí; mas ni por eso es mui pura mi àlegria, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de guardar como el azogue ó el espíritu volátil. Reina mia, la repliqué yo, si á vmd. la place, dexemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo, embarquémonos sin reflexîon, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion, pongamos solamente los ojos en los placeres y gustos que la acompañan.

Diciendo esto, me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa, y para imitar mejor á los petimetres, la supliqué, y aun importuné de un modo algo demasiadamente natural, que me hiciese felíz, dispensándome su gracia. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias, pero juzgando sin duda que aún no era tiempo de rendirse, me ale-

jó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome: deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. Qué, madama, exclamé yo, ¿ será posible que vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tixera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado, repuso ella, ya no puedo mas, y asi me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los aspamientos. Es preciso que una pobre muger haga la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como que padecia mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis hecho sentir ciertos afectos que jamas he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoi mui segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no me acabo de resolver á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entonces del ingenioso

modo con que el criado de D. Antonio habia salido de otro apuro semejante, y queriendo yo, á exemplo suyo, ser tenido por mi amo, la dixe: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan obscuro, que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de D. Matias de Silva? Sí señor, respondió ella, y aun diré tambien, que en cierta ocasion le ví en casa de una amiga mia. Sonrojóme un poco, á pesar de mi descaro, esta no esperada respuesta, y me turbé algun tanto; pero serenándome en el mismo instante, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, angel mio, de que conozcais á un caballero á quien tambien conozco yo; pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y asi somos, como veis, parientes mui cercanos. Yo me llamo D. César, y soi hijo único del ilustre D. Fernando de Ribera, que murió quince años há en la batalla que se dió en la raya de Portugal. Fue una accion endiabladamente viva, y os haria una exâcta y me-

nuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere se empleen en cosas de mayor gusto.

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada diosa me prometió solo sirvieron para hacerme suspirar mas por los otros que se me negaron. La cruel se volvió á meter en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dexé de retirarme mui satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavia no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora conseguir, me decia yo á mí mismo, mas que unos medios favores, sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida, la pareció que no podia, ni debia rendirse al primer abordo. El orgullo de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se difirió por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor que por la peor par-

te, y asi me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo quando nos despedimos que nos volveriamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me saboreaba en el gusto, cuya posesion creia infalible.

Lleno de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé vestido, y fui en busca de mi amo, que sabia estar en cierta casa de juego. Halléle jugando con efecto, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos fresquísimos jugadores que, ganen ó pierdan, nunca mudan de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente quando le daba bien, pero si perdia no se le podia sufrir. Levantóse mui alegre del juego, y se dirigió al corral de la calle del príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y alli me metió en la mano un ducado, diciéndome: toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos, y á media noche me irás á buscar en casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de D. Alexo Seguier. Diciendo esto metióse en el teatro, y yo me

quedé pensando en qué habia de emplear mi ducado segun la intencion del donador. Tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel mismo punto Clarin, criado de D. Alexo, y le llevé conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde alli nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baxa donde estaban dos criadas, la una de Arsenia, y la otra de Florimunda, riéndose ambas á carcaxada tendida, mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el quarto principal con nuestros amos.

El arribo de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡ quál fue mi admiracion quando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudica, á mi adorable viuda, que yo habia tenido por una marquesa, ó condesa á lo menos! Ella tambien me pareció no menos sorpren-

dida de ver á su querido D. César de Ribera convertido de petimetre en lacayo. Sin embargo nos miramos uno á otro sin desconcertarnos, y aun nos vino á entrambos tal ímpetu de risa, que no la pudimos reprimir. Despues de lo qual, Laura, que este era el nombre de mi princesa, retirándome á parte, mientras Clarin hablaba con su compañera, me tomó con gracia la mano, diciéndome en voz baxa: toque vmd., señor Don César, dexémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á maravilla, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Ea, confiese vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, la respondí; pero reina mia, seas lo que fueres, sábete que aunque he mudado de forma, no he mudado de parecer. Acepta benignamente mi cariño; y permite que acabe el ayuda de cámara de Don Matias lo que comenzó D. César de Ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres

entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis amantes y de mis adoradores. No necesitamos ya de la vieja para nada; puedes venir aqui con toda libertad; porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general, fue viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada dificiles de entenderse. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, brillaba sobre todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian tan poderosamente por la parte alta, que se conocia no ser su conversacion mas seria ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dixeron aquella noche en casa de Arsenia, se pudiera componer un libro mui instructivo pâra la

juventud. Mientras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa, quiero decir, que ya habia amanecido, y fue preciso separarnos. Clarin siguió á D. Alexo, y yo me retiré con Don Matias.

CAPÍTULO VI.

DE LA CONVERSACION DE ALGUNOS SEÑORES SOBRE LOS COMEDIANTES DE LA COMPAÑÍA DEL PRÍNCIPE.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama recibió un villete de D. Alexo Seguier, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos alli al marques de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. D. Matias, dixo Seguier á mi amo, presentándole el tal caballerito, este caballero es D. Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Varsovia casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Polonia. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un

tiempo tan precioso , y para hacerle mas grato y mas divertido tengo necesidad de ti y del marques de Zenete. Al oir esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de D. Alexo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. Á mí me agradó mucho todo lo que decia D. Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de un discernimiento delicado y justo.

Comieron todos en casa de Seguier, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entonces fueron todos al teatro en el corral del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *La Reina de Cartago*. Acabada la representacion volvieron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la comedia que acababan de oir, y los actores que la representaron. En quanto al drama, dixo D. Matias, hago poco aprecio de él, porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneida; pero es preciso confesar que se presentó divinamente. Veamos lo que nos dice el señor Don Pompeyo, porque sospecho que no se

ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á vmds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente con sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no van de acuerdo nuestras opiniones. Bien dicho, interrumpió burlándose D. Alexo, porque aqui seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los trompeteros de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas, somos defensores del primor con que representan; y si fuere menester darémos certificaciones de que no es posible representar con mayor delicadeza, y ni aun con igual perfeccion. No lo dudo, interrumpió el pariente, y tambien pudieran vmds. darlas de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que voi viendo que las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestros comediantes de Polonia, dixo entonces zumbándose el marques de Zenete. Sí ciertamente, respondió D. Pompeyo, valen algo mas que los de Madrid. Por lo menos hai algunos en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esos tales,

replicó el marques, estarán seguros de vuestras certificaciones. Yo, repuso Don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellos, ni concurro á sus francachelas; y asi puedo juzgar de su mérito sin prevencion ni parcialidad. Pero en buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos á que en vuestros comediantes teneis una compañía excelente? No parblios, respondió el marques, yo solamente defiendo un número mui corto de los actores, y abandono á todos los demas. ¿Pero me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diferentes que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se consume, ó que se exhala quando llega á lo mas fino y mas patético de la declamacion. Convengo, respondió D. Pompeyo, en que mueve á llanto, y excita compasion; esto quiere decir que representa bien, pero no que no tenga sus

defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella: por exemplo; quiere expresar un afecto de admiracion ó de sorpresa. Vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice mui mal en la magestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto, que intentando engrosar un poco la voz, la qual es naturalmente dulce y delicada, hace una especie de sonido bronco mui desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la pieza hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no entendia aquello mismo que decia. Con todo creo mas bien que fuese alguna distraccion, que no falta de inteligencia.

A lo que veo, dixo D. Matias á este censor, ¿vos no estais de humor de componer versos en aplauso de nuestras comediantas? Perdonadme, respondió Don Pompeyo, antes bien descubro en ellas un gran talento por entre los celages de algunos ligeros defectos. Y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en los intermedios. ¡Qué gran naturalidad! ¡Con qué gracia se presentó en las tablas! ¿Tiene en su papel un dicho

agudo? Le sazona con una cierta risita maligna, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notarsela que alguna vez se dexa llevar con un poco de exceso de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo mugeríl, que siempre debe contenerse en los términos de vergonzoso y honesto; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera que corrigiese una mala costumbre. Muchas veces en medio de la scena, y en un pasage serio, interrumpe de repente la accion por dexarse llevar de un ímpetu de reir que de repente la viene. Diráseme acaso que entonces es precisamente quando mas la aplauden el patio y la cazuela. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice vmd. de los comediantes? Sin duda que contra estos disparará toda su artillería, quando no ha perdonado á las comediantas. No es asi, respondió D. Pompeyo, ví algunos actores mozos que dan mucha esperanza; sobre todo me contentó grandemente aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita mui naturalmente, y como se debe recitar. Si esos le contentaron á vmd. tan-

to, dixo Seguier, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á vmd. un gran comediante, un actor original? Y aun demasiadamente original, respondió D. Pompeyo, porque tiene tonos que son privativos suyos, por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos estan fuera del natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se para en las otras que no tienen alguno. Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtióme infinitamente, con especialidad en aquel pasage en que explica á su confidente la gran violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es facil expresar un dolor tan cómicamente. Poco á poco, primo, replicó D. Alexo, al paso que vas nos harás creer que aún no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Varsovia. ¿Sabes que el actor de quien se trata es un hombre raro? ¿No oiste las palmadas y los vivas con que fue de todos celebrado? Todo esto prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban estas palmadas ni esos vivas. Dexemos, señores, si les place, esos

aplausos del vulgo de todas clases. Freqüentemente los da fuera de tiempo y contra toda razon ; y por lo comun aplaude menos al verdadero mérito que al falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la refiera.

Juntóse en una gran plaza todo el pueblo de cierta ciudad para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon, al acabar otros varios juegos de manos quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dexóse ver solo en el tablado, cubrió la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un cerdillo de leche con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debaxo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa ; hízolo asi, y viendo que no tenia cosa alguna debaxo de ella, se renovaron los aplausos y la furiosa algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas expresiones de necia admiracion, gritó

pidiendo silencio, y dixo: señores, sin razon se admiran vmds. de lo que hace este bufon. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfeccion como á vmds. les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silvar al paisano, que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dexáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fue mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador; agáchase cubierto con su capa, tira de la oreja á un marranito que llevaba escondido baxo el brazo, y el animalito comienza á dar unos gruñidos que taladraban las orejas. Sin embargo el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silvos. No por eso se turbó, ni se desconcertó el buen labrador; antes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: señores, dixo con mucha socarronería, *vmds. no me han silvado á mí, sino al marrano. Miren aho-*

ra qué buenos jueces son.

Primo, dixo D. Alexo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncico, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, porque este ya me empalaga. ¿Con que tú estás resuelto á partir mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en gozar mas tiempo de tu amable compañía? También quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dixe que vine á la corte por cierto negocio de estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana debo volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Varsovia. Cátate un polaco hecho y derecho, replicó Seguier, y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió D. Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el rei de Polonia, y estoi bien hallado en su corte; pero ¿creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue su real benignidad, no faltó un tris para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo asi? le replicó D. Alexo.

Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió D. Pompeyo, y al mismo tiempo contaré tambien la historia de mi vida.

CAPÍTULO VII.

HISTORIA DE D. POMPEYO DE CASTRO.

Ya sabe D. Alexo, prosiguió D. Pompeyo, que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos de una paz octaviana, tomé el partido de ir á Polonia, á quien los turcos acababan de declarar la guerra. Me presenté al rei, y obtuve empleo en su exército. Era yo un segundo de los menos ricos de España, lo que me puso en precision de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atencion del general. Hice mi deber de modo que el rei me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran vmds., me dediqué á seguir la corte, y S. M., por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosi-

dad del monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poniame á su presencia aquellas horas en que era permitido verle y hacerle corte. Por esta conducta me introduxe insensiblemente en su amor, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia en que se corrieron cañas y sortija en un torneo sobresalió mi buena suerte de manera que toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones, y halléme con un villete de cierta dama, cuya conquista me lisonjeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel dia. Deciame en él que deseaba hablarme, y que para eso á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán vmds. que no me descuidé, y que apenas anocheció volé al parage que se me habia citado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introduxo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me conduxo á un rico ga-

binete, en que me dexó encerrado, diciéndome: sírvase V. S. de esperar aqui mientras aviso á mi ama. Ví mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bugías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuia á ratificarme en que no podia menos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me aseguré en mi opinion quando ella se dexó ver con un aire verdaderamente noble, garboso y magestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dixo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria tan impertinente como inútil disimularos los tiernos sentimientos que habeis excitado en mi corazon. Ni penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habeis manifestado á vista de toda la corte; no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su explicacion. Tiempo há que estoi mui informada de lo que sois, y lo mucho bueno que oí me determinó á seguir mi inclinacion. Pero no os lisonjeis, prosiguió ella, cre-

yendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soi mas que la viuda de un oficial de guardias : lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doi sobre uno de los mayores señores del reino. El príncipe de Radrivil me ama, y hace quanto puede para ser correspondido ; pero no lo consigue, y solo sufro sus obsequios por vanidad.

Aunque conocí por este discurso que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dexé de reconocerme agradecido á mi estrella por este encuentro. Madama Hortensia, que asi se llamaba, estaba en la flor de su juventud, y su extraordinaria hermosura me encantaba. Fuera de eso me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un príncipe. ¡Gran triunfo para un caballero mozo y español! Arrojéme á los pies de Hortensia para rendirla gracias por sus favores. Díxela quanto la podia decir un hombre apasionado, y creo que quedó mui satisfecha de las vivas expresiones con que la protesté mi fidelidad y mi reconocimiento. Separámonos, quedando los dos mejores amigos del mundo, conve-

nidos en que nos veriamos todas las noches que no pudiese venir á su casa el de Radrivil, tomando ella á su cargo el avisarme exâctamente. Asi lo hizo, y en fin yo vine á ser el Adonis de aquella nueva Venus.

Pero los gustos de esta vida duran poco. Á pesar de las precauciones que tomó la dama para que nuestro comercio no llegase á noticia de mi competidor, no dexó de saber todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Informóle de ello una criada descontenta; y naturalmente generoso, pero fiero, zeloso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La cólera y los zelos le turbaron la razon, y aconsejándose solo con su furor, determinó tomar venganza de mí, pero del modo mas infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me esperó á la puerta falsa del jardin en compañía de sus criados, armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se echasen sobre mí aquellos miserables, y les ordenó que me moliesen á palos. Dadle recio, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apenas dixo estas palabras

quando todos se echaron sobre mí, y me dieron tantos palos, que me dexaron tendido en tierra, sin sentido y como muerto. Retiráronse despues con su amo, para quien habia sido aquella cruel execucion el mas divertido y mas alegre espectáculo. Al amanecer pasaron cerca de mí algunas personas, las quales observando que todavia respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se halló que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en menos de dos meses. Al cabo de este tiempo volví á parecer en la corte, donde proseguí en el mismo método que antes, pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la qual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viesemos, porque á este solo precio la habia perdonado el príncipe su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué imaginarse de mi aparente insensibilidad. Unos creian que á pe-

sar de mi valor la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultrage. Otros, con mayor razon, no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El rei pensó, como estos, que yo no era hombre que olvidase un insulto sin tomar satisfaccion, y que no dexaria de vengarme quando encontrase oportunidad. Para saber si habia adivinado mi pensamiento me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dixo: D. Pompeyo, ya sé el accidente que te sucedió, y confieso que estoi admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quién pudo ser mi ofensor, porque fui acometido de noche por embozados y gente desconocida, y nada tengo que hacer sino consolarme de mi desgracia. No, no, replicó el rei; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera: estoi informado de todo. El príncipe de Radrivil fue el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé mui bien en lo que te empeñan estas dos qualidades. Sin duda has formado resolucion de vengarte. Quiero absolutamente que me

confieses el partido que has tomado, y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, no puedo menos, respondí yo, de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe mui bien el ultrage que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al príncipe de una manera que corresponda á la indignidad de la ofensa. Le envainaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España si pudiere. Este, señor, es mi ánimo. Á la verdad, repuso el rei, me parece violento; pero ni por eso me atreveré á condenarle, considerada bien la villania de la injuria que te hizo Radrivil. Conozco que merece el castigo que le tienes preparado; pero suspéndelo por un poco, no le pongas en execucion tan presto. Dame tiempo para pensar, y para encontrar algun temperamento que os esté bien á los dos. ¡Ah,

señor, exclamé yo no sin alguna conmocion. Pues á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto. Qué temperamento puede jamas.... Si no encuentro alguno que os dexe á entrambos satisfechos, podrás executar entonces lo que tienes resuelto. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes estar mui tranquílo.

Andaba yo discurriendo por qué medios podia pretender el rei componer amigablemente este negocio; y he aqui como lo gobernó. Habló en particular á mi enemigo, y le dixo: Radrivil, tú has ofendido á D. Pompeyo de Castro: no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo amo, y que me ha servido bien. Le debes dar satisfaccion. Señor, respondió el príncipe, si él la pide, pronto estoi á dársela con la espada en la mano. Es mui diferente la que le debes dar, replicó el rei. Un español noble sabe demasiadamente las leyes del pundonor para querer medir la espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la indecencia de una accion tan villana sino presentando tú mismo un

baston á tu enemigo, y ofreciéndote á ser apaleado por su mano. ¡ Santo cielo! exclamó mi enemigo. Pues qué, señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi nacimiento se humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el rei. Yo obligaré á D. Pompeyo á darme palabra de que no te tocará; solo pretendo que le pidas perdon de tu violencia, presentándole el baston. Señor, replicó el príncipe, eso es pedirme demasiado, y quiero mas quedar expuesto á las ocultas y alevosas asechanzas de su resentimiento. Tu vida es para mí preciosa, repuso el monarca, y yo quisiera que este negocio no tuviera funestas conseqüencias. Para terminarlo con menos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que absolutamente quiero y mando que des al injuriado español.

Necesitó el rei de todo su poder para conseguir que Radrivil se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo consiguió. Envióme despues á llamar: contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, y me preguntó si me contentaria yo con aquella satis-

faccion. Respondíle que sí, y dí palabra de que lejos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el baston que me presentase. Arregladas asi las cosas concurrimos el príncipe y yo al quarto del rei en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dixo al príncipe, reconoced vuestra falta, y mereced el perdon. Hizome entonces sus excusas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, D. Pompeyo, ese baston, me dixo el rei, y no os detenga mi presencia para no tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que me disteis de no maltratar al príncipe. No señor, respondí yo: basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el rei, ya que los dos os dais por satisfechos, podreis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dixo el príncipe en tono alterado y descompuesto, porque solo esto es capaz de consolarme

del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró lleno de cólera y de confusion, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio excusado. Acudí á él, y le encontré mui prevenido para reñir bien. Tenia unos quarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor. Podiase decir con verdad que era igual el partido entre los dos. Venid, D. Pompeyo, me dixo, y terminemos de una vez nuestras diferencias. Uno y otro debemos estar furiosos, vos por el tratamiento que os hice, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó mano á la espada arrebatadamente, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor viveza; pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sucedido á no haber tropezado el príncipe, y caido de espaldas quando se defendia retirándose. Paréme inmediatamente luego que le ví en tierra, y le dixe que se levantase. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó él. Me ofende mucho esa

piadosa generosidad. Tambien quedaria mui obscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia; vileza que no cabe en un corazon noble y español. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

No, D. Pompeyo, me dixo mientras se iba levantando, despues de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí, si tuviera la desgracia de pasaros el corazon? Tendriame por un villano cobarde si quitaba la vida á quien me pudo dar la muerte. No puedo pues armarme contra vuestra vida; antes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. D. Pompeyo, cesemos ya de aborrecernos. Poco dixe: seamos amigos. ¡Ah, señor, exclamé yo, y con qué gusto acepto una proposicion tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas concluyente, os prometo no poner mas los pies en casa de Doña Hortensia, aun quando ella lo deseara. No admito la promesa, dixo él, antes bien yo quiero cederos aquella dama.

Es mas razon que yo os la abandone, puesto que su inclinacion es natural por vos. No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me dispensaria podrian inquietaros, y asi quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh, gran español, lleno todo de nobleza y generosidad! exclamó transportado Radrivil, y estrechándome entre sus brazos. Me encanta, me hechiza ese vuestro nobilísimo modo de pensar. ¡Oh, y qué remordimientos del corazon siento al oirlo! ¡Con qué dolor, y con quánta vergüenza se me viene á la memoria el villano ultrage que os hice! Paréceme ahora mui ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del rei. Quiero repararla de un modo mas público, para borrar enteramente la infamia. Tengo una sobrina, de cuya mano puedo absolutamente disponer: yo os ofrezco su mano; es una heredera rica, no tiene mas que quince años, y todavia es mas hermosa que jóven.

Hice al príncipe todos los cumplimientos, y le dí todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de entrar en su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte

se congratuló con aquel señor por haber hecho la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia ; y mis amigos se alegraron conmigo del felíz remate de una aventura que prometia mas doloroso y mas funesto desenlace. Desde entonces acá , señores mios , vivo con el mayor gusto en Varsovia. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevos testimonios de su amistad ; y puedo asegurar sin ostentacion que estoi bien puesto en el ánimo y en la gracia del rei. Prueba es de su estimacion la importancia del negocio que de su órden me ha traido á Madrid.

CAPÍTULO VIII.

MUDA GIL BLAS DE AMO POR CIERTO ACCIDENTE QUE SUCEDIÓ.

Esta fue la historia que contó Don Pompeyo, y que oímos el criado de Don Alexo y yo , aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicímoslo asi , mas nos quedamos á la puerta de la sala , que de propósito dexamos entornada , y pudimos oir to-

do lo que dixo sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues aquellos señores en beber ; pero lo dexaron antes del dia, porque como D. Pompeyo habia de hablar por la mañana al ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marques de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dexándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos antes de amanecer; y por la mañana mi amo me honró añadiéndome otro nuevo empleo. Gil Blas, me dixo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que te quiero dictar, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dixe entre mí : esto se llama acrecimiento de títulos y de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. El cielo sea loado. Voi, como la triforme Hecates, á representar tres mui distintos personages. Tú no sabes, prosiguió mi amo, qué fin tengo en escribir estas cartas. Voi á decirtelo ; pero sé callado, porque te importa la vida. Á cada

paso me encuentro con gentes que me apestan, alabándose de sus felices aventuras; yo quiero sobrepujar á su vanidad, y para eso he pensado llevar siempre en el bolsillo varios villetes fingidos de diferentes damas, y leerselos quando ellos hagan necio alarde de sus conquistas. Esto me divertirá un momento, y seré mas afortunado que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé pues pluma, tinta y papel para obedecer á D. Matias, que me dictó un villete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dexaste ver èn el sitio concertado. ¡ Ah, D. Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error, pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á Doña Clara de Mendoza.* Despues de es-

te villete me hizo escribir otro como de una dama que sacrificaba un gran señor al amor de su persona ; y otro en el qual otra dama le decia, que si estuviera segura de su discrecion y secreto, harian juntos el viage de Citherea. No contentándose con hacerme escribir unos villetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras mui distinguidas. No pude dexar de decirle que la cosa me parecia demasiadamente delicada ; pero me respondió secamente, que nunca me metiese en darle consejos mientras no me los pidiese. Víme obligado á callar y á obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los villetes en el bolsillo, y salióse de casa. Seguíle, y fuimos á la de D. Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reinó en toda ella la alegria, que es la salsa mejor de los festines. Todos los convidados contribuyeron á mantener viva la conversacion , unos con chistes , y otros contando historietas que les habia sucedido, siendo ellos mismos los heroes y protagonistas. No malogró mi amo la

ocasion de que lo luciesen sus villetes y papeles amorosos. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que á excepcion de su secretario todos los demas pudieron tenerlos por mui verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan donosa lectura habia uno que se llamaba D. Lope de Velasco. Era por casualidad hombre grave y de juicio. Éste, en vez de celebrar como los otros las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho la conquista de Doña Clara. Menos que nada, le respondió D. Matias. Ella dió todos los primeros pasos. Vióme en el paseo, pagóse de mí, mandó que me siguiesen, supo quién era yo, escribióme y citóme para su casa á la una de la noche, quando todos estaban durmiendo. Fui allá, introduxéronme en su quarto... Lo demas no sufre mi discrecion que lo diga.

Quando D. Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto, que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos villetes, dixo á mi amo mirándole con ojos torvos y airados,

son absolutamente falsos, particularmente el de Doña Clara de Mendoza, de que haces tanta obstentacion y tanta pompa. No hai en España señorita mas reservada ni mas circunspecta que ella. Dos años há que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en mérito personal, y apenas ha podido conseguir los mas indiferentes y mas inocentes favores: siendo asi que se puede lisonjear de que si fuera ella capaz de dispensar alguno, á ninguno otro que á él los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Convengo en que es una señorita mui honesta; yo tambien soi un mui honesto caballerito, con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. Oh! eso ya es demasiado, interrumpió D. Lope. Dexémonos de truhanerías: vos sois un embustero, y nunca os citó Doña Clara para su casa ni de dia ni de noche. No puedo sufrir que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la discrecion deciros todo lo demas que mereceis. Y diciendo estas palabras volvió broncamente las espaldas á todos, y se retiró con un aire que anunciaba las

malas conseqüencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco aprecio de las amenazas de D. Lope. Gran tonto! exclamó, dando una carcaxada. Los caballeros andantes, como D. Quixote de la Mancha, solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas; pero éste quiere defender la *sin par honestidad* de la suya; lo que me parece mayor empeño, ó á lo menos mas risible extravagancia.

El retiro de Velasco, al que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar mientes en ello, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me vencia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspeda, ó por mejor decir sin nuestro portero, que una hora despues me vino á despertar, y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. ¡Ah maldito portero, le dixe bostezando, entre enfadado y dormido, ¿no consideras que solo há una hora que me acosté? Dí á ese hombre

que estoi durmiendo, y que vuelva de aqui á cinco ó seis horas. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa de importancia, y de mucho apuro. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando pestes por la boca fui á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dixe, ¿qué negocio tan urgente es el que me ha procurado el poco gustoso honor de verte tan de mañana? Una carta, respondió él, que debo entregar en mano propia del señor D. Matias, y es preciso la lea quanto antes. Su contenido es de la mayor importancia, y asi te ruego que me introduzcas en su quarto. Persuadido que debia ser alguna cosa de grande conseqüencia, me tomé la libertad de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dixe, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia... ¿Qué diantres me quieres? dixo enfadado. Señor, dixo entonces el mozo que me acompañaba, es una carta de D. Lope de Velasco, que debo poner en mano propia de V. S. Tomó el villete D. Matias, leyóle, y dixo con mucho sosiego al criado de D. Lope: hijo, yo

nunca me levanto hasta medio dia, aunque conviden para la mayor diversion del mundo ; mira si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Puedes decir á tu amo , que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice , seguramente nos verémos en él. Dale esta respuesta ; y diciendo esto volvióse á zabullir entre las sábanas , y tardó mui poco en volverse tambien á dormir.

Á las once y media se levantó , y se vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba que le siguiese ; pero no pude resistir á la curiosidad de vér en qué paraba aquel negocio. Fuime tras de él á lo largo hasta el prado de san Gerónimo , donde ví á lo lejos á D. Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos, y ví que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la riña , peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor ; pero al fin se declaró la victoria por D. Lope , quien con una estocada pasó de parte á parte á mi amo; dexóle tendido en tierra , y se escapó

mui satisfecho de haber tomado venganza. Corrí exhalado á D. Matias, halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció, y no pude menos de llorar una muerte de la qual sin pensarlo habia yo servido de instrumento. En medio de eso y de mi justo dolor no dexé de pensar en hacer lo que me convenia. Volvime prontamente á casa sin decir palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el qual por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia depositado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oir; pero sobre todo fui á contársela á Rodriguez. Este menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de D. Matias, mandólos que le siguiesen, y fuimos todos al lugar de la pelea. Levantamos á D. Matias, que aún respiraba; llevámosle á casa, y murió tres horas despues. Tal fue el trágico fin del señor D. Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos y fabricados por él.

CAPÍTULO IX.

DEL AMO Á QUIEN FUE Á SERVIR GIL BLAS DESPUES DE LA MUERTE DE D. MATIAS.

Algunos dias despues del entierro de D. Matias fueron pagados y despedidos todos sus criados. Yo entablé mi alojamiento en casa del barberillo, con quien contraxe estrechísima amistad. Prometíame estar alli con mas gusto y con mayor libertad que en casa de Melendez. Como tenia algun dinerillo, no me dí prisa á buscar nueva conveniencia. Por otra parte me habia hecho mui delicado en este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria primero exâminar bien el empleo á que me destinasen. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido á que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y petimetre.

Esperando á que la fortuna me presentase una casa qual me imaginaba yo merecia, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que dedicándome á obsequiar á la bella Laura, á quien no ha-

bia visto desde el dia en que nos desengañamos los dos tan graciosa como pacíficamente. No me pasó por el pensamiento volver á hacer el papel de Don Cesar de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas quando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre D. Cesar y Gil Blas; sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fui á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion la habia hablado. Exclamó luego que me vió: ¿qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque creí que te habias muerto ó te habias perdido. ¿En siete ú ocho dias no has tenido tiempo para verme? Bien se conoce que no abusas de las licencias que te conceden las damas.

Excuséme con la muerte de mi amo y con las ocupaciones que ocurrieron, añadiendo mui cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siempre mui presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo asi, me dixo ella, se acabaron ya las quejas, y te

confesaré que tambien yo te he tenido mui presente. Luego que supe la desgracia de D. Matias se me ofreció un pensamiento que acaso no te desagradará. Dias há que oí á mi ama el gusto que tendria en encontrar un mozo que entendiese de cuentas y economía para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregase para el gobierno y gasto de la casa. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leido las *Economías de Aristóteles*, y por lo que toca á llevar una cuenta ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad tengo para entrar en el servicio de Arsenia. ¿Qué dificultad, replicó Laura? He jurado, repuse yo, no servir jamas á gente comun; y lo peor es que lo juré por la laguna Stigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú quánto deberá respetarle un pobre criado. ¿Á quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho sacudimiento. ¿Por quiénes tienes tú á los comediantes? ¿Parécete que son por

ahí algunos abogadillos ó algunos procuradores? Sábete, amigo mio, que los comediantes son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personages de la corte.

Siendo asi, la dixe yo, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade, ni haga menos de lo que soi. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un petimetre al servicio de una heroina de teatro es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma linea con las personas de la primera distincion: los mismos equipages, la misma mesa, y en el fondo es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un marques y un comediante en el discurso de un dia, vienen casi á ser la misma cosa. Si el marques en las tres partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra parte es mui seperior al marques, porque representa el papel de emperador ó de rei. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la corte. Asi es, verdaderamente,

respondí yo; sin duda que estais á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aqui, y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aqui á dos dias. Tomo este tiempo para ir disponiendo á mi ama á que te reciba. Hablaréla en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado á que lograré que entres en casa.

Díla las gracias por su buena voluntad, asegurándola quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con expresiones tales, que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decirla la llamaba su ama. Separámonos, y yo salí con grandes esperanzas de que resto tendria la fortuna de escupir en orte. No dexé de volver al plazo señado. Ya te estaba esperando, me dixo aura, para darte la alegre noticia de ue eres de los nuestros. Ven conmigo, ue quiero presentarte á mi señora. Diiendo esto me llevó á un quarto comuesto de cinco ó seis salas, á qual mas ica y mas soberbiamente alhajadas.

¡Qué luxo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en el quarto de alguna vireina, ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo amontonadas en aquel quarto. Lo cierto es que habia en él lo mas precioso de todas las naciones, tanto que se podia definir con mucha propiedad: *el templo de una diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y mas precioso de su respectivo pais.* Descubrí la deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso *desabillé*, y ocupaba sus bellísimas manos en acomodar un primoroso tocado para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, la dixo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á vmd. que seria dificil enco[n]trar otro que fuese mas á propósito. M[i]róme Arsenia con particular atencion, [y] tuve la fortuna de que no la desagrad[é]. Cómo asi, Laura, exclamó ella, ¿quie[n] te dió noticia de tan bello mozo? ya e[s]toi viendo que me hallaré mui bien co[n] él. Y volviéndose á mí, querido, me d[i]

xo, [illegible] eres el que yo buscaba, y el que ve[illegible]deramente me conviene. Solo tengo [illegible]e decirte una palabra : ¿ estarás co[illegible]nto de mí si yo lo estuviere de ti? R[illegible]ndíla que haria quanto estuviese d[illegible]l parte para darla gusto en todo. V[illegible]o, que estábamos acordes, me des-[illegible]rontamente para ir á buscar mi [illegible], y volver á tomar posesion de la [illegible] casa.

CAPÍTULO X.

[illegible] QUAL NO ES MAS LARGO QUE EL ANTECEDENTE.

[illegible]a poco mas ó menos la hora de la [illegible]edia. Díxome mi nueva ama que la [illegible]iese al teatro en compañía de Lau-[illegible] Entramos en su vestuario, donde se [illegible]ojó del vestido que llevaba, y se [illegible] otro magnífico y como lo requeria [illegible]pel. Quando comenzó la represen-[illegible] me conduxo Laura á un sitio de [illegible]e podiamos oir y ver perfectamen-[illegible] Gustáronme poco los farsantes por [illegible]yor parte, sin duda porque ya es-[illegible] preocupado contra ellos en virtud [illegible] que habia oido á D. Pompeyo.

Con todo eso fueron mui ap
aunque algunos me hicieron a
la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidad
diciendo el nombre de los co
y comediantas conforme iba
al teatro. Mas no contenta
brarlos, añadia siempre algu
satírico correspondiente á cada
te, decia, es una mala cabe
es un insolente. Aquella melin
ves, cuyo aire es mas desca
gracioso, se llama Rosarda, y n
mala recluta para la compañía.
de ir con la que se estaba forma
órden del virei de Nueva Esp
partir incesantemente para la
ca; pero se quedó acá por nuestra
gracia. Mira bien aquel astro lumi
que se adelanta, aquel bello sol
caminando á su ocaso: llámase C
y si cada uno de los amantes que
nido la hubiera contribuido con un
dra labrada para fabricar una pir
como dicen que en otro tiempo l
cierta reina de Egipto, podria
erigido una que llegase al terce
Finalmente á cada qual fue ap
Laura su parchecito, sin perdo

aun á su misma ama.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza, estaba yo hechizado con ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. Hablaba de todos mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo; y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y los galanteos que la decian los hombres. Una vez fui tras de ella para observarla, y ví que tenia muchos conocimientos. Noté que tres comediantes uno tras de otro la detuvieron para hablarla, y observé que usaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á sentir lo que eran zelos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura me lo conoció luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de ti desde que te dexé? Tienes una cara triste y sombría, que me da en qué pensar. Y lo peor es, reina mia, que es con sobrada razon, la respondí. Me parece que andas algo

suelta, y esto me da que pensar á mí mas que á ti mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte mui alegre y mui divertida con los comediantes.... Al oir esto, dixo ella soltando una grandísima carcaxada: vamos claros; que es gracioso el motivo de tu tristeza. ¡Pues qué! ¿de tan poco te espantas? esto es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil bellas cosas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho menos se usan zelos. En la nacion cómica los zelosos se llaman ridículos, y asi apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas buena del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias, solicitando las amistades &c.

Despues de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de quanto viese, me declaró que yo era el único y felíz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me protestó que me amaria siempre y únicamente. Despues de una seguridad como esta, de la qual po-

dia yo bien dudar sin miedo de que me tuviese por hombre mui desconfiado, la ofrecí no sobresaltarme por nada; y con efecto cumplí honradamente mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar en particular, reir y divertirse con varios hombres, sin darseme un bledo. Acabada la comedia volvimos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura habia en casa otros tres criados, una cocinera, un cochero y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. El cocinero, que á lo menos tenia tanta habilidad como la señora Jacinta, el ama del canónigo de marras, dispuso las viandas juntamente con el cochero, que era al mismo tiempo mozo de cocina. La camarera y el lacayuelo pusieron la mesa; yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vaxilla de plata y algunos vasos de oro: votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéla tambien con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de maestresala y de copero, á fin de mostrar que era hombre para todo. Admiréme de ver el

porte y aire de las comediantas durante toda la cena. Parecian unas damas de importancia, figurándose ellas mismas unas mugeres de la primera distincion. Lejos de dar á los señores el tratamiento de *excelencia*, no los daba ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus nombres. Es verdad que ellos tenian la culpa, porque se familiarizaban demasiadamente con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de heroe, los trataba tambien con mucha familiaridad: brindaba freqüentemente á su salud, y hacia los honores de la mesa. Á fe, dixe entre mí, que quando Laura me dixo que un marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo y juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres y burlonas. Escapáronseles mil dichos tiernos, y algo mas, mezclados con favorcillos y menudencias bien recibidas y mejor interpretadas por aquellos viejos pecadores. Mientras mi ama se zumbaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre

otros dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con los que tenia á su lado. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo, que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad, quando se sirvieron los postres y la fruta. Entonces puse en la mesa las botellas de licores con los vasos correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dixo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, la respondí, pienso que son los amantes de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son dos cortejantes de profesion, que hacen el amor á todas, sin fixarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos, que pagan mui caro las friolerillas que se les conceden. Florimunda y mi ama, gracias á Dios, estan ahora sin amantes, quiero decir, de aquellos amantes que pretenden levantarse con la autoridad de maridos, y quieren para sí solos todos los gustos de la casa, precisamente porque hacen el gasto de ella. Á mí me va bien con esta moda, y soi de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empe-

ño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas cuenta tiene ganar poco á poco su equipage, que comprarle de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Quando á Laura la venia el prurito de parlar, y la venia casi siempre, era irrestañable. Nada la costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil aventuras que habian sucedido á las comediantas, y conocí por sus discursos que no podia estar yo en mejor escuela para entrar perfectamente en los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos no causan horror, y añadiase á eso que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo descubria placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun en la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroinas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y el comediante se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que salieron me dió diez doblones mi ama, diciéndome: toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis com-

pañeros y compañeras: procura tratarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida á toda la quadrilla cómica. ¿Qué es eso de quadrilla? repuso ella. Mira como hablas. No se debe llamar quadrilla sino compañía. Se dice mui bien una quadrilla de vagamundos ó de holgazanes; puede decirse una quadrilla de autores ó de poetas; pero guardate de volver á decir quadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre; solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una quadrilla. Pedí perdon á mi ama de haber usado una frase tan poco respetosa, suplicándola que disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente sumptos*, diria compañía, y jamas quadrilla.

CAPÍTULO XI.

DEL MODO CON QUE VIVIAN ENTRE SÍ LOS COMEDIANTES, Y COMO TRATABAN Á LOS AUTORES.

Al dia siguiente mui de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia, y por órden de mi ama compré buenos pollos, buenos capones, y otros pescadillos de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce glotones de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de los guisados, se levantó Arsenia de la cama, y se metió en el tocador, donde estuvo hasta mediodia. Llegaron entonces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. Á estos se siguieron dos comediantas, Constanza y Leonor; un momento despues se dexó ver Florimunda acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo. El cabello roxo y rizado á la última moda, un sombrero á la inglesa, con su penacho de plumas en

figura de ramillete, calzones ajustados, y de tela rica; chupa bordada con flores de oro, y medio abierta, por donde se descubria una finísima camisa con finísimos encaxes; guantes y pañuelo de cambrai delicadísimo, depositados en la guarnicion ó empuñadura de la espada; capa larga, terciada ácia las espaldas sobre el hombro con mucho garbo y exquisita gracia.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien hecho, todavia me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un hombre original este personage. No me engañé en mi concepto, porque era un carácter singular. Luego que entró en el quarto de Arsenia corrió precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirme en mi opinion. Recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba

pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quién era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Cárlos Alfonso de la Ventolera. Voítele á pintar al natural. Primeramente fue en otro tiempo comediante. Retiróse del teatro por fantasía, y se arrepintió despues por razon. ¿Has reparado en su cabello roxo? pues sábete que es teñido ni mas ni menos como sus cejas y sus mostachos. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres quando nació se olvidaron de hacer que se asentase su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de esó, es el hombre mas satisfecho de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una perfectísima ignorancia: y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear algunas palabras griegas y latinas. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir que son suyos efectivamente.

Hácelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente se dice que es un grande actor. Lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le he oido recitar, y entre otros defectos es mui visible el de una pronunciacion tan afectada, con una voz tan trémula, que da cierto aire antiguo y ridículo á su declamacion. . . . . .

Tal fue el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Queria hacer tambien del chistoso y del discreto, sacando de la manga dos ó tres cuentos, que nos encaxó en tono mui estudiado, y con todo el aire de truan. Las comediantas y los comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos por su parte. Comenzaron á divertirse á costa de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo no mui caritativo; pero este defectillo es menester absolutamente perdonársele tanto á comediantes como á

los autores. Calentóse un poco la conversacion á expensas del próximo. ¿ Habeis sabido, madamas, dixo Casimiro, la nueva superchería de Lazarillo? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encaxes, disponiendo despues que un page se los presentase en el ensayo como de parte de cierta condesa. ¡ Gran maldad ! exclamó el señor Ventolera con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno soñaba en semejantes ficciones. Es verdad que las damas, aun de mayor distincion, nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas. Antes bien las daba la fantasía de venir ellas mismas en persona á presentarnos sus regalos. Pardiez, repuso Ricardo, que esa fantasía aún no se las ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto.... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente quando entran en ellos personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á vmds. que dexen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe. Hablemos un poco de nuestra Ismenia. He oido

que se la ha escapado de las manos aquel señor que gastaba tanto con ella. Es mui cierto, respondió Constanza, y aun diré mas; tambien acaba de perder un rico mayordomo de cierta gran casa, á quien indubitablemente hubiera dexado sin camisa. Lo sé todo de buena parte. Su Mercurio hizo un fatal *qui pro quo*, trocando dos villetes, porque entregó al señor el que era para el mayordomo, y al mayordomo el que escribia al señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. Oh ! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco considerable. Al tal caballero ya poco le quedaba que dar, porque era cortejante antiguo; pero el mayordomo comenzaba ahora su carrera. No habia hecho aún sus caravanas, y asi es una pérdida mui digna de llorarse.

A esto se reduxo poco mas ó menos la conversacion antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiera de contar todas las especies que se tocaron, todas de murmuracion y de vanidad, el lector llevará á bien que las suprima, para referirle el modo

con que fue recibido un pobre diablo de autor, que por su desgracia llegó á casa de Arsenia ácia el fin del convite.

Entró el lacayo donde estaban comiendo, y en voz alta dixo al ama: señora, ahí está un hombre despilfarrado y mal vestido, que, hablando con el debido respeto, tiene traza de poeta, y dice que desea hablar dos palabras á vmd. Que suba y entre, respondió Arsenia. Sin duda, señores, añadió, que es algun autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia aceptada por la compañía, y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Maya. Al entrar hizo tres profundas reverencias á la compañía, sin que ninguno de ella se levantase, y ni aun siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una casi imperceptible inclinacion de cabeza. Fuese acercando un poco, pero siempre temblando y mui embarazado: cayéronsele de las manos los guantes y el sombrero; levantólos, y llegándose á mi ama, la presentó unos papeles con mas turbacion y rendimiento que un litigante presenta á su juez un memorial. Dignaos, señora, la dixo, aceptar el

papel que tengo el honor de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto aire de desprecio, sin dignarse siquiera de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el qual aprovechando aquella ocasion de distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Rosimunda, quienes los recibieron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia practicado Arsenia. Antes por el contrario Casimiro le insultó con ciertas graciosas quemazones picantes; pero el buen Pedro de Maya las llevó en paciencia, y no se atrevió á retrucarle porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente resentido del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá dentro de sí no dexaria de apostrofar á los comediantes como merecian; y estos, despues que él salió, comenzaron á hablar de los autores como acostumbraban. Paréceme, dixo Florimunda, que el señor Pedro de Maya no ha ido mui contento de nosotros.

Y bien, interrumpió Casimiro con viveza, ¿qué nos importa esto? ¿ni qué

cuidado os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los hiciéramos iguales á nosotros seria el mejor medio para echarlos á perder. Conozco bien á esos pobres diablos, y porque los tengo tan conocidos sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos pues como esclavos, y no tengamos miedo de que los apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: el furor de escribir los hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dixo entonces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer; se dan á la ociosidad, y ya no quieren trabajar. Pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que sufrir.

Aplaudieron todos uno y otro discurso, concluyendo que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les quedaban mui

obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Asi los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

CAPÍTULO XII.

TOMA GIL BLAS GUSTO AL TEATRO, ENTRÉGASE ENTERAMENTE Á LOS ENREDOS DE LA VIDA CÓMICA, Y POCO DESPUES SE DISGUSTA DE ELLA.

Los convidados se quedaron hablando sobremesa hasta que llegó la hora de ir al teatro. Entonces marcharon todos á él. Seguílos yo, y ví tambien la comedia que se representó aquel dia. Gustóme tanto, que resolví no perder ninguna. Asi me fui insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y mas contorsiones en las tablas, y no era yo solo de este gusto.

No me lo daba menos la discrecion de las piezas que el modo con que se representaban. Algunas verdaderamente me encantaban: sobre todo aquellas en

que se dexaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de Francia. Aprendia de memoria muchos trozos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome que en dos dias tomé de memoria toda entera una comedia famosa, intitulada: *La Reina de las flores*. La rosa era la reina, tenia por confidenta á la violeta, y por escudero al jazmin. No habia para mí obras mas ingeniosas que las parecidas á estas, persuadido á que hacian mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria atestándola bien de semejantes maravillosas obras, sino que tambien me apliqué á perficionar el gusto; y para conseguirlo escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba; y despreciaba todas aquellas de que les oia hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en esto de comedias, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo observé que la tragedia de Pedro de Maya fue mui aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silvarian. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sos-

pechosa; y antes quise creer que al público le faltaba gusto y sentido, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas nuevas comedias de que los actores tenian mala opinion, y por el contrario silvadas de la mosquetería todas aquellas que ellos celebraban mas. Decianme que era regla ó máxîma suya general hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil exemplos de las piezas que habian desmentido sus rotales decisiones. Todo esto fue menester para que al cabo me desengañase.

Jamas me olvidaré de lo que sucedió un dia en que se representó una comedia nueva. Habiales parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio se saldria antes que se acabase. Con esta preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la qual aún fue mas aplaudida que la primera. Y hé aqui á todos mis pobres actores desconcertados. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro. Representaron la tercera, que fue

sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dixo Ricardo. Yo sí, dixo entonces con mucha naturalidad otro comediante. Á nosotros nos pareció que tendria mala fortuna esta comedia porque no entendimos mil delicados pensamientos y mil finísimas gracias de que estaba llena.

Desde entonces dexé de tener á los comediantes por buenos jueces, me hice justo apreciador de su verdadero mérito. Justificaban ellos mismos todo lo ridículo que la gente instruida motejaba. Veía yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los quales considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos á que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme mui en rostro sus defectos; mas por mi desgracia su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y asi me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veía en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun quando no supiera

yo todo lo que pasaba en las casas de Constanza, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Ademas de aquellos señores ya viejos, de que hablé antes, concurrian á ella varios petimetres, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibian tambien á ciertos agentes de quienes se servian, los quales en vez de ser pagados por su trabajo, las pagaban á ellas porque se dexasen servir.

Florimunda vivia pared en medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas, que causaban admiracion en gente de su oficio, y se creia que tarde ó temprano se romperia su union á causa de zelos, vanidad ó envidia; pero las conocian mal los que pensaban asi. Era mui verdadera su amistad. En lugar de ser zelosas como las demas mugeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á exemplo de estas dos ilus-

tres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dexando malograr lo mas florido de sus años. Habiame ella dicho que veria buenas cosas, y no me engañó. Con todo eso yo no hacia del zeloso, por haberla prometido que procuraria imbuirme en el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarla el nombre de los hombres con quienes la veía en conversacion particular. Siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y quánta multitud tenia de parientes! Su familia debia ser mas numerosa que la del rei Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus escursiones fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de quando en quando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de marras. En fin Laura, por dar al lector una justa y precisa idea de su persona, era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que ésta divertia al público públicamente, y la criada solo le divertia en privado. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasa-

tiempos; pero debo decir, que en medio de ellos me sentia despedazado de crueles remôrdimientos, efectos de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables rêmordimientos: al contrario, eran mayores quanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron estos á causarme horror, gracias á las luces del cielo y á la docilidad de mi natural constitucion. ¡Ah desventurado! me decia yo á mí mismo. ¿Es esto lo que esperaba de ti tu familia? ¿No te basta haberla engañado, habiendo tomado otra carrera que la de preceptor? ¿El verte precisado á servir te dispensa de cumplir con las leyes de cristiano y de hombre de bien? ¿Paréceте que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia, la cólera y la avaricia; el pudor y la vergüenza estan desterrados de otros; estos se abandonan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto es hecho: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

FIN DEL LIBRO III.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

NO PUDIENDO GIL BLAS ACOMODARSE Á LAS COSTUMBRES DE LOS COMEDIANTES, SALE DE CASA DE ARSENIA, Y HALLA MEJOR CONVENIENCIA.

Un tantico de honor y de religion que conservaba todavia en medio de mis estragadas costumbres, me obligó no solo á dexar á Arsenia, sino tambien á romper todo comercio con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. Felíz aquel que sabe aprovecharse de ciertas ráfagas de razon que oportunamente vienen á turbar los ilíci-

tos embelesos en que se halla ciegamente enredado. Amaneció pues una mañana mui dichosa para mí, en la qual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que casi nada me debia, ni con mi querida Laura, salí de aquella casa, que solo respiraba libertad, desahogo y disolucion. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra. Encontré al mayordomo de mi difunto amo D. Matias, á quien saludé. Conocióme luego, y me preguntó á quién servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dexarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre timorato y escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dixo que siendo yo un mozo tan honrado y tan cristiano, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, pues en aquel mismo dia me acomodó con D. Vicente Guzman, de cuyo mayordomo era él grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y asi nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era D. Vicente un caballero ya anciano y mui rico, que habia mu-

chos años vivia sin pleitos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya, queriéndola curar de una tos que verisimilmente la dexaria vivir mas largo tiempo si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamas en volverse á casar, aplicándose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entonces en los veinte y seis años, y era una dama completa. Juntaba á una hermosura poco comun un entendimiento excelente, y gran instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y de batallas. Si por desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego resonaba en su boca la trompeta heróica, y se tenian por mui afortunados los oyentes si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las tres partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oían con el gusto en que él las relataba. A esto se añadia que era mui prolixo, sobre

ser un poco tartamudo, con que sus relaciones se hacian pesadísimas y verdaderamente intolerables. Por lo demas no era facil encontrar un señor de mejor carácter. Siempre igual, nada duro ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en hombres tan distinguidos. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y con economía, se trataba mui honradamente. Componiase su familia de varios criados y de tres mugeres que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de D. Matias me habia metido en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio y las inclinaciones de todos: arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habiase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de D. Vicente, quando me pareció que su hija me miraba con alguna parcialidad, distinguiéndome entre los demas criados. Siempre que se encontraban sus ojos con los mios observaba, á mi parecer, un cierto agrado que no veía en ella quando miraba á

los otros. Á no haber tratado yo con petimetres y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pudiese pensar en mí; pero me habian abierto los ojos aquellos señores mios, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta calidad. Si hemos de dar crédito á los histriones, me decia yo á mí mismo, tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las quales saben mui bien aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama no tendrá de estos caprichos? Pero no, añadia prontamente, no puedo persuadirme tal cosa. No es esta señorita una de aquellas Mesalinas, que olvidadas del noble orgullo que las comunica su nacimiento, se rinden á la indecencia de abatirse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas que, sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar, ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las ocupa sin peligro.

Este era el juicio que yo hacia de mi

ama, bien que dudoso y vacilante, no sabiendo precisamente á qué atenerme. Mientras tanto siempre que me veía no dexaba de sonreirse y de alegrarse; apariencias todas que podian mui bien hacerme consentir en mi fortuna, sin pasar por vano ni por tonto. Y asi no hallé modo para resistirme á ellas. Consentí pues en que Aurora estaba grandemente prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos afortunados criados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme menos indigno del bien que parecia querer procurarme mi fortuna, comencé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta alli. Gastaba todo mi dinero en comprar telas, aguas de olor y pomadas. La primera cosa que hacia por la mañana luego que me levantaba de la cama era lavarme, perfumarme bien, y vestirme con toda la posible propiedad, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de mi aseo, y con otros medios que aplicaba para dar gusto y hacerme grato, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que habia mas de veinte años que servia en casa de D. Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavia el título de dueña, aunque ya no exercia aquel empleo. Por el contrario, en lugar de velar sobre las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, ahora solo atendia á encubrirlas y ocultarlas, con lo qual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche, habiendo buscado la dueña la ocasion de hablarme sin que nadie pudiese oirnos, me dixo en voz baxa, que si era discreto baxase al jardin á media noche, donde oiria cosas que no me disgustarian. Respondíla, apretándola la mano, que sin falta alguna baxaria, y prontamente nos separamos por miedo de ser sorprendidos. Ya no dudé entonces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Pareciame que aquella noche todo se hacia en casa con extraordinaria lentitud. Y para que mi rabia fuese mayor, quando D. Vicente se re-

tiró á su quarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á contarme por la centésima vez sus campañas, con que tanto nos habia á todos matraqueado. Pero lo que jamas habia hecho, y lo que precisamente reservó para regalarme aquella noche, fue irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas que cada uno habia hecho. No puedo ponderar quanto me costó el reprimir mi cólera, y el estarle oyendo hasta que al fin acabó y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al quarto donde estaba la mia, y donde terminaba una escalera secreta que conducia al jardin. Díme un buen baño de pomada por todo el cuerpo; vestíme una camisola limpia bien perfumada; nada omití de quanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama, y fuime al sitio para donde estaba citado.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su quarto, perdiendo yo todas mis esperanzas. Eché la culpa á D. Vicente, y quando estaba dando al diablo sus campañas sonó el relox, conté

las horas, y hallé que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el relox andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un quarto de hora despues volví á contar las diez de otro relox. ¡Bravo! dixe entonces entre mí: todavia me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos, y pensemos en el papel que hago hoi. Es para mí harto nuevo. No estoi acostumbrado á las fantasías de las damas; solamente sé lo que se practica con las comediantas y las mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, las dice su atrevido pensamiento sin ceremonia. Pero con las damas se observa otro ritual. Es menester que el galan sea cortés, tierno y comedido, pero no tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar un momento favorable.

Asi discurria yo, y asi me prometia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los pies de aquel adorable objeto, y de decirla mil cosas amorosas, pero

de manera que el respeto no se quejase de la pasion. Con este fin llamaba á la memoria varios trozos de las piezas de teatro, que me pareció podian servirme y hacerme mucho honor en nuestra primera visita. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad, y esperaba que á exemplo de algunos comediantes pasaria por discreto y hombre de espíritu, siendo asi que solo era hombre de memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los quales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí sonar las once. Alegréme de que solo faltaban sesenta minutos, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el centro del jardin. Dió en fin la hora tan deseada, es decir la media noche. Pocos instantes despues se dexó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dixo, ¿quánto há que está vmd. aqui? Dos horas, la respondí. En verdad, añadió ella riéndose, que es vmd. mui cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono

serio, que eso y mucho mas merece la fortuna que le voi á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con vmd, y le está esperando en su quarto: no tengo otra cosa que decirle; lo demas es razon que lo oiga de su propia boca. Sígame á donde le conduzca. Diciendo esto me tomó de la mano, y ella misma me introduxo en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.

CAPÍTULO II.

CÓMO RECIBIÓ AURORA Á GIL BLAS, Y LA CONVERSACION QUE TUVO CON ÉL.

Saludé á Aurora con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fue posible. Recibióme con una cara risueña; hízome sentar junto á sí, y lo que mas me gustó, mandó á la dueña que se retirase á su quarto. Despues de este preludio, volviéndose ácia mí, me dixo: Gil Blas, ya habrás conocido que yo te miro con buenos ojos, y que te distingo entre todos los criados de mi padre; quando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dexará du-

darlo este paso que ahora doi.

No la dí tiempo para que dixese mas. Parecióme que como hombre discreto y cortesano debia respetar su pudor, y no darla lugar á mayor explicacion. Levantéme, y arrojándome á sus pies todo transportado, como un héroe de teatro que se arrodilla delante de su princesa, exclamé en tono declamatorio: ¡ah señora! será posible que Gil Blas, juguete hasta aqui de la fortuna, sea tan felíz que haya podido inspiraros sentimientos.... Baxa un poco la voz, me interrumpió sonriéndose mi ama, por no dispertar á las criadas que duermen en el quarto vecino. Levántate, y escúchame sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo y te quiero bien, y en prueba de esto voi á fiarte un secreto, del qual pende la quietud y tranquilidad de mi vida. Sabe que amo á un caballerito mozo, galan, airoso y de ilustre nacimiento. Llámase D. Luis Pacheco. Le he visto algunas veces en el paseo y en la comedia, pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, como tambien quáles sean sus inclinaciones, si virtuosas ó viciosas. En esto quisiera ser

instruida con toda exâctitud. Para lo qual necesito de un hombre sagaz y sincero, que informándose bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel y puntual. He puesto los ojos en ti, persuadida á que nada arriesgo en encargarte esta comision. Espero que la desempeñarás con tanta discrecion y con tanta destreza, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló Aurora esperando mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad quando no la acompaña la fortuna, supe mostrarla un zelo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no fue bastante á desimpresionarla del mal concepto en que la pudo haber puesto mi temeraria presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar con prontitud y con decoro una inconsiderada necedad. Pedíla no mas que dos dias de tiempo para poderla dar buena razon de D. Luis. Otor-

gómelos ; y llamando ella misma á la Ortiz, ésta me volvió á conducir al jardin, diciéndome al despedirse : á Dios, Gil Blas, no te volveré á encargar otra vez que seas puntual en acudir al sitio consabido ó á qualquiera otro donde fueres citado , porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi quarto, no sin algun dolor de haberme engañado tanto. Con todo eso tuve bastante juicio para conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme que esto podia hacerme hombre ; que los medianeros de amor eran mui atendidos y mejor pagados : reflexîones que me divirtieron y me consolaron , acostándome con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en quanto quisiese disponer de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era dificil saber donde vivia un caballero tan conocido como D. Luis. Tomé al instante en la vecindad informes de su conducta ; pero los sugetos á quienes recurrí no satisfacieron del todo á lo que yo deseaba. Esto me obligó á solicitar nuevos y mas íntimos informes el dia siguiente, y

fui mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia. Parámonos para saludarnos, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dixo que le habian despedido de casa de Don Juan Pacheco, padre de D. Luis, por haberle acusado que habia bebido un frasco de vino generoso. No perdí una ocasion tan oportuna para saber quanto deseaba, y lo conseguí á fuerza de preguntas y repreguntas; de manera que volví á casa mui alegre por hallarme en parage de cumplir la palabra que habia dado á mi ama, con quien habia quedado de acuerdo que debia volver á verla en el mismo sitio y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: lejos de impacientarme con las prolixas relaciones de mi amo, yo mismo le metí en la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y no me moví hasta que conté bien las doce en todos los reloxes que se podian oir de la casa. Entonces baxé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas.

Encontré ya á la dueña en el sitio consabido, y la taimada me dixo con un poco de socarroneria: en verdad, Gil Blas, que hoi ha rebaxado muchas lineas el barometro de tu puntualidad y de tu diligencia. No la respondí palabra, haciendo como que no la entendia, y ella me conduxo al quarto donde me estaba Aurora esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien de D. Luis. Sí señora, la respondí; y en dos palabras informaré á V. S. de todo lo que he llegado á entender. En primer lugar sé que mui en breve partirá á Salamanca á continuar sus estudios. Es un caballerito lleno de honor y de bondad; en quanto al valor no le puede faltar; basta decir que es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellas modales; pero lo que quizá dará poco gusto á V. S. es, que vive un poco demasiadamente á la moda de los modernos señoritos; quiero decir, que es furiosamente calabera. ¿ Creerá V. S. que siendo todavia tan jóven como es, ha puesto ya á buen recaudo á dos comediantas? ¿ Qué es lo que me dices? exclamó Aurora. ¡ Dios mio, y qué costumbres! Pero di-

me, ¿estás seguro de lo que cuentas? ¿Cómo si estoi seguro? la respondí. No hai cosa mas cierta. Todo me lo ha contado un criado de su casa que fue despedido de ella esta mañana, y ya se sabe que los criados son mui sinceros siempre que se trata de publicar los defectos y flaquezas de sus amos. Fuera de eso, el tal D. Luis es mui amigo de D. Alexo Seguier, de D. Antonio Centellas y de D. Fernando de Gamboa; prueba invencible de su disolucion. Basta, Gil Blas, dixo suspirando mi pobre ama: en virtud de tu informe comienzo desde este punto á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacien-

tísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

CAPÍTULO III.

DE LA GRAN NOVEDAD QUE SUCEDIÓ EN CASA DE D. VICENTE, Y DE LA EXTRAÑA RESOLUCION QUE EL AMOR HIZO TOMAR Á LA BELLA AURORA.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo D. Vicente. Sobre ser de una edad bastantemente avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan vio-

lentos, que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos médicos de Madrid; uno el doctor Andres, y otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al enfermo, y despues de una exâcta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto convinieron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de fluxo y refluxo, debian ser expelidos con purgantes antes que se fixasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavia incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen antes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro doctor, es directamente contrario al que nos enseña el príncipe de la medicina. Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga quando los humores estan en *or-*

gasmo, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: vos entendeis por *orgasmo* agitacion, siendo asi que se debe entender madurez.

Recalentáronse nuestros doctores en esta disputa. El uno presentó el texto griego, y citó todos los autores que le explican como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el negocio en tono mas alto. ¿Á qual de los dos se ha de creer? D. Vicente no era hombre que pudiese decidir aquella qüestion; pero hallándose precisado á optar, escogió entre los dos la opinion del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto Andres, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero quatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y hé aqui que queda triunfante Oquendo. Habiendo este cursado sin duda la misma escuela, estudiado los mismos principios que el doctor Sangredo, comenzó á sangrar abundantemente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muer-

te, que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida no le quitase la presa que ya tenia en la mano, previno la coccion; y se llevó á mi pobre amo. Tal fue el fin del señor D. Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Aurora, despues de haber hecho á su padre unas exêquias dignas de un hombre de aquel nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, dándoles recompensas proporcionadas á su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fui uno de los que quedaron en la familia, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de serla necesario. No obstante el fiel informe que yo la habia hecho de D. Luis, todavia le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia abandonado á su torrente. Como ya no necesitaba de precauciones para hablarme me dixo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á D. Luis: por mas que

hago para borrarle de mi pensamiento, se me representa siempre no ya como tú me lo pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse diciendo estas palabras, y no pudo impedir que no se la desprendiesen algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto me conmovió aquel su dulce llanto. Ni podia hacerla mejor la corte que mostrándome sensible á su ternura. Veo, amigo Blas, continuó ella enjugándose los ojos, veo tu buen corazon, y estoi mui satisfecha de tu zelo, que prometo recompensar bien como él merece. Nunca me ha sido mas necesario tu auxîlio y tu asistencia. Voite á descubrir el pensamiento que ahora me ocupa enteramente: sin duda que te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir quanto antes á Salamanca. Mi idea es disfrazarme en caballero baxo el nombre de D. Felix, y entablar conocimiento con Pacheco, procurando ganar su amistad y confianza. Hablaréle freqüentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo. Naturalmente deseará conocerla, y aqui

es donde yo le espero. Nosotros tendrémos en Salamanca dos posadas. En una haré el papel de D. Felix, y en otra de Doña Aurora; y dexándome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es mui extraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que procedo acaban de cegarme y de aturdirme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que Aurora en punto á la extravagancia y á lo peligroso del proyecto. Sin embargo, aunque le reconocia tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé mui bien de hacer del pedagogo. Antes al contrario comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser un proyecto disparatado, era un delicado juego de ingenio sin peligro y sin conseqüencia. Esto dió gran gusto á mi ama, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y se aplaudan sus mas locos devaneos. En fin convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debiamos mirar como una es-

pecie de comedia bufonesca inventada para divertirnos, en la qual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre los domésticos, y repartimos á cada qual su papel. Cada uno aceptó el que se le encargó sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. Á la señora Ortiz se la encomendó el de tia de Doña Aurora, señalándosela un criado y una doncella, y debia tomar el nombre de Doña Ximena de Guzman. Yo debia servir á Doña Aurora en calidad de ayuda de cámara, escogiendo entre las mugeres una que, disfrazada en hombre, la asistiese en particular. Arreglados asi los papeles nos restituimos á Madrid, donde supimos que se hallaba D. Luis, pero disponiéndose para partir prontamente á Salamanca. Dimos órden para que se hiciesen quanto antes los vestidos que habiamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y en sazon. Luego que se concluyeron se plegaron y se metieron en diferentes baules, y dexando al mayordomo el cuidado de la casa, partió Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del reino

de Leon, acompañada de todos los que habiamos de hacer papel en la comedia.

Habiamos ya atravesado toda Castilla la vieja, quando se rompió el exe del coche, entre Avila y Villaflor, á trescientos ó quatrocientos pasos de una quinta que se dexaba ver al pie de una montaña. Hallábamonos mui embarazados porque se acercaba la noche; pero un paisano que casualmente pasó por alli nos sacó de aquel embarazo. Informónos que aquella quinta pertenecia á una tal Doña Elvira, viuda de D. Pedro Pinares, y nos dixo tanto bien de aquella señora, que mi ama se determinó á despacharme para suplicarla de su parte que se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del paisano. Recibióme con el mayor agrado, y respondió á mi súplica en los términos que se deseaba. Pasamos todos á la quinta, tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontrámos á la puerta la viuda de D. Pedro, que salió cortesanamente á recibir á mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hicieron las dos de parte á parte. Solo diré que Doña Elvira

era una dama ya de avanzada edad, pero tan cariñosa, atenta, y de tan señoril educacion, que ninguna la excedia en desempeñar noblemente los deberes de la hospitalidad. Conduxo ella misma á Doña Aurora á un soberbio y magnífico quarto, donde la dexó luego en libertad para que descansase, y ella fue á dar providencia hasta en las cosas mas menudas que nos podian tocar. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena dió órden que se sirviese en el quarto de Aurora, donde ambas á dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de D. Pedro una de aquellas personas que no saben hacer los honores de una mesa, manteniéndose en ella con un aire enfadosamente grave, silencioso y sostenido. Era de genio desembarazado, alegre y festivo, sabiendo perfectamente el arte de mantener siempre viva la conversacion. Explicábase noblemente con voces bellas y propias, y exponia sus pensamientos con cierto aire fino y delicado, que hacia parecer originales aun los mas comunes. Á mí me tenia encantado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Estrecháronse las dos en una tierna amistad, y

quedaron de acuerdo en fomentarla con un comercio recíproco de cartas. No podia componerse nuestro coche hasta el dia siguiente, y era mui natural que no pudiesemos salir hasta mui tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. Á nosotros se nos sirvió tambien nuestra cena con gran abundancia, y por consiguiente dormimos todos tan bien como habiamos cenado.

El dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comieron las dos en una sala donde habia muchas pinturas. Entre otras sobresalia una, cuyas figuras se representaban con la mayor propiedad y con exquisita viveza; pero que presentaba á la vista un objeto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto tendido en tierra, anegado en su misma sangre; cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver tendido tambien por tierra el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada, y quando se representaba exhalando el último aliento tenia fixos los ojos en un gallardo jóven, que expli-

caba un mortal dolor viéndola tan próxîma á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se mostraba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseido de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con expresiones tan vivas, que no nos hartábamos de verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora, la respondió Doña Elvira, es una fiel aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aquello la queria decir la viuda de D. Pedro, y no se pu-

do contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacérsele. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos, pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oir la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la historia que voi á referir, añadió con mucho agrado, no es de aquellas que estan pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPÍTULO IV.

EL MATRIMONIO VENGADO.

Novela.

Rogerio, rei de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se reveló contra él, y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y

de caer en manos del rei, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion: clemencia que solo produxo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de muchos vasallos suyos, persuadidos á que habia perdonado la vida á su hermano para que en la lentitud fuese mayor y mas cruel la venganza. Todos los demas, con mas razon ó con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro tratamiento que Manfredo sufria en la prision. Con efecto esta princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado príncipe, y no cesó de perseguirle mientras él mismo vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se consideró como un castigo de su desnaturalizado corazon.

Dexó dos hijos Manfredo, ambos en tierna edad. Dudó por algun tiempo Rogerio si se desharia de ellos, temiendo que en edad mas avanzada no les viniese el pensamiento de vengar el mal trato que se habia hecho á su padre, renovando un partido que todavia se sentia con fuerzas para suscitar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifre-

do, su primer ministro. Éste, para desviarle de aquel intento, se encargó de la educacion del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rei que confiase la del mas jóven, por nombre D. Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio á que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su fidelidad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constancia. Era esta de la edad de Enrique, hija única de la princesa Matilde. Dióla maestras que la enseñasen, y criados que la sirviesen, sin perdonar á medio alguno que conduxese á su correspondiente educacion.

Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio que se decia Belmonte. Aqui se dedicó este ministro á dar á Enrique una educacion que le hiciese digno de ocupar con el tiempo el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe unas prendas tan amables, que se dió todo á él como si no tuviera otros hijos, aunque con efecto era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba Doña Blanca, y contaba un año menos

que el príncipe, se veía dotada de una perfecta hermosura: la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, estaba aún en la cuna. Amáronse Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar; pero se amaban sin libertad para comunicarse. Sin embargo no dexaba el príncipe de lograr tal vez alguna ocasion. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo le permitiese poner en execucion un proyecto que estaba meditando. Sucedió oportunamente por aquel tiempo que Leoncio de órden del rei se vió precisado á hacer un viage á una de las provincias mas remotas de la isla. Durante su ausencia mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su quarto, que estaba inmediato al de Doña Blanca. Cerróla con una portezuela de madera tan ajustada á la abertura, y pintada con un cierto baño del mismo color de la superficie del tabique, de manera que no se distinguia de él, ni era fácil que se conociese el artificio, abriéndose y cerrándose á manera de un estuche; obra toda de un hábil arquitecto á quien el príncipe habia interesado en es-

te servicio, executado con tanto primor como secreto.

Por esta puerta se introducia algunas veces Enrique en el quarto de Doña Blanca, pero sin abusar jamas de aquella peligrosa licencia. Si en haberla concedido Blanca tuvo mas parte su pasion que su prudencia, por lo menos fue con la precaucion de haber hecho prometer á Enrique que nunca pretenderia de ella otros favores que los mas inocentes. Hallóla una noche extraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso que habia entendido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle quando se viese en aquella elevacion. Tenia bañados en lágrimas los ojos quando entró en su quarto Enrique. Señora, dixo, ¿qué novedad es esta? ¿quál es el motivo de esta profunda tristeza? Señor, respondió ella, no he sido dueña de reprimir mis lágrimas, ni de disimular mi dolor. El rei vuestro tio dexará presto de vivir, y vos ocuparéis su lu-

gar. Quando se me representa la gran distancia que va á poner entre vos y mí esta nueva grandeza, confieso que me lleno de inquietud. Un monarca mira las cosas con ojos mui diferentes que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso quando reconocia un poder superior al suyo; apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan, y que no puede calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad. No desconfio de vuestro amor; desconfio solamente de mi dicha. Adorable Blanca, respondió el príncipe, tus temores por una parte me ofenden y por otra me obligan, justificando ellos mismos la pasion que tus prendas han encendido en mi corazon. Tu desconfianza es efecto de tu amor, pero el exceso de ella es ofensa del mio, y casi estoi por decir que lo es tambien de aquel concepto tuyo, á que me parece soi acreedor. No, no pienses que mi destino, sea el que fuere, pueda jamas separarse del tuyo. Cree firmemente que tú sola serás siempre toda mi alegria, todo mi consuelo y toda mi felici-

dad. Destierra pues de ti esè vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga generacion de reyes, y añada nuevos estados á los vuestros. Quién sabe ¡ai de mí! si vos os dexaréis rendir, sacrificando á la que se llama razon de estado, y á sus instancias vuestros mas vivos deseos. Mas ¿á qué fin (repuso Enrique no sin alguna conmocion), á qué fin afligirte de presente con unos pensamientos melancólicos de lo que puede suceder ó no suceder en lo futuro? Si el cielo dispusiere del rei mi tio y señor, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Asi lo prometo, poniendo por testigo á todo lo mas sagrado que se reconoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique. Lo restante de la conversacion se pasó en hablar de la enfermedad del rei, en que manifestó Enrique la bondad y la nobleza de su corazon. Mostróse mui afligido del estado en que se hallaba el monarca su tio, pu-

diendo mas con él la fuerza de la sangre, que el atractivo de la corona. Pero aún no sabia Blanca todas las desdichas que la estaban esperando. Habiéndola visto un dia el condestable de Sicilia á tiempo que salia del quarto de su padre, quedó ciegamente prendado de ella. Pidiósela á Sifredo al dia siguiente, y éste se la concedió gustoso y agradecido; pero sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió aquel tratado sin que Doña Blanca hubiese tenido la menor noticia de él.

Una mañana, quando Enrique acababa de vestirse, quedó extrañamente sorprendido viendo entrar en su quarto á Leoncio seguido de Doña Blanca. Señor, le dixo aquel ministro, vengo á participaros una noticia que sin duda os afligirá; pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el rei vuestro tio. Por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es vuestra ya. Los grandes del reino estan aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo por encargo de ellos á recibirlas de vuestra boca, y acompañado de mi

hija Blanca para rendiros los dos el primero y mas sincero homenage que deben rendiros todos vuestros vasallos. No cogió de nuevo al príncipe esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el rei, que poco á poco le iba consumiendo. Sin embargo quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio le dixo estas palabras: sabio Sifredo, te miro y siempre te miraré como padre. Haré gloria de gobernarme por tus consejos. Tú serás rei de Sicilia mas que yo. Diciendo esto se acercó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, echó en él su firma en blanco.... ¿Qué haceis, señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi reconocimiento, respondió Enrique; y dicho esto presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndola: recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doi sobre mi arbitrio y voluntad. Recibióla Blanca, cubierta su bella cara de un honestísimo rubor, y respondió al príncipe: admito con respeto y agradecimiento las gracias y benignidades de mi rei; pero dependo de un padre,

y espero que no llevaréis á mal ponga en sus manos vuestro benignísimo pliego para que use de él como le aconsejáre su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el pliego con la firma en blanco de Enrique. Conoció entonces Sifredo lo que hasta aquel punto se le habia escapado á su penetracion. Comprehendió todo lo que el príncipe le queria decir, y le contestó diciendo: espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamas abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar tal caso, sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel; no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, ordena todo lo necesario para mi coronacion, y dí á mis vasallos que voi prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro á su nuevo amo, y partió á Palermo, llevando consigo á Doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, mas ocupado de su amor que de la eleva-

cion al trono que le estaba aguardando.

Luego que se dexó ver en la ciudad resonaron en el aire mil gritos de alegria, y entre las aclamaciones del pueblo entró en palacio, donde halló ya concluidas todas las disposiciones para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza en largos y rigurosos vestidos de luto, mostrándose penetrada de dolor por la muerte de Rogerio. Hicieronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion y con espíritu; pero con un poco de mas frialdad por la parte de Enrique que por la de Constanza, la qual no obstante los disturbios de la familia nunca habia querido mal á este príncipe. Ocupó el rei el trono, y la princesa se sentó á su lado en un taburete algo mas baxo que él. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia, y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rei, dió principio á ella leyendo en alta voz el mismo testamento. Contenia este en substancia que hallándose el rei sin hijos nombraba por sucesor en

la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza, y quando no quisiese darla la mano de esposo, quedase excluido de la corona de Sicilia, y pasase al infante D. Pedro, su hermano menor, baxo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta clausula. No se puede expresar el dolor que le causó; pero creció hasta lo sumo quando acabada la lectura del testamento vió que Leoncio, hablando con toda la asamblea, dixo asi: señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposicion del difunto rei, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el rei al canciller, diciéndole conturbado; acordaos, Leoncio, del papel que Blanca.... Señor (respondió Sifredo cortándole con precipitacion sin darle tiempo á que se explicase mas), ese papel es este que presento á la asamblea. En él reconocerán los grandes del reino el augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la princesa, y su ciega diferencia á las últimas disposiciones del difunto rei su tio. Acabando de

decir estas palabras comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo monarca á sus pueblos en la forma mas auténtica casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplausos y los vivas del magnánimo rei Enrique, en que prorumpieron todos los presentes. Como era notoria á todos la poca inclinacion con que este príncipe habia mirado siempre á la princesa, temian no sin razon, que despreciando la injusta condicion del testamento, excitase movimientos en el reino, y se encendiese en él una guerra civíl que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las universales aclamaciones, que despedazaban en secreto el corazon del nuevo rei.

Constanza, que por su propia gloria y por cierto movimiento de cariño tenia en todo esto mas interes que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Hizo quanto pudo el príncipe para disimular su turbacion; pero era

tanta la que le agitaba quando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á corresponder con aquello poco que pedia la cortesana atencion. Rindióse en fin á la violencia que se hacia, y acercándose al oido de Sifredo, que por razon de su empleo estaba al lado de su persona, le dixo en voz baxa: ¿qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos no fue para que usases de él de esta manera. Acordaos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con teson y firmeza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del rei vuestro tio, perdióse para vos el reino de Sicilia. Apenas dixo esto se separó del rei para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso. No podia resolverse á abandonar á Blanca, ni á dexar de partir con ella la magestad y la gloria del trono; estando dudoso largo rato del partido que habia de tomar. Determinóse al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Afectó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Ro-

ma para casarse con su prima ganaria con gracias á los grandes del reino, y afirmaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazada esta idea quedó un poco mas tranquílo, y volviéndose á Constanza la confirmó lo que el gran canciller la habia dicho en público. Pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon, ofreciendo su fe á la princesa, entró Blanca en la sala de la junta, donde venia de órden de su padre á cumplimentar á Constanza, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique la decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, la dixo presentándola á Constanza: rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la reina tu señora, deseándola todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un felíz himeneo. Golpe terrible, que traspasó el corazon de la desgraciada Blanca. Inútilmente se esforzó á disimular su dolor. Inmutósela el semblante encendido de repente, pasando en un momento de encendido á pálido, con un temblor ó estremecimiento general de

todo su cuerpo. Sin embargo no entró en sospecha alguna la princesa. Atribuyó el desórden de sus palabras al natural embarazo y cortedad de una doncella criada lejos de la corte, y poco acostumbrada al despejo de los palacios. No sucedió lo mismo con el rei. Perdió toda su compostura y magestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo, leyendo en sus ojos la desesperacion que la agitaba. No dudó, que creyendo las apariencias, ya en su corazon le tenia por un traidor. No seria tan grande su inquietud si pudiera hablarla; pero ¿cómo era posible esto á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo prevenir las calamidades que podia causar al estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la asamblea á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones á casarla quanto antes.

Luego que llegaron á aquel parage la hizo conocer todo el horror de su destino. Declaróla que la habia prometido

ál condestable. ¡Santo cielo! (exclamó transportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre) ¡y qué espantosos suplicios teniais reservados á la desgraciada Blanca! Fue tan violento su transporte, que todos los sentidos del cuerpo y todas las potencias del alma quedaron suspensos. Helado su cuerpo, frio y pálido, se dexó caer entre los brazos de Leoncio. Conmoviéronse las entrañas de éste quando la vió en aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecia su hija, se mantuvo inmoble en su primera resolucion. Volvió Blanca en sí recobrados los espíritus, mas por la violencia de su mismo dolor, que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus lánguidos ojos, y reconociendo la priesa que se daba á socorrerla: señor, le dixo con voz desmayada y casi imperceptible, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que ya no puede tardar en poner fin á mis tormentos, os librará presto de una hija desdichada, que sin permiso vuestro pudo disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás; antes bien espero que tu virtud vol-

verá presto á exercer sobre ti su imperio. La pretension del condestable te hace honor. Bien sabes que es el primer hombre del estado.... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero señor, el rei me habia hecho esperar.... Hija, dixo Sifredo cortándola la clausula, sé todo lo que me puedes decir en ese asunto. No ignoro el afecto con que miras á este príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias no lo desaprobara; antes yo mismo procuraria con todo ardor asegurarte la mano de Enrique, si el interes y la gloria del estado no le pusieran en precision de darsela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto rei. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Creeme, hija, te acompaño vivamente en el dolor que te agita. Con todo eso, supuesto que nuestra libertad es mui superior á nuestros destinos, y que el hombre sabio dominará á los astros, excita ese tu grande espíritu á un generoso esfuerzo. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aërea: fuera de que tu-

pasion por el rei podia dar motivo á rumores poco ventajosos á tu honor; y para desvanecerlos ó prevenirlos el único medio es casarte con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar. El rei te dexa por un trono, y da su mano á Constanza. El condestable tiene mi palabra, desempeñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de toda mi autoridad, absolutamente te lo mando.

Dichas estas palabras la dexó, dándola lugar para hacer reflexîon sobre quanto acababa de decirla. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra lo que la arrastraba la inclinacion, se determinaria por sí misma á dar la mano al condestable. No se engañó en esto; ¡pero quánto costó á la infelíz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lástima. El dolor de ver que habian pasado á evidencias sus sospechas sobre la deslealtad de Enrique, y la precision en que su pérdida la ponia de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, la excitaban ímpetus de afliccion tan violentos, que cada

respiracion era un nuevo suplicio para ella. Si es cierta mi desdicha, exclamaba quando estaba sola, ¿cómo es posible resistirla sin que me cueste la vida? Implacable y bárbaro destino, ¿á qué fin apacentarme con las mas dulces esperanzas para precipitarme al fin en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te has entregado á otra despues de haberme prometido á mí una eterna fidelidad! ¿Tan presto te olvidas de la fe que me prometiste? Quiera el cielo que en castigo de tu cruel engaño el lecho conyugal que vas á manchar por medio de un perjurio se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas. Que las caricias de Constanza sean una fuente envenenada que derrame de continuo ponzoña en tu corazon infiel. Y por decirlo todo de una vez, que tu himenéo sea tan infelíz y tan desdichado como el mio. Sí, traidor; sí, pérfido, seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme yo de mí misma, castigando asi el desacierto de mi eleccion en el objeto de mi amor. Ya que la religion no me permite quitarme la vida, quiero que los dias que me restan sean una

cadena no interrumpida de desdichas, aflicciones y tormentos. Si en ese corazon ha quedado todavia alguna centella de amor á mi persona, será un tormento para ti verme en los brazos de otro hombre; pero si enteramente te has olvidado de mí, podrá á lo menos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En estos y semejantes desahogos del dolor pasó la noche que precedió á su matrimonio con el condestable aquella infelíz víctima del amor y de la obligacion. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió priesa á no malograr tan favorable ocasion. El mismo dia hizo venir al condestable á Belmonte, y le casó secretamente con su hija en la capilla de su palacio. ¡Oh, y qué dia para Blanca! No la bastaba renunciar á una corona; perder un amante amado; entregarse á un objeto aborrecido: era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su opresion á vista de un marido naturalmente zeloso y preocupado de la pasion mas vehemen-

te. Encantado el esposo con el gusto de poseerla, no se apartaba un momento de su lado, privándola asi del triste consuelo de llorar en secreto su desdicha. Llegó la noche, y llegó con ella la hora en que á la hija de Leoncio se redobló la afliccion. Pero ¡quánto creció ésta quando habiéndola desnudado sus criadas se vió á solas con el condestable! Preguntóla éste respetosa y tiernamente quál era el motivo de aquel abatimiento que leía en sus ojos y observaba en su semblante. Turbó esta pregunta á Blanca, y fingió que se sentia indispuesta. Por entonces quedó el esposo engañado, pero duró poco el engaño. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veía, y la apuraba para que entrase en la cama, sus instancias, que no acertó á explicar bien, presentaron á su imaginacion la idea mas dolorosa y mas cruel; tanto, que no siendo ya dueña de poderse contener, dió libre curso á sus ahogados suspiros y á su reprimido llanto. ¡Oh qué espectáculo para un hombre que se consideraba en el colmo de sus mas vivos deseos! No dudó ya que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero á su amor.

Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en un estado casi tan deplorable como el de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándola palabra de que la dexaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento y la debilidad que sentia. Fingió creerla el condestable. Acostóse en esto Blanca, y los dos esposos pasaron aquella noche mui diferente de las que concede himenéo á dos recien casados que tiernamente se aman.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor, andaba el condestable exâminando en sí mismo qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase á que tenia algun competidor, pero quando le queria descubrir se barajaban y se confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infelíz. Habia pasado en esta agitacion las dos terceras partes de la noche quando llegó á

oir un ruido sordo. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo quarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él mismo habia cerrado la puerta quando se retiraron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oir una voz lánguida y baxa, que repetia varias veces Blanca, Blanca. Encendiéronse entonces sus zelosas sospechas, convirtiéndose en furor; sobresaltado el honor le hizo salir de la cama, y considerándose obligado á precaver una afrenta ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso ácia donde le llamaba la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya. Ya avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del quarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase, aplica el oido, anda y escucha. ¡Qué

encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honor; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como la habia dexado. No pudiendo comprehender nada de tan extraña aventura, llama á los criados mas cercanos; y como para eso abrió la puerta, párase en medio de ella, cerrando la entrada y salida para que no se le escapase el que buscaba.

Á sus repetidas voces acuden algunos domésticos todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á exâminar todos los rincones del quarto, siempre con la espada desnuda. Á ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embargo no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian á no dudar de su desgracia. Esto excitó en su fantasía una confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecia recurso inútil igualmente que arriesgado. Era mui interesada á la verdad para que se pudiese esperar de ella una sincéra explica-

cion. Tomó pues el partido de abrir su corazon con Leoncio, diciéndole que le parecia haber sentido algun ruido en su aposento, pero que se habia engañado. Encontró á su suegro que salia de su quarto, habiéndole despertado el rumor que habia oido; y despedidos los criados le contó menudamente todo lo que le habia pasado con muestras de extraña agitacion y de profundo dolor.

Sorprendióse altamente Sifredo al escuchar toda la aventura, y no dudó ni un solo momento de su verdad por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del rei; pensamiento que le cubrió de la misma viva afliccion. Pero lejos de contestar á las zelosas sospechas de su hierno, le representó con aire de seguridad que aquella voz que imaginaba haber oido, y aquella imaginaria espada que se figuraba haberse opuesto á la suya no podian ser otra cosa que fantasías de una imaginacion alterada con los zelos; que no era posible que alguno tuviese aliento para entrar en el quarto de su hija; que la tristeza que habia observado en ella podia ser

efecto natural de alguna oculta mugeríl indisposicion; que el honor nada tenia que ver con las alteraciones del temperamento ni con las incomodidades del sexô; que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en soledad, y que se veía entregada á un hombre tan inopinadamente, sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia ser la causa mui natural de aquellos suspiros, de aquella afliccion y de aquel amargo llanto; que el amor en las doncellas de sangre noble solo se producia á beneficio del tiempo y con la continuacion obsequiosa de servicios; que en virtud de esto podia calmar sus inquietudes, y antes bien le aconsejaba redoblase su ternura, y diese toda libertad á sus finezas, para ir disponiendo poco á poco el corazon de Blanca á manifestarse mas sensible; y que le rogaba en fin volviese á su hija, en la inteligencia que su desconfianza y turbacion le ofendian mucho.

Nada respondió el Condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la turbacion de su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular,

que intentar inútilmente convencer al viejo de un suceso en que lo inverosimil disputaba sus privilegios á lo verdadero. Volvió al quarto de su muger, restituyóse á la cama, y procuró lograr algun paréntesis de sus molestas inquietudes á beneficio del sueño. Blanca por su parte no estaba mas tranquíla que él. Demasiadamente habia oido todo lo que oyó su esposo, y no podia tener por ilusion una aventura de cuyo secreto y motivos estaba tan informada. Es verdad que se admiraba mucho de que Enrique hubiese solicitado introducirse en su quarto despues de haber dado su palabra con tanta solemnidad á la princesa Constanza. Y en vez de celebrar este paso, y de que le causase alguna alegria, lo consideró como un nuevo ultrage, que encendió en su corazon mayor y mas irritada cólera.

Mientras la hija de Sifredo, preocupada contra el jóven rei, le miraba como el mas pérfido de todos los mortales, el desgraciado monarca, mas ciegamente apasionado que nunca á su amada Blanca, deseaba abocarse á solas con ella para justificar su constante fidelidad á pesar de todas las contrarias

apariencias. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto si lo hubieran permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche se hubiera podido escapar á los ojos de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse secretamente en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por esta llegó á su antiguo quarto, y desde él se introduxo en el de Blanca, mediante la consabida y oculta puerta. Fácil es imaginar quánta seria la admiracion de este príncipe quando se encontró con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar sobre el mismo hecho al temerario que tenia atrevimiento para hacer resistencia y levantar su mano sacrílega contra su propio rei; pero suspendió su resentimiento al respeto que debia al honor de la hija de Leoncio, y mas turbado que antes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró

en su quarto tan agitado, que no le fue posible lograr algun reposo: solo pensó en restituirse á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo la vehemencia de su amor le estaban executando para procurar instruirse quanto antes en todas las circunstancias de tan cruel aventura.

Apenas se levantó dió órden que se previniese el equipage de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella se fue al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo, y quando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y partió solo ácia la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse porque tenia mui conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, quando al atravesar un sendero que iba á dar en una de las puertas del parque, vió no distantes de sí á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba á la sombra de un cor-

pulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó al extremo quando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habiase escapado de la quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció voló ácia ella, precipitóse, por decirlo asi, del caballo, arrojóse á sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, la dixo enternecido: suspended, bella Blanca, esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias, confiésolo asi, me condenan justamente; mas quando esteis informada de mis ocultos intentos, puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian capaces de templar la afliccion de Blanca, solo sirvieron para exâcerbarla mas. Quiso responderle, pero atropellándose en el pecho los sus-

piros, cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el príncipe de verla tan embargada prosiguió diciéndola; ¿pues qué, señora, es posible que no pueda yo calmar la inquietud que os agita? ¿Por qué desgracia ha perdido vuestra confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos? Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo para poderse explicar, le respondió, articulando mal las palabras, cortadas con sollozos: señor, ya llegan tarde vuestras promesas; no hai ya poder en el mundo para que sea uno mismo el destino de los dos. ¡Ah, Blanca, interrumpió Enrique broncamente, qué palabras tan crueles han salido de tu boca! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan temerario que tenga aliento para oponerse á un rei que reducirá á ceniza toda la Sicilia antes de sufrir que ninguno os robe á sus amorosas esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder, respondió con desmayada y lánguida voz la hija de Sifredo, para deshacer el invencible impedimento que nos separa. Sabed pues que ya

soi muger del Condestable.

¡Muger del condestable! exclamó el rei dando algunos pasos ácia atras; y no pudo decir mas: tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba cerca de él. Quedó pálido, trémulo y tan enagenado, que solo tenia libres los ojos para fixarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dexaba comprehender quánto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte miraba tambien al príncipe en aire que se conocia ser mui parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dexaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzándose como pudo, dixo con suspiros: ¿qué habeis hecho, señora? ; vuestra crédula aprension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el rei á su parecer la culpase, quando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y

le dixo no sin alguna viveza: ¿qué, señor, pretendeis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿quereis que desmienta á mis propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No, señor, confieso que no me siento con fuerzas para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dixo el rei, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoi inocente, y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable. ¿Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los grandes del reino que os conformariais con la voluntad del rei difunto, y á la princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenages que se debian á una reina y esposa del príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarian alucinados como mis oidos. Confesad antes bien que no creisteis debia contrabalancear el corazon de Blanca al interés de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentís,

ni quizá habeis sentido jamas; confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debeis mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿ Á qué fin asegurarme lo contrario? ¿ Á qué fin tanto empeño en disipar mis temores? Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamas haber obtenido de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soi esposa del condestable, y por no exponerme á las conseqüencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que dexe á un príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Diciendo esto hizo una gran reverencia á Enrique, y se alejó de él con toda la aceleracion que la permitia el estado en que se hallaba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, haciendo ademan de detenerla por un brazo. No desespereis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara de haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca caminando siempre, aunque con paso mas lento. Debiérais haber impedido diese la mano al condestable antes de abandonaros á tan generosos transportes; y puesto que ya no soi libre, me importa poco que Sicilia sea reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dexar que mi pobre corazon fuese sorprendido, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y para que vea el rei de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con despecho acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dexó al rei tras-

pasado de dolor. No podia menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba. ¿Es posible que asi hubieses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños? ¿Á pesar de mis juramentos y los tuyos estamos ya separados? ¿Con qué no fue mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah cruel, y qué cara me cuesta la gloria que tanto me lisonjeaba de haber logrado que mi amor fuese de ti correspondido!

Representósele entonces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada con todo el horror de los mas rabiosos zelos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para inmolar á su dolor al condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los impetuosos movimientos de la desordenada pasion. Con todo eso quando consideraba imposible desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, entraba en una es-

pecie de ira desesperada, que se acercaba á furor. Lisonjeábase de que la borraria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla sin testigos y con plena libertad. Animado á este pensamiento concluyó que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacerle prender como á sospechoso reo de estado en las presentes circunstancias. En esta conformidad dió la órden al capitan de sus guardias, el qual partió á Belmonte, apoderóse de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dexándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte á vista de un incidente tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al rei por la inocencia de su hierno, y á representarle las funestas conseqüencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el trage de la justicia. Previendo bien el rei este paso que daria su ministro, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al condestable, habia dado órden que á ninguno se dexase entrar

en su quarto aquella noche. Sin embargo Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta universal órden del rei no se debia entender comprehendido su primer ministro mientras expresamente no se le nombrase; y facilitándose asi la entrada en el quarto real: señor, le dixo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetoso y fiel vasallo quejarse de su señor, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi hierno? ¿Ha considerado V. M. el eterno oprobrio de que cubre á mi familia, y las conseqüencias de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del estado? Tengo avisos ciertos, respondió el rei, de que el condestable mantiene delinqüentes inteligencias con el infante D. Pedro. ¡El condestable inteligencias secretas y delinqüentes! interrumpió admirado y sorprendido Leoncio. ¡Ah señor! no lo crea V. M. Sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser hierno mio, para estar en este punto á cubierto de toda sospecha. Él está inocente; vos lo

sabeis : otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Ya que me hablas con tanta claridad, repuso el rei, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah! ¿y no podré tambien quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente toda mi dicha, toda mi quietud y todo mi reposo, poniéndome en estado por tus oficiosas máxîmas de que mire con envidia al mas vil de todos los mortales. No, no te lisonjees de que yo entre jamas en tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza.... ¡Qué, señor! interrumpió Leoncio fuera de sí: ¿cómo será posible que no os caseis con la princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á presencia de todo el reino? Si es que engañé su esperanza, repuso el monarca, échate á ti solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias mui bien mi intencion. ¿Quién te dió autori-

dad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio para disponer de él en favor de una princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de Matilde, de aquella cruel Matilde que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á ésta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no esperes de mí esta locura ni este profano sacrificio. Antes de ver encendidas las teas de tan bárbaro himenéo verás arder á toda la Sicilia, y anegados en sangre sus campos.

¡Qué es lo que escucho! exclamó Leoncio. ¡Qué terribles amenazas! ¡qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es mui grande el amor que profesais á vuestros vasallos, para que se pueda recelar que vuestro tierno corazon les solicite jamas tan lastimoso destino. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os de-

xárais llevar de las flaquezas propias de hombres ordinarios. Si yo dí mi hija al condestable fue, señor, únicamente por ganar para vuestro servicio á un hombre valeroso, que con la fuerza de su brazo y del exército que tiene á su disposicion apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe D. Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos.... ¡Ah! que esos lazos, interrumpió exclamando Enrique, son el funesto cordel que á mí me ha sofocado, me ha perdido. ¡Cruel amigo! ¿qué te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro y tan intolerable golpe? Habíate encargado que manejases mis intereses; ¿pero quando te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿Porqué no dexaste que yo mismo defendiese mis derechos? Parécete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos sabria mui bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion debe ser la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de es-

tos los mismos soberanos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres, de ser dueños de sus afectos desde el mismo punto que la providencia los destinó para el supremo gobierno? ¡Ah Leoncio! si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que goza el último de los mortales, ahi te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el rei su tio aligó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al rei mi tio, repuso Enrique con calor y viveza, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan bárbara lei de su hermano el rei D. Cárlos quando entró á sucederle? ¿Y por ventura tenias tú obligacion de sujetarte á una condicion tan iniqua? Cierto que para un gran canciller te muestras poco instruido en nuestros usos y costumbres. En una palabra, quando prometí mi mano á Constanza fue involuntaria mi promesa; nunca tuve ánimo de cumplirla. Si D. Pedro fun-

da su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no cumplir aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una diferencia que derramaria mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede resolver la disputa, y decidir qual de los dos será digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas. Contentóse con volverle á pedir de rodillas la libertad de su hierno, que consiguió diciéndole el rei : anda, y vuélvete á Belmonte, que presto te seguirá el condestable. Retiróse el ministro, y se restituyó á su quinta, persuadido á que su hierno vendria luego tras de él; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto, entregado este á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexíones. La prision le habia abierto lòs ojos, y conoció qual era la verdadera causa de su desgracia. Abandonado enteramente á la violencia de los zelos, y olvidado de la fidelidad que hasta allí le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Per-

suadido á que el rei no malograria la ocasion, y no dexaria de ir aquella noche á visitar á Doña Blanca; para sorprenderlos á entrambos suplicó al gobernador del castillo que le dexase salir de la prision por algunas pocas horas baxo su palabra de honor de que antes del amanecer se restituiria á la prision. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del rei su libertad. No contento con esto le dió un caballo para que fuese á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una portezuela, cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin que ninguno le sintiese. Llegó hasta el quarto de su muger, y se escondió tras un biombo que estaba en la antesala. Pensaba observar desde alli todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dexar á su ama, y se retiraba á un gabinete inmediato, donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente

habia penetrado el verdadero motivo de la prision de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria á Belmonte, aunque su padre la habia dicho que el rei le habia asegurado le seguiria presto. Igualmente se persuadió á que el rei aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que podia tener terribles conseqüencias para ella. Efectivamente poco tiempo despues que Nise se habia retirado se abrió la falsa puerta, y apareció el rei, que se arrojó á los pies de Blanca, diciéndola: no me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delinqüente este artificio la culpa es de vos sola. ¿Para qué os negasteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo, y entonces ¡ai de mí! ya no tendré modo para hablaros. Oidme pues por la última vez, que quiero sincerarme del cargo de traidor. Si confirmé á Constanza la promesa de mi mano, fue porque en las circunstancias en que me puso Sifredo no podia hacer

otra cosa. Érame preciso engañar á la princesa por vuestro interés y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para librarme de aquella aparente obligacion; pero vos disponiendo de vuestra persona con demasiada facilidad, preparasteis un eterno dolor á dos corazones que perfectamente se amaban, y hubieran sido siempre felices.

Dió fin á este breve discurso con tan visibles señales de verdadera desesperacion, que Blanca se sintió conmovida. Ya no tuvo la menor duda de su fidelidad y de su inocencia. Alegróse un poco al principio; pero un momento despues experimentó mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah señor! dixo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros mi fatal estrella, me causa nueva afliccion el saber que estais inocente. ¡Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado; y arrebatada de despecho recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah infelice! Yo fui

la delinqüente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. Quando estaba tan quejosa de vos, acusandoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompia los lazos que habia jurado de hacer indisolubles. Vengaos, señor, pues os tocó vuestra vez. Aborreced á la ingrata Blanca.... Olvidad.... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente. ¿Qué será posible arrancar de mi corazon una pasion que no podrá sofocar vuestra misma injusticia? Con todo eso, señor, dixo suspirando la hija de Sifredo, es menester esforzaros para conseguirlo. ¿Y vos, señora, replicó el rei, seréis capáz de ese esfuerzo? No prometo lograrlo, respondió Blanca; pero nada omitiré para ello: lo intentaré con todas mis fuerzas. ¡Ah cruel! exclamó el rei, fácilmente olvidaréis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensais? repuso Blanca con entereza; ¿os lisonjeais que os tolere continuar en obsequiarme? No formeis tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para reina, tampoco me dió un corazon tan baxo

que pueda dar oidos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun quando lo que debo á solo él no fuera obstáculo invencible á vuestros galantes servicios, mi gloria y mi propio honor jamas podrian sufrirlos. Suplico pues á V. M. que se retire, y que haga ánimo á no volverme á ver. ¡Oh qué tiranía! exclamó el rei: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¿No basta para atormentarme el veros entre los brazos del condestable? ¿Quereis tambien privarme de vuestra vista, único consuelo que me ha quedado? Huid quanto antes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de los que tiernamente se han amado dexa de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerse. Á Dios, señor, retiraos de mi presencia. Este esfuerzo le debeis á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os le pido por mi reposo y quietud. Porque al fin, aunque mi virtud no se sobresalta con los movimientos del corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta extraordinarios

esfuerzos el valor de resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta viveza, que sin advertirlo derribó en el suelo un candelero que estaba á sus espaldas. Apagóse la bugía, cogióla Blanca á tientas, abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz; y apenas la vió el rei volvió á repetirla las instancias para que le permitiese continuar en sus obsequios. Á la voz del monarca entró el condestable con la espada en la mano en el quarto de su esposa, casi al mismo tiempo que entraba ella: encara con Enrique lleno del resentimiento que su rabia le inspiraba. Ya es demasiado, tirano, gritaba enfurecido, no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda tolerar la afrenta que pretendes hacer á mi honor. ¡Ah traidor! respondió el rei desenvainada la espada para defenderse; ¿piensas por ventura executar tu intento impunemente? Diciendo esto dan principio á un combate demasiadamente vivo para que durase mucho. Temiendo el condestable que Sifredo y sus criados acudiesen á los gritos que daba Doña Blanca, y le estorbasen su ven-

ganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin reserva. Fuera de sí con el furor él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el rei derribado se paró.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. Preocupado el infeliz esposo contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolorosa compasion. La muerte que tenia tan cercana no bastó para sofocar en él los rebatos de los zelos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su rival; idea tan ingrata y espantosa, que reanimando los espíritus, y dando un momentáneo vigor á las pocas fuerzas que le restaban, le hizo levantar la espada que aún tenia en la mano, y la metió entera por el seno de su muger, diciéndola: muere, esposa infiel, ya que los sagrados lazos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me habiais jurado al pie de los altares. Y tú, Enrique, pro-

siguió con voz apagada, no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dixo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que entre las sombras de la muerte dexaba ver un cierto no sé qué de fiero y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y mezclada la sangre de esta inocente víctima se confundia con la del bárbaro homicida; cuya execucion fue tan pronta y tan impensada, que no dió lugar al rei para precaver el efecto.

Prorumpió éste en un horrible y lastimoso grito quando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que la quitaba la vida, quiso acudir á prestarla el mismo auxîlio que ella habia deseado prestar á su marido; pero Blanca hizo ademan de detenerle, diciéndole con voz desfallecida: señor, esta es la víctima que estaba pidiendo la suerte inexôrable; y asi son igualmente inútiles vuestro socorro y vuestro dolor. Quiera el cielo que este sacrificio aplaque la cólera de nuestro fatal destino,

y asegure la felicidad de vuestro reinado. Al acabar estas palabras, Leoncio que habia acudido al eco de sus lastimosos gritos entró en el quarto, y enteramente embargado de los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó sin movimiento. Blanca que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el rei: á Dios, señor, le dixo, conservad tiernamente mi memoria; mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre. Respetad sus canas, compadeceos de su dolor, y haced justicia á su zelo. Sobre todo haced notoria á todo el mundo mi inocencia: esta es la cosa mas principal que os encomiendo. Á Dios, amado Enrique.... Yo me muero.... Recibid mi postrer aliento.

Dixo, y falleció. Quedóse inmoble el rei, y guardando por algun tiempo el mas lúgubre y mas sombrío silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo: mira, Leoncio, esta es la obra de tus manos: contémplala bien, y considera en ese trágico suceso el fruto de tu oficioso zelo por mi servicio. Nada respondió el afligidísimo anciano, preocupado

todo del dolor que le añudaba la voz y le cortaba el aliento. ¿ Pero á qué fin empeñarme en querer describir lo que es superior á toda explicacion ? Basta decir que uno y otro se hicieron las mas tiernas y vivas reconvenciones y quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los internos afectos.

El rei conservó toda la vida la mas dulce memoria de su fidelísima y honradísima amante, sin poderse jamas resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que subsistiese lo dispuesto por Rogerio en su testamento ; pero se vieron precisados á ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo, y aun de su misma patria, el insoportable tédio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca, y tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir. Casóla con D. Pedro de Silva, y yo soi el único fruto de este matrimo-

nio. Esta es, prosiguió la viuda de Don Pedro de Pinares, la historia de mi familia, y una fiel relacion de las desgracias que representa este quadro que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de tan funesta aventura.

CAPÍTULO V.

DE LO QUE HIZO EN SALAMANCA DOÑA AURORA DE GUZMAN.

Despues que la Ortiz, sus compañeras y yo oímos esta historia, salimos de la sala, donde dexamos solas á Doña Aurora y Doña Elvira. Pasaron las dos el resto del dia en varias diversiones, sin cansarse la una de la otra; y quando partimos al dia siguiente fue tan dolorosa su separacion como pudiera serlo la de dos íntimas amigas acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegamos en fin á Salamanca sin el menor contratiempo. Tomamos luego una casa noblemente alhajada, y la dueña Ortiz, segun lo que habiamos acordado, se comenzó á llamar Doña Xime-

na de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una dama y un page, y se dirigieron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun quarto desocupado, y habiéndola respondido que sí, la enseñaron uno bastantemente adornado. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó una mesada del arriendo, expresando que era para un sobrino suyo que venia de Toledo á estudiar á Salamanca, y le esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dexaron concertado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora, sin perder tiempo, se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose las cejas con el mismo color, se disfrazó de suerte que parecia un señorito jóven, garboso y desembarazado; y á no ser que la cara era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso el disfráz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de page, y todos nos persuadimos á que tam-

poco ésta representaria mal su papel, asi porque no era de las mas hermosas, como por cierto aire de despejo, y aun de descaro, que era mui propio del personage que la tocaba hacer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo nos dirigimos allá. Entramos en una carroza con los baules y toda la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agrado, y nos conduxo á nuestro quarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convenimos en la comida que nos habia de dar y en lo que la habiamos de pagar, quedando el buen trato de su cuenta. Preguntámosla despues si tenia en casa otros huéspedes. Al presente, respondió, ninguno tengo, y siempre tendria muchos si quisiese recibir á todo género de gentes; pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito señoritos y personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á acabar aqui sus estudios. Llámase D. Luis Pacheco, y acaso le conocerán vmds., ó habrán oido ha-

blar de él. Ni uno ni otro, respondió Aurora, y antes bien habiendo de vivir con él en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es, por lo que podria importar para mi gobierno. Señor, repuso la huéspeda, mirando al mentido estudiante, es un caballerito de linda figura, ni mas ni menos como la vuestra, y desde luego aseguro que los dos pareceis hechos para en uno. Vive diez que podré gloriarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y mas airosos de toda España. Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil aventuras y buenos lances. Oh! en quanto á eso, respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta dexarse ver para conquistar. Entre otras robó el corazon de una dama moza y bella como ella sola. Es hija de un viejo doctor en leyes, y en quanto á su amor por D. Luis es aquello que se llama locura. Su nombre es Doña Isabel. Pero dígame, la interrumpió Aurora con alguna viveza, ¿y D. Luis la corresponde igualmente? Que la amaba antes que partiese á Madrid, respondió la Ramirez, no tiene duda;

pero si ahora la ama ó no la ama, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras quando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos á dos hombres que se apeaban. Eran el mismo D. Luis Pacheco y su criado. Dexónos la vieja para ir á recibirlos, y dispúsose mi ama, no sin alguna emocion, á representar su personage de D. Felix. Poco despues vimos entrar en nuestro quarto á D. Luis con botas y espuelas en trage de camino. Acabo de saber, dixo saludando á Doña Aurora, que un caballero toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el singularísimo gusto que he tenido de lograr baxo un mismo techo tan buena compañía. Mientras respondia mi ama á este cumplimiento me pareció que Pacheco estaba sorprendido de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamas habia visto hombre tan galan ni tan

bien hecho. Despues de varios discursos, acompañados de mil recíprocos cortesanos cumplimientos, se retiró Don Luis al quarto que se le habia destinado.

Mientras se hacia quitar las botas y mudaba ropa, un page que le buscaba para entregarle una carta encontró por casualidad á Doña Aurora en la escalera, y teniéndola por D. Luis á quien no conocia: caballero, le dixo, aunque no conozco al señor D. Luis Pacheco, no juzgo que debo preguntar á V. S. si lo es, y estoi persuadido á que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con admirable presencia de espíritu; seguramente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan. Dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Partió el page, y cerrándose Aurora en su quarto con su criada y conmigo, leimos el papel que decia asi: *Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca. Alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavia á vuestra Isabel? Aseguradla quanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de gusto si la*

dais el consuelo de haberla sido fiel.

En verdad que el papel es apasionado, dixo Aurora, y muestra una alma absolutamente prendada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; antes bien me parece que debo hacer todo lo posible para desprenderla de D. Luis, haciendo quanto pueda para que él no la vuelva á ver. La empresa es un poco árdua, lo confieso, mas no desconfio salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto, y un momento despues añadió: yo me obligo á ver embrollados á los dos en menos de veinte y quatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco reposado un poco en su quarto, volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero, la dixo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar sobrada inquietud. Yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga vmd., le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. D. Felix de Mendoza es un poco temible, asi os lo prevengo. Ya he estado

otra vez en este país, y sé por experiencia que en él no son insensibles las mugeres. Habrá un mes que transité por Salamanca, detúveme en ella no mas que ocho dias, y en este breve tiempo, os lo digo en toda confianza, inflamé á la hija de un doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado Don Luis al oir estas palabras. ¿Y se podrá saber sin pasar por curioso, replicó él prontamente, el nombre de esta dama? ¿Qué llama vmd. sin pasar por curioso? repuso el fingido D. Felix. ¿Qué razon puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esta injusticia. Ademas de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular; y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas entidades de media braga, y aun creen que las hacen mucho honor en quitarlas el crédito. Diréos pues sin ceremonia que la hija del tal doctor se llama Isabel. ¿Y el tal doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el señor Marcos de la Lla-

na? Justamente, respondió mi ama. Lea vmd. este papel que acabo de recibir; por él verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos D. Luis por el villete, y conociendo la letra se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entonces Aurora en aire de admirada. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que os interesais en esta dama. ¡Oh, y quanto me pesa de haber hablado con tan poca reserva!

Antes bien os doi gracias por ello, replicó D. Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡La perfida! ¡la inconstante! ¡Oh, D. Felix, y quánto bien me habeis hecho! Habeisme sacado de un error en que quizá hubiera vivido largo tiempo. Creía que me amaba: ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Me merecia algun aprecio esta muchacha; pero veo ahora que es una muger digna de todo mi desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dixo Aurora, manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un doctor en leyes debiera contentarse y tenerse por mui dichosa en que fuese su amante un caballerito de tanto mérito como vos. No puedo

excusar su inconstancia, y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, resuelvo castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mí toca, dixo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será toda mi venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza. Con todo, para hacerla conocer mejor el desprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que cada uno de los dos la escribiéramos separadamente un papel que la insultase á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su villete. Mas antes de llegar á este extremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto con Isabel. No, no, interrumpió D. Luis, no espero tener jamas semejante flaqueza, y convengo desde luego en que por mortificar á esa ingrata se ponga inmediatamente en obra lo que hemos pensado.

Sin perder tiempo fui yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles mui lisonjeros para la hija del doctor Marcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces tan fuertes que le

contentasen para explicar quanto deseaba la viveza de su irritada imaginacion; y asi hizo pedazos cinco ó seis villetes por parecerle sus expresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: *Aprende ya á conocerte, reina mia, y no tengas la vanidad de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en ti el menor atractivo que merezca mi atencion mas que un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán las hopalandas mas miserables de la universidad.* Escribió pues esta graciosa carta, y quando Aurora acabó el suyo, que no era menos excesivo, los cerró entrambos baxo una cubierta, y entregándome el pliego: toma, Gil Blas, me dixo, y procura que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo; señal cuyo significado entendí perfectamente. Sí señor, le respondí; será V. S. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una reverencia y salir de casa todo fue uno.

Luego que me ví en la calle me dixe á mí mismo: con que, señor Gil Blas, ¿vmd. en esta comedia hace el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues, amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor D. Felix se contentó con hacerte una seña. Fióse de tu penetracion. ¿Entendiste bien lo que aquella guiñada queria decir? Sí por cierto. Quísome dar á entender que entregase solamente el villete de D. Luis. No significaba otra cosa la gitanesca guiñadura. No tuve en esto la menor duda; con que diciendo y haciendo rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del doctor Marcos, habiéndome ántes informado donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pagecito que habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dixe, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del señor doctor Marcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo experto en estos lances; y yo le añadí: teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al próximo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra

ama este papelito de cierto caballero que conoce.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pagecillo; y apenas le respondí que era D. Luis Pacheco, quando todo regocijado me respondió: ¡ah! si el papel es de ese señorito, sigueme, que tengo órden de mi ama de introducirte en su quarto, y quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala donde mui presto se dexó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto que me pareció no haber visto jamas facciones mas finas. Tenia cierto aire tan delicado y melindroso, que parecia una niña de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma, sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó con cara risueña, ¿eres criado de D. Luis Pacheco? Sí señora, la respondí, tres semanas há que entré á servir á su señoría; y diciendo esto la puse respetosamente en la mano el papel que se me habia encomendado. Leyóle dos ó tres veces en ademan de quien desconfiaba de lo que sus mismos ojos la decian. Con efecto, ninguna cosa esperaba menos que semejante respuesta. Levantaba

los ojos al cielo, mordíase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues ácia mí con ímpetu, y toda azorada me preguntó: ¿D. Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? Díme, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento? ¿Qué demonio se ha apoderado de él? Si queria romper conmigo ¿es posible que no lo supo hacer sino ultrajándome con tan groseras y torpes frases?

Señora, la respondí con hipocresía, es cierto que mi amo no ha tenido razon; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Si me asegurais el secreto yo os descubriré todo este enredo. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. No temas que te sacrifique; y asi explícate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: hé aqui el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama de tapadillo cubierta con un manto de los mas dobles. Preguntó por el señor Pacheco, hablóle en particular, y pasado algun tiempo, al

fin de la conversacion la oí estas precisas palabras: *me jurais que nunca la volveréis á ver, pero no me contento con esto. Es menester que en este punto la escribais un villete que yo misma quiero dictar. Esto quiero absolutamente de vos.* Rindióse D. Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el villete, me dixo: toma este papel, infórmate donde vive el doctor Marcos de la Llana, y procura con destreza que esta carta se entregue á su hija Isabel en propia mano.

De aqui inferiréis, señora, que la tal carta es obra de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh cielos! exclamó ella. Pues esto es mas aún de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas y ultrajantes palabras que se atrevió á escribir aquella bárbara mano. Pero revistiéndose de repente de aquella fiereza que en una muger despreciada induce la vengativa sensibilidad del sexô, añadió despechada: abandónese en buen hora libremente á la ingratitud y á su nuevo amor. Nada me importa á mí; no me estimo en tan

poco, que me abata á perturbarle. Decidle de mi parte que no necesitaba echar mano de groserías y de insultos para obligarme á dexar libre el campo á mi competidora. Me sobra el desprecio con que miro á un amante tan ligero, para que jamas se atreva la memoria á ponermele delante. Diciendo esto me despidió, volviéndome las espaldas mui irritada contra D. Luis.

Yo salí mui satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero, me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré á los señores Mendoza y Pacheco, que estaban cenando juntos, y conversaban con tanta confianza como si se hubieran tratado y conocido muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dixo en tono festivo. Ea, danos cuenta del suceso de tu embaxada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dixe que habia entregado el pliego en mano propia; que despues de haber leido los dos dulcísimos y terní-

símos papeles, prorumpió en grandes carcaxadas como una loca, diciendo: por vida mia que los dos señoritos escriben en un bellísimo estilo. No se puede negar que nadie sabe imitarlo. Eso, dixo mi ama, se llama *sacar el caballo, ó salir del atolladero con grande aire.* En verdad que la tal señora mia es una chula magistral y mui diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á Doña Isabel, interrumpió D. Luis; la tenia por mui otra. Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hai mugeres que saben hacer todos los papeles. Á una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mi largo tiempo. Gil Blas lo puede decir: parecia la muger mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mismo diablo, y faltó poco para que me engañase tambien á mí.

Dieron grandes carcaxadas el falso Mendoza y el verdadero Pacheco quando me oyeron hablar de esta manera; el uno por lo que yo decia de una dama imaginaria, y el otro por las expresio-

nes de que usaba. Proseguimos nuestra conversacion sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y la resulta de todos nuestros discursos fue que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. D. Luis protestó de nuevo que jamas la volveria á ver, y D. Felix, á su exemplo, juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada qual á su quarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde dí fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegria. Querido Gil Blas, me dixo, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Quando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrir á invenciones y estratagemas es gran fortuna lograr un criado tan ad-

vertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interes en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos desembarazado de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio. Pero como los lances de amor estan sujetos á varias revoluciones, soi de parecer que quanto antes acometamos nuestra ideada aventura, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dexando al señor D. Felix con su page, me retiré al quarto donde tenia mi cama.

CAPÍTULO VI.

ARTIFICIOS DE AURORA PARA HACERSE AMAR DE D. LUIS PACHECO.

Juntáronse los dos nuevos amigos al dia siguiente. Abrazáronse luego que se vieron; demostracion que sufrió Aurora por hacer bien el personage de Don Felix. Salieron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándolos yo con Chilindron, criado de D. Luis. Parámonos á la puerta de la universidad para leer varios carteles de libros nuevos. Habia

tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo como del codo á la mano, que hacia su crítica sobre las obras que alli se publicaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y se conocia mui bien en su semblante enfático y en su tono magistral que él mismo estaba mui persuadido á que la merecia. No sabia disimular que era vano y hombre decisivo, como lo suelen ser todos los tamañitos. Esa *nueva traduccion de Horacio* que anuncia este cartel con letras gordas, decia á los circunstantes, es obra de un cierto autor hopalandas, escritor de los de antaño, mui estimada de los escolares, de la qual se han hecho ya quatro ediciones; pero ningun hombre verdaderamente literato ha comprado siquiera uno. No era mas ventajosa la crítica que hacia de los demas libros. Sin duda que el tal crítico perinola debia ser algun autorcillo. Yo de buena gana le estaria oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fue preciso seguir á Don Luis y á D. Felix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no interesándose poco ni mucho en los libros que criti-

caba, prosiguieron su camino alejándose de él y de la universidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y con destreza hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dixo, fue un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo; mi madre es hermana carnal de Doña Ximena de Guzman, que pocos dias há vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo en su compañía á su sobrina Doña Aurora, hija única de D. Vicente de Guzman, á quien quizá habrá vmd. conocido. No tengo tal fortuna, respondió D. Luis, pero he oido hablar mucho así de ese caballero como de su hija, prima vuestra, y mi señora Doña Aurora. Decidme por Dios si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita. Me han asegurado que no tiene igual en hermosura y entendimiento. En quanto á entendimiento, respondió D. Felix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en quanto á hermosura no creo que sea tanto como ponderan, quando oigo decir que ella y yo nos

parecemos mucho. Siendo eso así, replicó prontamente D. Luis, queda mui justificada su fama. Vuestras facciones son regulares y perfectas, vuestra tez mui delicada; y asi no puede menos de ser lindísima vuestra prima. Yo quisiera tener la dicha de ponerme á sus pies y rendirla mis respetos. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el falso Mendoza, y á satisfacerla hoi mismo. Despues de comer irémos los dos á casa de mi tia.

Mudó entonces de conversacion mi ama, y comenzaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de Doña Ximena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia me restituí prontamente á la posada para acompañar á D. Felix, que finalmente conduxo al señor D. Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella quando encontraron con Doña Ximena, que con el dedo en la boca los hizo señal de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baxa: *paso, pasito.* No despierten vmds. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo uña furiosa jaqueca, la

qual há poco tiempo que la dexó, y habrá un quarto de hora que se retiró á descansar un poco. Siento mucho este contratiempo, dixo Mendoza, porque esperaba tener el gusto de que viesemos á mi prima, queriendo hacer este cortejo á mi amigo el señor Pacheco. Lo que se difiere no se quita, respondió sonriéndose la Ortiz, y mañana podrá el señor Pacheco hacer ese honor á mi sobrina. Detuviéronse algun poco los dos caballeritos con la vieja, y despues de una mui breve conversacion se retiraron.

Condúxonos D. Luis á casa de un hidalgo amigo suyo llamado D. Gabriél de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia; cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvimos á la posada. Habiamos andado como la mitad del camino quando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creímos que serian algunos infelices recien asesinados, y nos paramos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, quanto lo podia permitir la obscuridad de la noche, hé

aqui que llega una ronda. El comandante nos tuvo por asesinos, y dió órden á sus gentes de que nos cercasen; pero mudó de opinion, haciendo juicio mas benigno luego que nos oyó hablar, y mucho mas quando á la luz de las linternas descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que exâminasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser amo y criado, ambos atestados de vino, y perfectamente borrachos. Señores, exclamó un ministril, conozco mui bien á este señor licenciado, que pretendió hacer figura en nuestra universidad. Aqui donde vmds. le ven es un grande hombre, un ingenio superior. No hai quien resista á sus argumentos; en un abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca: es un fluxo irrestañable, un diluvio impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado al vino, al juego y á las mugeres. Ahora vendrá de cenar con su Belica, donde él y el que le guisa se habrán emborrachado. Antes de graduarse lo hacia freqüentemente, y despues de graduado prosigue de la misma manera;

porque al fin no siempre es verdad que honores mudan costumbres. Nosotros dexamos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa, y nos fuimos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

D. Felix y D. Luis se levantaron al dia siguiente ácia el medio dia, y su primera conversacion fue de Doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me dixo mi ama, ve á casa de mi tia Doña Ximena á saber cómo han pasado la noche ella y mi prima, y á preguntarla si el señor Pacheco y yo podemos ir hoi á tributarlas nuestros respetos. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habiamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dixe: mi señora Doña Aurora me encargó ella misma os dixese de su parte que ya estaba restablecida, y que tendrá el mayor gusto con vuestra visita; y la señora Doña Ximena me encomendó asegurase al señor Pacheco que siempre seria mui bien recibido en su casa, á favor de su mérito y de vuestra amis-

tosa y grata recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á D. Luis. Tambien lo conoció mi ama; y desde luego arguyó de ello un alegrísimo presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de la señora Ximena, y dixo á D. Felix: señor, un hombre de Toledo fue á preguntar por V. S. en casa de su señora tia, y dexó en ella este villete. Abrióle el fingido D. Felix, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de conseqüencia que os importan mucho, leido éste venid prontamente al meson del caballo negro, cerca de la universidad.* Tengo grandes deseos de saber quanto antes noticias que tanto me importan, dixo D. Felix, y asi, á Dios, señor Pacheco; si no volviere dentro de dos horas podeis ir vos solo á casa de mi tia, á donde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de Doña Ximena; en virtud de él estais obligado á hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Fácilmente se imaginará el sagaz y

entendido lector que en vez de tomar el camino del meson del *caballo negro* nos fuimos derechitos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos blondos, lavóse y frotóse mui bien las cejas y pestañas; vistióse de muger, y étela una bellísima dama con hermosos cabellos negros, mesmamente tal qual ella era. Puede decirse que el disfraz la transformaba de manera que Doña Aurora y D. Felix parecian dos personas diferentes. En trage de muger se representaba mas alta que vestida de hombre; gracias á los tacones excesivamente empinados que regalaban con su elevacion á la estatura. Luego que añadió á su hermosura natural los demas socorros que el arte la prestaba, salió á esperar á D. Luis, sintiendo en su pecho una cierta agitacion ocasionada del combate que con fuerzas iguales hacian en él el temor y la esperanza. Unas veces se alentaba reflexîonando en el atractivo de su rostro y de su espíritu, otras la abatia el miedo de que la saliese mal aquel peligroso ensayo. La Ortiz se dispuso tambien por su parte á hacer lo que la tocaba para que nuestra ama no

quedase desairada en el logro de su intento. Yo, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, no debiendo parecer en ella hasta el fin de la visita, semejante á aquellos actores que solo se dexan ver en el teatro quando está para concluirse la comedia, salí asi que acabé de comer.

En fin todo estaba ya prevenido quando llegó D. Luis. Recibióle con el mayor agrado la señora Ximena, y tuvo con Aurora una larga conversacion que duró dos ó tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á D. Luis, le dixe: caballero, mi amo D. Felix suplíca á V. S. se sirva de perdonarle si hoi no pudiese venir, porque se halla con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. Sí por cierto, exclamó Doña Ximena con una ironía bufonesca, estará el bribonzuelo divirtiéndose con algunas buenas bigoteras cortesanas. No, señora, repliqué yo prontamente, está en la realidad con aquellos hombres tratando de negocios demasiadamente serios; y verdaderamente le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aqui. Yo no admito sus dis-

culpas, repuso mi ama. Sabiendo que yo estaba indispuesta podia y debia mostrar mas atencion con las personas que le tocan tan de cerca. En castigo de esta falta no he de verle ni recibirle en dos semanas. ¡Ah! señora, dixo entonces D. Luis, suspended tan cruel resolucion. Sóbrale al pobre D. Felix por castigo el dolor de no poder veros hoi.

Despues de haberse divertido alegremente por algun tiempo sobre el mismo asunto se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á su vestido de caballero. Transfirióse á la posada lo mas presto que la fue posible, y apenas entró dixo á D. Luis: perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia: halléme con unos hombres tan pesados, que no pude por mas que hice desembarazarme de ellos. Lo único que me consuela es, que vos tuvieseis lugar para satisfacer vuestra curiosidad y deseos: y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? habladme sin ceremonia. Qué me ha de parecer, respondió Pacheco; me ha encantado. Teneis razon en decir que los dos sois mui parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mis-

mo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo sonido de voz. No hai mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta; tiene el cabello negro, y vos sois blondo; vos festivo, y ella seria. Por lo demas no es mas parecido un huevo á otro huevo, que lo sois el uno al otro. En quanto á talento no creo que pueda haber alguno superior al suyo, sino que sea un ángel. En una palabra, es una dama de un mérito completo.

Pronunció Pacheco estas últimas palabras tan fuera de sí, que D. Felix le dixo sonriéndose: siento, amigo, haberos proporcionado este conocimiento: soi de parecer que no volvais mas á casa de Doña Ximena; y os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion.... No necesito volverla á ver, interrumpió D. Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella. El mal, si lo es, está ya hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es una Doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es

muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. *¿ Por el camino real?* repitió D. Luis en tono enfático. ¿Y puede haber en el mundo hombre tan temerario que piense ir por otro camino quando ama á una dama de su calidad? Pensar lo contrario es agraviarme: conocedme mejor. ¡Qué dichoso seria si mereciera que vuestra prima se mostrase favorable á mis legítimos deseos, y se dignase unir al mio su destino! ¡Oh, D. Luis! repuso D. Felix, ya que la música se entabla en ese tono, desde este punto me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, cuya autoridad y amor son los que mas pueden con la prima.

Pacheco rindió mil gracias al caballero, y mi ama y yo reconocimos con gusto que no podia caminar mejor el sutil y bien meditado estratagema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de D. Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su quarto, despues de suponer que habia ido á hablar con Doña Ximena para interesarla en su fa-

vor, y le dixo así: hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente impresionada contra vos, porque no sé quién la habia metido en la cabeza que erais un libertino; pero me puse de vuestra parte con tal ardor, que logré finalmente desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, para mayor abundamiento quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Mostró Pacheco una grande impaciencia por hablar quanto antes con Doña Ximena, y procuró D. Felix que lograse esta satisfaccion á la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condúxole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la qual dió mui bien D. Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Ximena mui pagada de la tierna fineza que mostraba por su sobrina, y le ofreció hacer quanto estuviese de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los pies de tan buena tia, y la rindió mil gracias por tan inesti-

mable favor. Á este tiempo preguntó D. Felix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavia está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan vmds. esta tarde, y la hablarán quanto quieran; respuesta que, como se puede creer, añadió muchos grados á la alegria de D. Luis, á quien se le hizo eterno el remanente de aquella mañana. Restituyóse pues á su posada en compañía del fingido Mendoza, que tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor fino y verdadero.

Toda la conversacion fue acerca de Aurora. Acabada la comida dixo D. Felix á Pacheco: ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Paréceme que podrá convenir mucho el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar en particular á mi prima, y descubrir, si puedo, el temple de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó Don Luis esta idea; dexó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo de manera que quando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de

haber saludado á Doña Aurora y á su tia, dixo D. Luis: yo creí encontrar aqui á D. Felix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió Doña Ximena, y presto saldrá. Quedó satisfecho D. Luis con esta respuesta, y comenzó á entablar conversacion con las damas. Esta se alargaba, y D. Felix no parecia. No pudo ya D. Luis disimular mas su extrañeza, y habiéndola manifestado, Aurora mudó de repente de tono; echóse á reir, y le dixo: ¿es posible, señor D. Luis, que ni siquiera hayais sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? ¿Pues qué, unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas me desfiguran tanto, que os hayais dexado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero (prosiguió, volviendo á su natural seriedad), y acabad de conocer que D. Felix de Mendoza y Doña Aurora de Guzman son una sola persona.

No se contentó con sacarle de su error; confesóle tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que esta misma la habia sugerido para reducirla al estado en que la veía. No quedó el tierno amante menos encantado que

sorprendido de lo que estaba oyendo y tocando con sus manos. Arrojóse á los pies de mi ama, y la dixo transportado: ¡ ah bella Aurora! ¿ puedo creer con efecto que soi yo el felíz y afortunado mortal que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? Son de tanto precio, que no basta á pagarlas el mas fiel y mas inmutable reconocimiento. Á estas palabras se siguieron otras mil apasionadas y tiernas expresiones, correspondidas modesta y sincéramente por Aurora, despues de lo qual los dos amantes tomaron de acuerdo las mas justas y mas decentes medidas para acelerar el cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiesemos inmediatamente á Madrid, donde se daria fin á la comedia con el matrimonio de los dos. Asi se executó; y quince dias despues se casó D. Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y muchos regocijos.

CAPÍTULO VII.

MUDA DE AMO GIL BLAS, Y VA Á SERVIR Á DON GONZALO PACHECO.

Tres semanas despues del casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dixo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que D. Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho tenerte en la suya para su ayuda de cámara. Habléle de ti tan ventajosamente, que me pidió te persuadiese á que vayas á servirle. Es un señor ya entrado en dias, pero de bellísimo carácter, y estoi persuadida á que te irá mui bien con él.

Dí mil gracias á mi señora por lo mucho que me favorecia, y la dixe, que ya que su señoría no necesitaba de mí, y gustaba de que fuese á servir al señor D. Gonzalo, estaba pronto á complacerla, particularmente quando tenia la honra y el consuelo de quedarme dentro de la familia. Fui pues una mañana de parte de la novia á casa de di-

cho señor, y me presenté á él. Halléle todavia en la cama, aunque era cerca de mediodia. Entré en su quarto, y ví que estaba tomando un caldo que le servia un page. Tenia el buen viejo bigotes á la papillota, ojos hundidos y casi apagados, semblante descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que habiendo gozado del mundo á toda satisfaccion en la mocedad, no son mas contenidos, ni estan menos dominados de sus antiguas pasiones en la vejez. Recibióme con mucho agrado, y me dixo que si le queria servir con el mismo zelo con que habia servido á su sobrina; haria él solo mi fortuna, y esperaba que no tendria motivo para arrepentirme. Ofrecíle no aplicarme con menos atencion á desempeñar mi obligacion en su servicio que lo habia hecho en el de mi ama; y desde aquel mismo punto me admitió en su casa, contándome en el número de sus criados.

Y éteme ya aqui con un nuevo amo, el qual sabe Dios qué hombre era. Quando le ví saltar de la cama me pareció que estaba viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo tan

seco y tan enjuto, que si se le viese en cueros seria el esqueleto mas perfecto y mas á propósito para que un anatómico aprendiese la osteologia. Las piernas eran tan sutiles, que aun despues de tres ó quatro pares de calcetas y medias unas sobre otras, parecian dos bastones de negrillo, á quienes servian de nudos las pantorrillas. Para mayor gracia era asmática aquella momia viviente, acompañando con una tos cada palabra. Luego que se puso su bata pidió chocolate; tomóle, y habiendo mandado despues que le traxesen papel y tinta, escribió un villete, que entregó al page que le habia servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió éste quando volviéndose á mí me dixo: amigo Gil Blas, de aqui adelante has de ser tú el confidente de mis comisiones, particularmente las relativas á una cierta Doña Eufrasia, que es una damita jóven y bella, á quien sirvo y enteramente amo, siendo de ella con igual ternura amado y correspondido.

¡Santo Dios! dixe prontamente á mi capote, ¿y cómo podrán los mozos no creer que son amados, quando está persuadido á que es idólatrado este viejo

podrido, carcuezo y cazcarriento? Mañana, prosiguió el presumido Matusalen, irás conmigo á su casa, porque casi todas las noches ceno con ella. Quedarás admirado quando veas su modestia y compostura. Lejos de imitar á aquellas atolondradas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, ella, que en medio de su florida edad es de entendimiento claro y de juicio maduro, no busca en los hombres galanterías ni palabras, sino el buen modo de pensar; y prefiere los que saben amar á los que solo saben fingir y enamorarse de sí mismos. No limitó á solo esto el señor D. Gonzalo el panegírico de su dama: empeñóse en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente dificil en dexarse convencer. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas, y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen mui afortunados en amor. Sin embargo, solo por complacerle fingí que le creía; y aún hice mas, pues no solo alabé el discernimiento y el buen gusto de Doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podia

encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció el incienso con que yo estaba regalando á sus narices; antes por el contrario se persuadió á que todo quanto le decia era oro puro. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, porque se tragan como si fueran confites las lisonjas mas groseras y mas empalagosas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas mui delicadas algunos pelos blancos de la barba, y se lavó con agua caliente los ojos, que estaban cargados de lagañas. Lo mismo hizo con los oidos, las manos y la cara. Concluidas todas sus abluciones se tiñó de negro el bigote, las pestañas y las cejas, gastando en el tocador mas tiempo que una viuda vieja empeñada en desmentir, ya que no pueda reparar, el estrago que hicieron los años en su semblante. No bien habia acabado de vestirse y remozarse, á lo que á él le parecia, quando entró en su quarto el conde de Azumar, que era amigo suyo y tan viejo como él, pero mui diferente en todo lo demas. Este traía sus venerables canas descubiertas, se apoyaba sobre un baston, y parecia

hacer alarde de su misma respetable ancianidad. Amigo Pacheco, dixo luego que entró, vengo á que me des de comer. Bien venido, conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron, y comenzaron á hablar mientras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio rodó la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado. Hablaron de los picadores y caballeros en plaza que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dixo suspirando: ya no se usan hoi los hombres que se veían en otros tiempos. Ni los toros ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reía interiormente de la ridícula prevencion del señor conde de Azumar, tan general en casi todos los viejos; pero su señoría no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos. Quando se sirvió la fruta en la mesa tomó una pera en la mano, y dixo mirándola y remirándola: en mi tiempo eran mucho mayores las peras; por-

que al fin el tiempo todo lo gasta ó todo lo disminuye: la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, replicó mi amo, las peras en tiempo de Adan serian de grandísimo tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con D. Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que se desembarazó de él salió de casa, diciéndome que le acompañase. Fuimonos derechos á casa de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un quarto alhajado con mucho primor. Estaba vestida de gala, y representaba un aire de tan florida juventud, que casi parecia niña, sin embargo de que ya llegaba á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su entendimiento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su loquacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus discursos sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio se echaba de ver en todo lo que decia. ¡Oh cielo, exclamé yo dentro de mí mismo, es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan reservada! Y es que vivia yo persuadido á que necesariamente ha-

bia de ser desahogada toda dama cortesana. Admirábame aquella aparente modestia, sin hacer reflexîon á que las tales princesas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Gustan unos fuego, viveza y atolondramiento; pues con estos serán intrépidas y casi locas. Si agrada á otros el sosiego y la compostura, siempre las encontrarán con un exterior modesto, tranquílo y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que tratan.

No era D. Gonzalo del gusto de los que tienen mui en gracia las mugeres de modales libres; antes bien no las podia sufrir; y para que le agradasen era menester tuviesen un cierto aire de vestal. Asi pues, Eufrasia se gobernaba por esta regla, y hacia ver que habia muchas comediantas fuera de aquellas que representaban en los teatros. Dexé á mi amo con su ninfa, y yo me fui á una sala, donde me encontré con una criada vieja que yo habia conocido sirviendo á una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y me dixo:

¿aqui estás, amigo Gil Blas? ¿quién te traxo acá? Segun eso dexaste el servicio de Arsenia como yo dexé el de Constanza. Asi es, respondí yo: mucho tiempo há que le dexé, y despues entré á servir á una dama de distincion, porque la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra Hiciste mui bien, me respondió la vieja, y poco mas ó menos lo mismo hice yo con Constanza. Una mañana la dí mi cuenta luego que me levanté. Ella me la recibió sin decirme una palabra, y de esta manera nos despedimos como dicen á la francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos sirviendo á gente honrada y distinguida. Doña Eufrasia muestra bien que es persona honrada, y parece señora de admirable carácter. No te engañas en tu juicio, respondió la Beatriz, que asi se llamaba la vieja. Mi ama es una muger mui bien nacida; y por lo que toca al genio será dificil hallar otra mas sosegada, mas dulce ni mas apacible. No es de aquellas amas impetuosas, altivas y dificiles de contentar, que nada les gusta, que en todo

encuentran que decir, gritan sin cesar, atormentan á todos los criados, y es un infierno el servirlas. Hasta ahora no la he oido gritar siquiera una sola vez. Quando hago alguna cosa que no la gusta me lo advierte con mucha paz, sin honrarme jamas con aquellos epitetos y palabras de que son tan liberales las mugeres coléricas y soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor mui pacífico y humanísimo con todos: por lo que toca á esto vos y yo estamos mejor que quando estábamos con los comediantes. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo tengo ahora una vida mui retirada, quando la de entonces era tan tumultuosa. En nuestra casa no entra otro hombre que el señor D. Gonzalo, y en esta mi amada soledad tendré yo el grandísimo gusto de no ver tampoco á otro que á ti. Tiempo há que te miraba con buenos ojos, y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin no desconfio ser tan dichosa como ella; pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en punto á fidelidad no la cedo á la mas fiel y amorosa tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de

aquellas tantas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretenderia, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese aprender que la despreciaba, antes bien tuve la advertencia de responderla en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderla. Lisonjeábame ya con la persuasion de haber conquistado á lo menos una vieja tercerona; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no ya por mis bellos ojos ni por mi linda cara, sino para empeñarme en los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor, que á ningun medio perdonaba quando se trataba de complacerla y de servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fui á entregar á Doña Eufrasia un villete amoroso de mi amo. Recibióme aquella dama con la manera mas afable y mas graciosa del mundo. Díxome mil cosas cariñosas; y la criada quiso tambien tirar su pincelada en mi elogio. Al oir á las dos, mi amo poseía un tesoro en mi persona. Á una la encantaba mi fisono-

mía; otra descubria en mis palabras un fondo de penetracion y de prudencia que verdaderamente la admiraba. Desde luego penetré todo el fin de aquellos encarecimientos; pero los oía con una aparente simplicidad que remedaba á la perfeccion todo el candor de un ánimo sencillo é inocente; con cuyo artificio engañé á las que pensaban haberme engañado; y en este errado concepto se quitaron en fin la mascarilla.

Ea, Gil Blas, me dixo Doña Eufrasia apretándome la mano; en tu arbitrio está hacer tu fortuna. Obremos todos de concierto, amigo mio. D. Gonzalo es viejo, su salud mui delicada; una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que nos restan, y gobernémonos de manera que me dexe á mí la mejor parte de sus bienes. Á ti te tocará una buena porcion, asi te lo prometo; y puedes contar sobre mi palabra como pudieras contar sobre una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid. Señora, la respondí, disponga vmd. á su arbitrio de este su fiel servidor. Solamente la suplico que me

diga lo que debo executar, y lo demas dexelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razon puntual de todos sus pasos. Quando hables con él procura con arte que recaiga la conversacion sobre las mugeres, y toma de aqui ocasion para con destreza y con maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en quanto te sea posible. Espía con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con el ojo á su herencia, y avisame sin perder instante de tiempo; yo los echaré á pique. Tengo mui conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo; sé el modo de hacerlos ridículos, y ya lo he desviado de sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia conocí que era una de aquellas damas que solo se dedican á viejos generosos y liberales. Pocos dias antes habia obligado á D. Gonzalo á vender no sé qué posesion, cuyo dinero la regaló. Todos los dias le chupaba alguna cosa, y ademas de eso espe-

raba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme mui empeñado en hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que quando volvia á casa iba mui dudoso sobre el partido que debia tomar en aquel descubrimiento; si el de aprovecharme de él para engañar al viejo, ó para desviarle de aquella falaz muger. Este último me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á engañar á mi amo. Consideraba por otra parte que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolví pues servir con zelo á D. Gonzalo, persuadido á que si lograba desprenderle de su ídolo seria mejor recompensado por una accion tan honrada que por la otra; pues al cabo era ruindad, y estas nunca aprovechan.

Para lograr mejor el fin que me habia propuesto fingí sacrificarme enteramente al servicio de Doña Eufrasia. Hícela creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto la embocaba mil patrañas, que la pobre creía como otros tantos evan-

gelios: artificio con el qual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. Para mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado perdido de Beatríz, la qual estaba tan desvanecida con la conquista de un mozo ni zurdo, ni tuerto, ni corcobado, que no se la daba un pito de que la engañase con tal que la engañase bien. Quando mi amo y yo estabamos con nuestras dos reinas representábamos dos pinturas diferentes, pero ambas en el mismo gusto. D. Gonzalo, seco y pálido como ya le he retratado, parecia un moribundo en agonía quando miraba á su Filis con ojos lánguidos, dulces y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truana vieja y bien amaestrada. Conocíase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos quarenta años. Habiase refinado en servicio de una de aquellas heroinas del partido que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas con los despojos de

dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya con ir todos los dias á casa de Eufrasia con mi amo: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á qualquiera hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á concebir como pudiese ser tan escrupulosamente fiel á D. Gonzalo una muger jóven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredarle, se habia proveido de un amante mas proporcionado á su lozanía, y mas conforme á sus años.

Cierta mañana mui temprano fui á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la diaria costumbre. Hízome entrar en su quarto, y descubrí en él los pies de un hombre que estaba tras de una tapicería. No dí la mas mínima señal de que le veía; y asi que desempeñé mi encargo salí sin dar

á entender haber notado cosa alguna; pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas quando en nada me perjudicaba á mí, no dexó con todo de agitarme mucho. ¡Ah malvada! decia yo con enfado. ¡Ah traidora Eufrasia! ¡No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te abandonas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion! Pero mui necio era yo en discurrir de esta suerte. Quizá hubiera hecho mejor en no hablar palabra que en servirme de esta ocasion para acreditarme de buen criado, agradecido al pan que comia. Pero en vez de moderar mi zelo entré con mayor calor en los intereses de D. Gonzalo, y le hice fiel relacion de lo que habia visto; añadiendo ademas que Doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad, en cuya prueba le conté de pe á pa todo lo que me habia dicho; de manera que sería un grandísimo mentecato si no venia en conocimiento del verdadero carácter de su alevosa enamorada. Hízome mil preguntas, como dudando de lo que le decia; pero mis respuestas le quitaron toda la duda. Quedó atónito y asombrado

de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podia parecer presagio de que Eufrasia no seria impunemente infiel. Basta, Gil Blas, me dixo: quedo sumamente agradecido al zelo y al amor que muestras á mi servicio; agrádame infinito tu honrada fidelidad. Desde este mismo punto parto á romper para siempre con Eufrasia, y á decirla lo que merece su fingimiento y su torpe engaño. Diciendo esto salió efectivamente, y se fue derecho á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que se restituyese á casa. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos echaria á pasear á su ninfa, sucediendo una justísima aversion á un amor tan mal correspondido, y á un desengaño tan visible un eterno rompimiento. Con este alegre pensamiento me estaba lisonjeando, y me daba ya á mí mismo el parabien del buen efecto que habia producido mi honrado

y zeloso aviso. Pareciame estar oyendo ya las gracias que me daban todos los parientes de D. Gonzalo por haber sido la causa de que éste abandonase en fin una pasion tan vergonzosa á su persona, y tan contraria á los intereses de aquellos. Figurábame que todos se me confesarian obligados, y me distinguirian entre el vulgo de los criados, mas dispuestos por lo comun á lisonjear á sus amos, fomentando sus desórdenes, que á ponerles á la vista el desengaño para retirarlos de ellos. Por entonces era mi ídolo el honor, y me empavonaba ya mirándome como el coriféo de todos los sirvientes. Estando embelesado en tan alegres pensamientos volvió mi amo, y me dixo: amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion mui viva con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve; llenéla de improperios: ¿pero sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene fuertemente que me has hecho una relacion falsa desde la cruz hasta la fecha. Si he de creerla eres un solemnísimo embustero, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonas á medio alguno para ponerla mal conmigo. Yo mismo la ví

derramar un torrente de lágrimas, todas verdaderas, que anegaban su semblante, interrumpian su respiracion, y á mí me pasaban el alma. Juróme por lo mas sagrado del cielo y de la tierra que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ella veía jamas á otro hombre que á mí. Lo mismo me aseguró Beatríz, que tiene traza de buena muger, incapaz de mentir: de modo que sin poderlo remediar, y contra mi propia voluntad se me fue toda la colera.

Segun eso, señor, exclamé yo no sin algun dolor, dudais de mi sinceridad, desconfiais de.... No, Gil Blas, interrumpió él, te hago justicia. No creo que vayas de acuerdo con mis sobrinos. Estoi persuadido á que solo por buen zelo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco. Pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te parecia ver; y en tal caso considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas sea lo que fuere, yo no puedo menos de quererla. Asi lo manda mi estrella; y para aplacar el enojo de esta pobre muger me ha sido

indispensable hacerla el sacrificio que me pide: este sacrificio solo es despedirte de mi casa. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas; y Dios sabe quantos esfuerzos la costó á ella, y quanto dolor me costó á mí el dar semejante consentimiento. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa. Fuera de que he pensado ya colocarte con una dama amiga mia, donde tengo por cierto que lo pasarás alegremente.

Quedé mortificadísimo en ver que mi zelo se habia vuelto contra mí. Mil veces maldixe interiormente á la embustera Eufrasia, y otras tantas dí al diablo la flaqueza, ó por mejor decir, la mentecatez de D. Gonzalo en haberse dexado engañar tan fácilmente. No dexaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa solo por complacer á su dama no hacia la accion mas honrosa, ni mucho menos la mas varoníl. Para compensar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacérme tragar la píldora sin sentir tanto su amargura, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me conduxo á casa de la marquesa de Chaves. Díxola en mi presencia que era yo un mozo de pren-

das y de talento; que verdaderamente me amaba mucho, mas que por ciertos respetos de familia se veía precisado con dolor á privarse de mi servicio, y la suplicaba con el mayor encarecimiento que me admitiese en el suyo. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me ví de repente con una nueva ama y en una nueva casa.

CAPÍTULO VIII.

CARÁCTER DE LA MARQUESA DE CHAVES; Y PERSONAS QUE LA TRATABAN.

Era la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, airosa y bien proporcionada. No tenia hijos, y gozaba diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria, ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente reputada por la dama de mayor talento. Lo que quizá contribuia mas que todo á esta universal reputacion era la concurrencia á su casa de los primeros personages de la corte, así en nobleza como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que

bastaba oír su nombre para formar concepto de un genio superior; y su casa era llamada por excelencia: *el tribunal de las obras ingeniosas.*

Con efecto, todos los dias se leian en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda pieza cómica. La mejor comedia, el romance ó la novela mas ingeniosa, mas alegre y mas verosimilmente conducida, todo esto se miraba como una pueríl y ligera produccion que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban alli por el último esfuerzo del ingenio humano. Sucedia tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*; antes bien silbaba las obras que habian sido aplaudidas en aquel areopago.

La marquesa me hizo maestre de sala de su casa. Era incumbencia de mi empleo preparar el quarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo taburetes para las damas, sillas para los hombres, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala para anunciar é introducir á

los que llegaban. Como todavia no los conocia yo, el primer dia el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era naturalmente serio, pero bufon y mofador. El primero que se presentó fue un ministro togado. Anuncièle, y despues que le introduxe me dixo el maestro de pages: este garnacha es de un carácter gracioso. Tiene alguna introduccion en palacio; mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del rei un caballero que le saludó. Detúvole éste, hízole mil expresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dixo: V. S. me ha conquistado; soi todo suyo, no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se separó del togado, quando volviéndose éste á uno de los que iban á su lado, le dixo: quiero co-

nocer á este hombre, y no me acuerdo quién es; solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte; creo que en casa del primer ministro.

Poco despues del togado se dexó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien introduxe inmediatamente en el quarto de mi ama. Luego que entró me dixo el señor Molina: este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que tratar con el dueño de ella negocios de importancia: está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la visita sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á que habia ido. Á este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala dos señoras, llamadas una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas, me dixo él quando hubieron entrado en la sala de la marquesa, en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa. Se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos, sus discur-

los que llegaban. Como todavia no los conocia yo, el primer dia el ayo ó maestro de pages me hizo compañía en la antesala para decirme el nombre de los que iban entrando, y al mismo tiempo me informaba breve y graciosamente del carácter de cada uno. Llamábase Andres de Molina el tal maestro. Era naturalmente serio, pero bufon y mofador. El primero que se presentó fue un ministro togado. Anuncièle, y despues que le introduxe me dixo el maestro de pages: este garnacha es de un carácter gracioso. Tiene alguna introduccion en palacio, mas no tanta, ni con mucho, como quiere persuadirlo. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del rei un caballero que le saludó. Detúvole éste, hízole mil expresiones, tomóle la mano, apretósela, y le dixo: V. S. me ha conquistado; soi todo suyo, no me niegue el favor de acreditarle mi amistad. No moriré contento si no logro alguna ocasion de servir á V. S. Correspondióle el caballero con expresiones de reconocimiento, y apenas se separó del togado, quando volviéndose éste á uno de los que iban á su lado, le dixo: quiero co-

nocer á este hombre, y no me acuerdo quién es; solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte; creo que en casa del primer ministro.

Poco despues del togado se dexó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien introduxe inmediatamente en el quarto de mi ama. Luego que entró me dixo el señor Molina: este señorito es un ente original. Va á una casa sin otro fin que tratar con el dueño de ella negocios de importancia: está en conversacion con él una ó dos horas, y levanta la visita sin haber hablado siquiera una palabra sobre el negocio á que habia ido. Á este tiempo vió el ayo de los pages entrar en la antesala dos señoras, llamadas una Doña Angela de Peñafiel, y otra Doña Margarita de Montalvan. Estas dos damas, me dixo él quando hubieron entrado en la sala de la marquesa, en nada se parecen una á otra. Doña Margarita presume de filósofa. Se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Angela por el contrario, aunque es verdaderamente instruida nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos, sus discur-

sos sólidos, sus expresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter mui amable; pero el otro me parece que cae mui mal en el bello sexô. ¿Qué dice vmd. *mui mal en el bello sexô*? replicó Molina prontamente. Es tan fastidioso aun en los hombres, que los hace ridículos. Tambien nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoi en nuestra academia; pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, mui grave, cejijunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor Este es, me dixo, uno de aquellos entes serios y engarrotados que quieren pasar por hombres grandes á favor de algunas sentencias de Séneca que saben de memoria, y pronuncian con recalcamiento y pomposidad, los quales, exâminados de cerca, se descubre ser unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballerito de buen porte, pero de furioso aire á la griega, quiero decir, de un hombre lleno y pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió que

era un poeta dramático, el qual habia compuesto cien mil versos que no le habian valido quatro quartos; pero que recientemente por solo seis renglones en prosa habia conseguido formarse una buena renta.

Iba á pedirle me explicase en qué habia consistido el haber logrado tan de balde aquella fortuna, quando oí un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! exclamó el maestro de pages, ya entró en casa el licenciado Campanal. Á este se le oye mucho antes que se dexe ver. Es un solemnísimo tronera: comienza á charlar en voz alta y sonora desde la puerta de la calle, y no lo dexa hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanal, que en fin apareció en la antesala con otro bachiller amigo suyo, y prosiguió atronándonos á todos, sin cesar en el tiempo que duró la académica visita. Este licenciado, dixe á Molina, parece hombre de ingenio. Sí lo es, me respondió: tiene ocurrencias mui saladas; se explica con gracia y con agudeza, es mui divertida su conversacion; pero es un hablador molestísimo, y repite siempre sus dichos

y sus cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoi persuadido á que la mayor parte de su mérito consiste en aquel aire cómico y gracioso con que sazona todo lo que dice; y asi no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias si se diese á luz.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las quales me hizo Molina mui graciosas descripciones. Entre estas no se dexó en el tintero la de nuestra ama la marquesa. Esta dama, me dixo, es una señora mui regular, no embargante su filosofia. Su genio no es enfadoso ni caprichoso, y da poco que hacer en su servicio. Dentro de su esfera es de las mugeres mas racionales que conozco. No se la advierte pasion alguna. Ni el juego, ni los galanteos la gustan; solo la agrada la conversacion. En una palabra, su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pages me hizo formar un ventajoso concepto de mi ama. Sin embargo pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor como Molina me habia asegurado; y el fundamento de mi

sospecha fue el siguiente.

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombre como de quarenta años; pero de malísima figura, contrahecho, corcobado, y mas andrajoso que el mismo Pedro de Moya. Díxome que deseaba hablar á la marquesa; y preguntándole yo quién era, me respondió ser aquel caballero con quien el dia anterior mi señora la marquesa habia hablado en casa de Doña Ana de Velasco. Apenas le anuncié á mi ama, quando toda transportada de alegria me mandó que le hiciese entrar. No solo le recibió con extrañas demostraciones de gusto y de estimacion, sino que mandó retirar á todas las criadas, quedándose el corcobado á solas con ella cerca de una hora. Despidióle despues con mil cortesanas expresiones, que mostraban bien lo gustosa que habia quedado con su visita.

En efecto lo quedó tanto, que por la noche me llamó en particular, y me ordenó reservadamente que siempre que viniese el corcobado procurase introducirle en su quarto con el mayor secreto que me fuese posible. Este encargo me dió sospechas; pero obedeciendo á la

órden de mi ama, apenas se dexó ver aquel hombrecillo al dia siguiente, quando le introduxe por la escalera secreta en el quarto de la señora. Lo mismo hice por dos ó tres veces; no pudiendo menos de pensar una de dos, ó que la marquesa tenia estrafalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo la servia en el honrado oficio de tercero.

Prevenido, y enteramente preocupado de estas temerarias ideas, decia yo á mi capote: si mi ama se hubiera enamorado de un hombre bien hecho, yo la excusaria; pero que se haya prendado de semejante avechucho, que se me figura un camello reciennacido, no se lo puedo perdonar. ¡Mas oh! y quanto agraviaba yo á aquella señora. Es el caso, que aquel galápago humano se vendia por mui instruido en la mágia blanca, haciendo mil juegos de manos, que los no mui instruidos juzgaban no poderse hacer sin el auxîlio de aquella embustera facultad; pero en suma era un grandísimo bribon, que se mantenia á costa de la ignorancia y de la necia credulidad, siendo pública voz y fama que contribuian á esto muchas señoras de distincion; y

mi ama la marquesa cayó en la misma debilidad.

CAPÍTULO IX.

DEXA GIL BLAS EL SERVICIO DE LA MARQUESA DE CHAVES: MOTIVO QUE TUVO PARA HACERLO, Y LO DEMAS QUE SE VERÁ.

Habia seis meses que yo servia á la marquesa de Chaves, y estaba mui contento en su servicio. Pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fue la aventura que voi á contar.

Entre las criadas de la marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa era de un carácter que me agradaba mucho, y comencé á obsequiarla sin saber que ya la festejaba el secretario de mi ama, hombre soberbio y zeloso. Luego que este llegó á entender mi inclinacion, sin detenerse á exâminar si era ó no correspondida, me citó para reñir en parage retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció un

enemigo poco temible; y lleno de confianza concurrí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el suceso humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que tenia dos ó tres años de esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dixo: prepárate á morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoi mismo saldrás de casa de la marquesa, sin pensar mas en Porcia. Prometíselo asi, y lo cumplí sin repugnancia. Corriame de parecer delante de los criados de la marquesa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafio. No volví pues á casa sino para recoger mi ropa y mi dinero, hacer mi maleta, y retirarme con ella. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué que me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años: en virtud de lo qual tomé la resolucion de girar toda España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese.

El bolsillo, me decia yo á mí mismo, está bien proveido: gastando con juicio tendré para correr gran parte del reino. En acabándose el dinero me pondré á servir; pues á un mozo de mi salud y de mi edad siempre le sobrarán amos quando quiera buscarlos y tenga habilidad para escogerlos.

Vínome gana de ir á Toledo; y con efecto partí para aquella ciudad, y llegué al cabo de tres dias. Apeéme en un meson, donde pasé por un hombre de importancia á favor de mi vestido y del aire que me dí de petimetre. Podia fácilmente introducirme con dos bellas damiselas que vivian en la vecindad; pero me detuvo la consideracion de que para lograrlo era menester gastar dinero, y no poco. Creciendo cada dia mas la inclinacion que tenia de viajar, despues de haberme detenido en Toledo lo bastante para ver lo mas digno de aquella ciudad, salí de ella un dia al amanecer, y tomé el camino de Cuenca, con ánimo de pasar al reino de Aragon. Al segundo dia de viage entré á refrescar y descansar en una venta que habia en el camino. Poco despues que yo llegué entró en la misma una tropa de mi-

nistros de la santa Hermandad. Pidieron luego vino, y se pusieron á beber. Oí que mientras estaban bebiendo hacian memoria de las señas que les habian dado de un mozo á quien tenian órden de prender: *pelo negro, cara larga, naríz aguileña, buen talle, veinte y tres años, y montado en un caballo castaño.*

Estábalos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que discurrian, y en la realidad me interesaba poco en saberlo. Dexélos en la venta, y proseguí mi camino. Aún no habia andado medio quarto de legua quando encontré un mocito mui galan montado en un caballo castaño. Vive diez, dixe yo, que este es el que buscan los de la santa Hermandad. Todas las señas le convienen; y es á quien quieren agarrar. Á fe que quiero hacerle un buen servicio. Caballerito, le dixe saludándole con mucho respeto y cortesía, perdone vmd., y sirvase decirme si le ha sucedido algun pesado lance de honor. No me respondió, mirome fixamente, y mostróse mui sorprendido de mi pregunta. Señor, proseguí, no crea vmd. que le haya hablado asi por una impertinente curiosidad.

Creyóme luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ni debo disimularos que tengo motivo para creer ser yo á quien busca esa gente; y asi agradeciéndoos infinitamente el oportunísimo aviso, resuelvo mudar de camino. Yo seria de parecer, repuse entonces, que los dos buscásemos por aqui un sitio retirado donde vmd. estuviese seguro, y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo estarnos ya amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles frondosos, espesos y mui unidos. Ganámosla, y ella misma nos conduxo al pie de una montaña, donde encontramos á un venerable ermitaño.

Estaba sentado á la entrada de una profunda gruta que el tiempo habia socabado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba una especie de corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de pedrezuela, rodeado todo para mayor defensa con una especie de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores odo-

ríferas que llenaban el ambiente vecino de suavísima fragrancia; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en la montaña, cuyo centro brotaba un manantial de agua cristalina, que con apacible y dulcísimo mormullo corria á dilatarse por una bella y espaciosa pradería. El solitario que se dexó ver á la entrada de la gruta parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase sobre una muleta que tenia en una mano, y ocupaba la otra un gran rosarion de cuentas gordas y de quince dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana negra, con sendas orejeras; y su barba, mas blanca que la nieve, baxaba hasta poder hablar en secreto con la cintura. Acercámonos á él, y yo le dixe: padre, ¿nos dará licencia para suplicarle que nos permita refugiarnos en alguna parte, donde estemos á cubierto de la tempestad que nos viene amenazando? Hijos, respondió el anacoreta, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podreis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. Los caballos, añadió, los podeis meter en aquel corral, señalándole con la mano, donde creo que estarán

bien acomodados. Metimos en él los caballos, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella quando se desprendió una copiosa lluvia entre continuos relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó luego de rodillas delante de una imágen de S. Pacomio, encostrada en un nicho de la gruta, y nosotros hicimos lo mismo á exemplo suyo. Cesó la tempestad de los truenos y relámpagos, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos todos; pero como todavia continuase la lluvia, nos dixo el ermitaño: yo, hijos mios, no os aconsejaré que os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, salvo que os obligue á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser éste antes le suplicariamos nos permitiese pasar alli la noche. La única incomodidad será la vuestra, respondió cortesanamente el anacoreta: tendreis mala cama y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

Diciendo esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió algunas cebollas con algunos mendrugos y una jarra de agua. Esta, dixo, es mi comida y mi cena ordinaria; pero hoi es razon hacer algun exceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dixo, y partió luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó como al desgaire sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia gran apetito, hizo poco gasto de aquellos exquisitos manjares. Observólo el ermitaño, y dixo: conozco y veo que estais acostumbrados á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los bocados mas exquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las yerbas, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enage-

nado en una profunda suspension. Notólo el viejo, y le dixo: hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os aflige mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os ocupa? Desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única que me aníma. Hállome en edad que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis en una situacion bien necesitada de él. Sí, padre mio, respondió el caballerito, arrancando del pecho un doloroso suspiro: es bien cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoi mui persuadido á que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el ermitaño, no teneis que temer: soi hombre á quien se le puede confiar qualquiera cosa, sea de la especie que fuere. Entonces el caballero habló en los términos siguientes.

CAPÍTULO X.

HISTORIA DE D. ALFONSO, Y DE LA BELLA SERAFINA.

Nada, padre mio, os disimularé, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Haríale gran agravio en desconfiar de él despues de la generosa accion que usó conmigo. Voi pues á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi orígen fue el que voi á referir. Un oficial de guardias walonas, llamado el baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pie de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al quarto de su muger, desenvolvióle, y encontraron un niño recien nacido, faxado en pañales mui delicados y finos, y un villete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este niño era yo, y esto es todo quanto sé de lo que soi. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me expuso para ocultar sus vergonzosos amo-

res, ó si engañada por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Sea lo que fuere, el baron y su muger se sintieron tan movidos de mi desgracia, que como se hallaban sin sucesion resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de D. Alfonso. Al paso que yo crecia en edad crecia el amor en ellos. Hacíanme mil caricias en pago de mis apacibles modales y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme los mejores maestros en todas letras y habilidades que podian contribuir á ella. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamas. Luego que el baron me vió en estado de poder seguir las armas me aplicó al servicio del rei. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipage. Para animarme á buscar las ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me representó que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorio-

so, quanto solo seria deudor á mi corazon y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta alli me habia ocultado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y como yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso que me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme abandonado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Países Baxos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al exército. Hallándose España sin enemigos me restituí á Madrid, y fui recibido por el baron y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habíanse pasado dos meses desde mi retorno, quando una mañana entró en mi quarto un pagecillo, que me puso en las manos un villete concebido poco mas ó menos en estos términos: *No soi fea ni contrahecha; y con todo eso vmd. me vé todos los dias á mi ventana con grande indiferencia: frialdad mui*

agena de un mozo tan galan. Estoi tan ofendida de este proceder, que por vengarme quisiera inspirar el amor en ese corazon de hielo.

Apenas leí este villete quando me persuadí sin la menor duda á que era de una viudita llamada Leonor, que vivia enfrente de mi casa, y tenia créditos de ser de cascos alegres. Exâminé sobre este punto al pagecillo, que por algun breve rato quiso hacer del callado; pero á costa de dos ó tres pesetas satisfizo plenamente mi curiosidad, y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Decíala en ella que conocia y confesaba mi delito, el qual estaba ya medio vengado, segun lo que reconocia en mí.

Con efecto no me mantuve insensible á esta graciosa manera de conquistar. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome freqüentemente á mis ventanas para observar á la dama, que tampoco se descuidó en hacerse ver desde las suyas. Hícela señas, que fueron bien correspondidas; y el dia siguiente me envió á decir por su pagecillo, que si entre once y doce de aquella noche queria yo pasear nuestra calle, podiamos

hablarnos á la reja de una sala baxa. Aunque no me sentia mui encendido en el amor de una viuda tan viva, sin embargo no dexé de responderla en términos que me representaban mui apasionado; y á la verdad esperé la noche con tanta impaciencia como si efectivamente lo estuviera. Luego que aquella llegó salí á pasearme al prado para engañar el tiempo que restaba hasta la hora de la cita. Aun no bien habia entrado en el paseo, quando acercándose á mí un hombre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente de él, y mirándome con torbo ceño: caballero, me dixo con voz sobradamente destemplada, ¿no sois vos el hijo del baron de Steinbach? El mismo, respondí yo en tono que conociese quanto me desazonaba aquel incivíl modo de abordarme. Luego vos sois el mismo que estais citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en la reja de su quarto baxo. He visto su villete, y he visto vuestra respuesta, porque me las mostró el pagecillo. Os he seguido hasta aqui desde que salisteis de vuestra casa, para advertiros que teneis un competidor, el qual se aver-

güenza de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Paréceme que no es menester deciros mas. Hallámonos en sitio retirado. Decidan la disputa las espadas, salvo que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto voi á quitaros la vida. Ese sacrificio, que no me costaria mucho, respondí yo, se habia de pedir con modestia, y no intimarse con arrogancia. Quizá concederia á vuestros ruegos lo que no puedo menos de negar á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dixo él atando el caballo á un árbol, porque no es decente á un hombre como yo abatirse á suplicar á un hombre como vos. Si la mayor parte de mis iguales se hallaran en el caso en que yo me hallo, se vengarian de vos mui de otra manera menos honrosa. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado su espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanta furia, que duró poco el combate. Ó fuese porque le cegó su demasiado ardor, ó ya porque

yo fuese mas diestro que él, mui á los principios le dí una estocada, de la qual le ví primero titubear, y despues caer en tierra. Entonces solo pensé en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi aventura solo podia servir para afligirle; y quando hacia reflexîon al peligro en que me hallaba, conocia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Ocupado enteramente de tristísimas reflexîones caminé toda la noche y toda la mañana del dia siguiente. Pero ácia el mediodia me ví precisado á detenerme para que descansara el caballo y se mitigase el calor, que cada instante se hacia mas inaguantable. Detúveme pues en una aldea hasta que se puso el sol, continuando luego mi camino con ánimo de no desmontar hasta verme en Toledo. Estaba ya dos leguas mas allá de Illescas, quando cerca de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sorprendernos. Refugiéme tras de las paredes de un jardin que ví

á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo, me cubrí con mi caballo lo mejor que pude junto á la portezuela de un gabinete que estaba en un ángulo de la misma cerca, sobre la qual habia un pequeño balcon, que sin duda servia de mirador. Arriméme á la misma portezuela para estar mas á cubierto dentro de su lintél, y á poco impulso conocí que estaba abierta, quizá por descuido de los criados. Menos por curiosidad que por estar mas resguardado de la lluvia, que no dexaba de incomodarme mucho debaxo del balcon, me entré en el gabinetillo ó quarto baxo, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Mientras duraba la tempestad me divertia yo en reconocer el sitio en que me hallaba lo mejor que me era posible; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué ser una quinta de alguna persona rica y de conveniencias. Estaba siempre esperando que cesase la tempestad para volver á ponerme en camino; pero habiendo visto una gran luz á bastante distancia, mudé de parecer. Dexé encerrado el caballo en el gabinete, tirando tras

de mí la puerta, y me fui acercando ácia aquella luz, persuadido á que estaban todavia algunas gentes en pie, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores me encontré con un salon, cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en él, y habiendo visto su magnificencia á beneficio de un gran farol de cristal que le comunicaba una clarísima luz, ya no tuve duda era de algun gran señor aquella casa de campo. Era el pavimento de mármol, el techo un soberbio artesonado, dorado con exquisito primor; la cornisa trabajada con la mayor delicadeza, y en todo brillaba el esmero de los mas hábiles pintores. Pero lo que me llevó toda la atencion fue una multitud de bustos de los mas famosos héroes españoles, sostenidos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante tiempo para informarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de quando en quando el oido para ver si sentia algun rumor, nada pude percibir.

A un lado del salon habia una puer-

ta medio cerrada, á la qual me acerqué, y vi que despues de ella se seguia una gran fila de quartos, y que en el último de ellos habia una luz que alumbraba débilmente. Consulté conmigo mismo lo que debia de hacer: si retroceder por donde habia venido, ó hacerme ánimo para penetrar hasta aquel quarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retroceder y retirarme: pero pudo mas la curiosidad que la prudencia; ó por mejor decir, fue mas poderosa la fuerza de mi destino, que en cierta manera me arrastraba ácia donde no debia ir. Llevé pues mi empeño adelante, y habiendo pasado por todas las piezas llegué á la última, donde ardia una blanca bugía, colocada en un precioso candelero sobre un bufete de mármol. Desde luego conocí que era un quarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos ácia una magnífica cama, cuyas cortinas estaban medio abiertas á causa del gran calor, ví un objeto que me arrebató toda la atencion. Era una bizarra y jóven dama, que á pesar del estruendo pavoroso de los truenos dormia profundamen-

te. Acerquéme á ella paso á paso, recelando que la despertase mi aliento, y á favor de la claridad que comunicaba la bugía, descubrí una tez tan delicada y unos rasgos tan finos de belleza, que verdaderamente me encantaron. Á su vista todos mis espíritus se pusieron en inquieto movimiento, y me sentí transportado; pero cedió la agitacion al concepto que desde luego formé de la nobleza de su sangre, tanto, que ningun pensamiento temerario se atrevió á manchar la imaginacion, pudiendo mas el respeto que el fogoso bullicio de la sangre. Mientras yo estaba embelesado en contemplarla, ella despertó inopinadamente.

Facil es de imaginar lo sorprendida que se hallaria quando se vió con un hombre desconocido á la media noche en su quarto, y al pie de su misma cama. Toda estremecida y toda sobresaltada dió un gran grito. Hice quanto pude para asegurarla y aquietarla; hinqué una rodilla en tierra, y lleno de veneracion y de respeto la dixe: no temais, señora, que no he venido aqui para haceros ni aun el mas ligero insulto. Iba á proseguir; pero ella atemorizada,

ni aun tuvo libertad para escucharme. Comenzó á dar grandes voces llamando á sus criadas ; y como ninguna la respondiese, echó mano á toda priesa de una ligera bata que estaba al pie de la cama, cubrióse con ella, salta en tierra arrebatadamente, toma en la mano la bugía, atraviesa corriendo toda la hilera de salas, llamando sin cesar á sus camareras y á una hermana suya menor que habitaba en la misma quinta. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo y sin oirme me tratasen mal; mas quiso mi fortuna que por mas gritos que dió, nadie apareció sino un criado viejo, que de poco la sirviera si se viese en un apuro. No obstante bastó la presencia del buen viejo para que cobrase un poco de ánimo, y me preguntara con altivez quién era yo, por donde y á qué fin habia tenido atrevimiento para introducirme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas la dixe que habia entrado por la puerta del gabinete del jardin , que habia hallado abierta , quando prorumpió en un lastimoso grito , diciendo : ¡ justo cielo , y qué cosas son las que ahora me

vienen al pensamiento!

Diciendo esto, va con la bugía á registrar todos los quartos de la quinta; no encuentra á su hermana ni á ninguna de sus criadas; antes ve que estas se habian llevado consigo sus hatillos. Pareciéndola que se habian demasiadamente verificado sus sospechas, se volvió á donde yo me habia quedado, y articulando mal las palabras, cortadas con la cólera: infame, me dixo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traido á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por los accidentes que finges. Tú eres parcial de D. Fernando de Leiva, y cómplice en su delito. No esperes vanamente escapar á mi venganza: tengo aún bastante gente en casa para prenderte. Señora, la respondí, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á Don Fernando de Leiva, ni sé todavia quién sois vos. Soi un infelíz á quien cierto lance de honor obligó á ausentarse de Madrid; y juro por quanto hai sagrado en el cielo y en la tierra que á no haberme precisado á ello la tempestad no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, hacer mejor concepto de

mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida á que estoi aqui prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, tranquilizaron á la dama, que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento la cólera, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor: comenzó á llorar amargamente. Enterneciéronme sus lágrimas de manera que no me sentí yo menos afligido que ella, aun quando ignoraba el motivo de su afliccion. No me contenté con acompañarla en el llanto. Impaciente con el deseo de vengar su injuria, entré en una especie de furor. Señora, exclamé entre enternecido y transportado, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultraje ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á D. Fernando, y que le pase de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique. Mandad, y sereis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, que habeis mirado como enemigo, se

expondrá á todo por amor de vos.

Quedó sorprendida la dama á vista de un transporte tan no esperado; y enjugando sus lágrimas, me dixo: perdonad, señor, mi temeraria sospecha á la desdichada situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina. No solo eso: han desvanecido hasta el natural rubor que me causaba el que un extraño fuese testigo de un insulto hecho á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido: reconozco mi error, y acepto vuestras ofertas, pero no quiero la muerte de D. Fernando. Bien está, señora, repliqué yo, ¿pero en qué cosa deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi dolor es el siguiente. D. Fernando de Leiva se enamoró de mi hermana Doña Julia, á quien vió casualmente en Toledo, lugar de nuestra residencia ordinaria. Pidiósela á mi padre el conde de Polan, y se la negó por la antigua enemistad que hai entre las dos casas. Mi hermana apenas tiene quince años. Habráse dexado engañar de mis criadas, á quienes sin duda habrá sabido ganar D. Fernando; y noticioso éste de que las dos her-

manas estabamos en esta casa de campo, habrá querido aprovechar la ocasion para el rapto de la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que há dos meses estan en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos pues, señor, que tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuere posible, donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella dama que la comision que me encargaba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir quanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexíon quando ni yo mismo la hice? Preocupado enteramente de gozo por la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dexé al punto á Serafina, suplicándola me perdonase el susto que inocentemente la habia ocasionado, y ase-

gurándola que presto tendria noticias de mí. Salíme pues por donde habia entrado en la quinta, pero con la imaginacion tan fixa siempre en la dama, que fácilmente me reconocí del todo prendado de ella; y ninguna cosa me lo dió á conocer mejor que la inquietud y la impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en mi imaginacion. Parecíame que Serafina, aun en medio de su dolor, habia conocido bien lo que pasaba en mi corazon, y que no la habia quizá desagradado. Lisonjeábame con que si lograse averiguar lo que tanto deseaba, seria mio todo el honor, y de aqui levantaba yo mil castillos en el aire.

Al llegar aqui cortó D. Alfonso el hilo de su historia, y dixo al ermitaño: perdonadme, padre, si preocupado de mi pasion me detengo en menudencias que quizá os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta; de ningun modo me cansan: antes bien deseo saber hasta donde llega el amor que te inspiró esa dama para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Recalentada la fantasía con tan li-

sonjeras imaginaciones, prosiguió asi el caballerito, busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia: desairadas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro. Desconsoladísimo de ver frustrados mis pasos y mis desvelos, me restituí á presencia de Serafina, á quien me pintaba mi fantasía en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo; pero la encontré mas tranquíla de lo que yo imaginaba Díxome que habia sido mas afortunada que yo, pues ya sabia donde se hallaba su hermana; que habia recibido una carta de D. Fernando, en que la decia que despues de haberse casado secretamente con Julia, la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el íris de paz que ponga fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que la dama me informó del paradero de su hermana, volvió la conversacion á la fatiga que me habia ocasionado, y sobre todo, añadió ella misma, á los peligros á que os expuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin

acordarme que me habiais confiado como andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo qual me pidió mil perdones con palabras las mas tiernas y expresivas. Conociendo que estaba necesitado de reposo, me conduxo al salon, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumage negro; lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia á qué atenerme.

Si era vivo mi deseo de saber quién ella era, no era menos viva su curiosidad por saber quién era yo. Preguntóme mi nombre y apellido; no dudando, añadió, á vista de ese noble aire, y de la generosa piedad con que os interesasteis en todo lo que me tocaba, que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atencion. Avergoncéme algun tanto, y algun tanto me turbé; confesándoos con ingenuidad, que por entonces me pareció menos vergonzoso disimular la verdad, que declarar mi nacimiento; y asi respondí

que era mi padre el baron de Steinbach, oficial de guardias walonas. Tambien quiero saber, dixo ella, qué lance de honor fue el que os obligó á salir de Madrid; porque desde luego os puedo ofrecer todo el crédito y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano Don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirla por menor todas las circunstancias de nuestro desafio. Ella misma dió toda la culpa al caballero que me habia insultado, y me volvió á ofrecer que interesaria toda su casa á mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á suplicarla que contentase la mia; y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años há, respondió, que mi padre me obligó á casarme con D. Diego de Lara, y quince meses que estoi viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, la pregunté, fue la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voi, señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

D. Diego de Lara era un caballe-

ro de garbo, galan, airoso, bien hecho, dotado de quantas prendas se pueden desear en un hombre de distincion. Amábame con pasion; y aunque hacia quanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo ganar mi corazon: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito ni del obsequio mas fino y mas rendido. ¡Pero qué! exclamó suspirando, sucede muchas veces que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era posible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y ternísimas demostraciones de su amor, y forzada tal vez á corresponderlas, á mí misma me acusaba en secreto de ingratitud, y lloraba amargamente mi desgraciada suerte. No era menos infelíz la suya que la mia á motivo de su penetracion. En mis acciones y en mis discursos descubria claramente mis mas ocultos movimientos. Leía quanto pasaba en lo mas profundo de mi alma. Quejábase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder ganar mi corazon, quanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contan-

do yo apenas diez y seis años; y habiendo sabido por mis criadas, todas parciales suyas, que ningun hombre se habia anticipado á llevarme la atencion: sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraria mucho de que estuvieses prevenida á favor de otro, y que fuese esta la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entonces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad; pero ya desespero de vencer un corazon que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi desmedido amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dixe un dia que en vez de turbar su quietud, y afligir mi excesiva delicadeza, haria mejor en dexarlo todo en manos del tiempo. Con efecto me hallaba entonces en una edad poco proporcionada para sentir los vivos movimientos de una pasion tan fogosa; y éste era el prudente partido que D. Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor la razon, y fingiendo que le llamaba á la corte no sé qué negocio de importan-

cia, partió á los Países Baxos á servir en qualidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia; es decir, con el fin de la vida el de sus inquietudes y tormentos.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos la dama y yo fue sobre el singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el qual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que conforme la iba leyendo se iba inmutando su semblante, poniéndose pálido, y declarándose despues toda trémula. Luego que la acabó de leer levantó los ojos al cielo, arrancó un profundo suspiro, y comenzó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No era posible que yo viese su dolor con sosiego. Turbéme, y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar, se apoderó de mi un mortal terror, que heló todos mis espíritus. Señora, la pregunté con voz desmayada: ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia este villete? Tomadle, señor, me respondió tristemen-

te, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ai de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras, tomé la carta temblando, y ví que decia lo siguiente. *Tu hermano D. Gaspar tuvo ayer un desafio en el prado. Recibió en él una estocada, de la qual murió hoi, declarando al morir que el caballero que le mató fue el hijo del baron de Steinbach, oficial de walones. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse dónde se haya escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para descubrirle. Hoi se despachan requisitorias á las justicias, que no dexarán de arrestarle como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion, y voi tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = El conde de Polan.*

Figuraos el alboroto y desórden que la lectura de esta carta ocasionaria en mis potencias y sentidos. Quedé inmoble por algunos instantes, sin espíritu y sin fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo

mas funesto y mas cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una generosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándola mi espada desnuda, señora, la dixe, excusad al conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano. Sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada víctima. Muera á vuestros pies su miserable homicida. ¿Qué dudais? Descargad el golpe: sea funesto á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor, respondió Serafina, conmovida algun tanto de mi accion, yo amaba á D. Gaspar, y aunque vos le matasteis como caballero, y aunque él mismo fue en busca de su desgracia, al fin soi su hermana, y no puedo menos de interesarme por él. Sí, D. Alfonso; ya soi enemiga vuestra: haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden desear de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza. Si el honor me arma contra vos, el mismo me prohibe vengarme

con ruindad ó indecencia. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder al generoso servicio que me habeis hecho con un vil asesinato. Huid, escapad, y burlad si pudiereis nuestras mas vivas pesquisas; poneos á cubierto contra el rigor de las leyes, y libraos del eminente peligro que os amenaza.

¿Pues qué? señora, repliqué yo, ¡está en vuestra mano la venganza, y la remitis al rigor de las leyes, que pueden quedar desairadas! ¡Ah, señora! atravesad vos misma con esa espada el corazon de un miserable, que ciertamente no merece que le perdoneis. No, señora, no malogreis un proceder tan noble y tan generoso, gastándole con un hombre como yo. Sabed que aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach, soi un pobre expósito, criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo mi ser. No importa eso, interrumpió Serafina, no sin enfado y precipitacion, como si la hubieran dado poco gusto mis últimas palabras: aunque fuerais vos el mas vil de los mortales haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, señora,

repliqué yo : ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi infelíz sangre, voi á cometer un nuevo delito, haciendoos una ofensa que tengo por cierto no me la perdonaréis. Sabed, señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra belleza quedé encantado; y á pesar de la obscuridad de mi nacimiento no perdia la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir era tan vano, que me lisonjeaba de que quizá algun dia descubriria el cielo mi orígen, y que éste seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una confesion que tanto os ultraja ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en qualquiera otro tiempo y circunstancias sin duda me ofenderia mucho; pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite prestar atencion á discursos de esta especie. Otra vez vuelvo á deciros, D. Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aqui.

Alejaos de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis aumentais mis penas y mis tormentos. Ya no resisto, señora; voi á alejarme de vos. Mas no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar algun asilo para defenderla. No, no: yo mismo quiero voluntariamente inmolarme á vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia el destino que vos me prepareis: haréme encontradizo con los mismos que me buscan, y anticiparé de ese modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí derecho á Toledo, donde me detuve de estudio ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que no sé verdaderamente cómo no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacia insufrible mi propia libertad, y sin fixarme, ni aun proponerme destino alguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Es-

tos son, padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; ruegoos que me ayudeis con vuestros sanos consejos.

CAPÍTULO XI.

QUIÉN ERA EL VIEJO ERMITAÑO, Y CÓMO CONOCIÓ GIL BLAS QUE SE HALLABA EN PAÍS DE AMIGOS.

Luego que D. Alfonso concluyó la triste relacion de sus infortunios le dixo el ermitaño: hijo mio, mucha imprudencia fue el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con mui diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado; y vuestro amor por Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí. Es menester absolutamente olvidar á la tal dama, la qual ciertamente no se destina para vos. Ceded voluntariamente á los grandes impedimentos que os desvian de ella, y abandonaos á vuestra estrella, la qual segun todas las apariencias os promete mui distintas aventuras. Sin duda encontraréis con alguna bella jóven que hará en vos la misma impresion, sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle otras muchas cosas mas para exhortarle á la paciencia, quando vimos entrar en la ermita otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca, donde habia hecho una qüesta mui copiosa. Parecia mas mozo que su compañero, de barba roxa, espesa y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dixo el viejo anacoreta: ¿qué noticias nos traes de la ciudad? Bien malas, respondió el hermano barbiroxo: ese papel os las referirá; y entrególe un villete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo, y despues de haberle leido con toda la atencion que merecia su contenido, exclamó: ¡loado sea Dios! Pues se ha descubierto ya la mecha, tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo, prosiguió, dirigiendo la conversacion al jóven caballero. Aqui teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. Escribenme de Cuenca, distante una legua de aqui, que me han puesto mui mal en el concepto de la justicia, cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita. Pero no encontrarán la liebre en el nido. No es la primera vez que me

veo en este apuro; y gracias á Dios casi siempre he sabido salir de él con honra y desembarazo. Voi á presentarme en otra nueva figura; porque habeis de saber que tal qual me veis, nada menos soi que ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se despojó del saco grosero y talar, que le llegaba hasta los pies, y dexóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capúz, desprendió de él un sutil cordon que sostenia su gran barba postiza, y presentó á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: desnudóse del hábito y de la barba eremítica, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. ¿Pero quién podrá concebir lo admirado y aturdido que quedé quando en el viejo ermitaño reconocí al señor Don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive Dios! exclamé al punto sin poderme contener, que yo estoi en país y tierra amiga. Asi es, señor Gil Blas, dixo riendo D. Rafael. Sin saber cómo ni

quando te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros; pero pelillos á la mar, olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos. Solamente queremos vivir á costa agena; agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hai mas divertida como se tenga un poco de juicio y de prudencia. No ya porque á pesar de ella al enlace y conjuncion de las causas segundas no nos produzcan aventuras molestas y poco gratas; pero se van las duras con las maduras, y suelen ser mas las buenas que las malas. Fuera de que acostumbrados á la variedad, es parte de diversion la misma mudanza de fortuna.

Señor caballero, prosiguió el falso ermitaño volviéndose á D. Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos. Paréceme que no la debeis despreciar en la situacion en que os hallais. Ademas de la precision de andar siempre

fugitivo y retirado, tengo para mí que no estais mui sobrado de dinero. No ciertamente, dixó D. Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi afliccion. Ea pues, repuso D. Rafael, buen ánimo, no nos separemos los quatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabremos hacer inútiles todas las diligencias y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y tenemos conocidos todos sus rincones. Sabemos todos los bosques, matorrales, sierras, quebradas, cuevas y escondrijos, asilos segurísimos contra la justicia. Agradeciólos D. Alfonso su buena voluntad; y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, resolvió ir en su compañía. Yo tambien me determiné á lo mismo, por no dexar á aquel jóven, á quien habia cobrado ya una grande inclinacion.

Convenimos pues todos quatro en andar juntos y en no separarnos. Consultóse entonces si partiriamos en aquel mismo punto, ó si nos detendriamos primero á dar un tiento á una bota llena de excelente vino que el dia anterior habia traido de Cuenca el hermano An-

tonio; pero D. Rafael, como mas experimentado, fue de parecer que ante todas cosas se debia pensar en nuestra seguridad; y que asi era de sentir que caminásemos toda la noche para ganar un bosque mui espeso que habia entre Villardesa y Almodovar, donde hariamos alto; y libres de toda inquietud reposariamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demas provisiones en dos grandes pares de alforjas, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, las echaron á las ancas del caballo de D. Alfonso. Todo esto se executó con la mayor prontitud y diligencia, y al instante nos pusimos en camino, alejándonos de la ermita, y dexando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roxa, dos tarimas, una mesa coxa, una arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la imágen de S. Paçomio encentada de los ratones, por comer el pan mascado con que estaba pegada á la pared.

Caminamos toda la noche, y quando estabamos ya mui fatigados, al despuntar el dia descubrimos el bosque á

donde se dirigian nuestros pasos. La vista del puerto alegra y da vigor á los moribundos cansados de una larga navegacion. Zambullímonos todos en el bosque, haciendo alto en un delicioso sitio, y dexándonos caer sobre la verde yerba de un espacioso prado, circundado de corpulentas encinas, cuyas frondosas copas, entretexiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol, y formaban una fresquísima sombra, que en las horas mas abrasadas del dia se burlaba de su excesivo calor. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio sendos mendrugos de pan, muchos trozos de diferentes carnes asadas y cocidas; y como unos dogos nos abalanzamos á ellas, compitiendo unos con otros en la presteza y en el valor del comer. Con todo eso obligábamos al hambre á que se esperase un poco, por las freqüentes visitas que haciamos á la bota, que en movimiento poco menos que continuo, estaba casi siempre en el aire pasando de unas manos á otras.

Al fin del almuerzo, que fue tam-

bien comida y cena del dia antecedente, dixo D. Rafael á D. Alfonso: caballero, ya que vmd. nos ha hecho el favor de contarnos la historia de su vida, razon será que yo corresponda á tan estimable confianza, haciéndole relacion sucinta de la mia. Gran gusto me dareis, respondió cortesmente D. Alfonso. Y á mí grandísimo, interrumpí yo, porque rabio por saber todas vuestras aventuras, que no dudo habrán sido mui dignas de vos. Y como que lo son, replicó D. Rafael: fuéronlo tanto, que pienso algun dia escribirlas y estamparlas para la pública instruccion y diversion. En esta obra hago ánimo de divertir mi vejez; porque ahora todavia soi mozo, y quiero añadir materiales para engrosar el volúmen; pero veo que todos estamos cargados de sueño. Durmamos algunas horas, y mientras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para precaver toda sorpresa, que despues dormirá él, y nosotros estarémos á la escucha; pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba: D. Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre D. Alfonso, en vez de dormir, no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á D. Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viendonos preparados á oirle, dixo á Lamela: amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oirlos contar. Asi pues comenzó D. Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO IV.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

HISTORIA DE D. RAFAEL.

Soi hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En quanto á mi padre no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podia mui bien decir quién era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre quando yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi sér. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas entre-

gadas á un señor, le tienen ya prevenido un substituto por su mismo dinero.

No hai cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de quanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin misterio alguno me cogia por la mano, y me llevaba al teatro mui honradamente, no dándosela un pito de lo mucho que se hablaba á cuenta suya, ni de las malignas risitas que excitaba solo el verme. En fin, yo era todas sus delicias y la diversion de todos quantos venian á nuestra casa, los que no se cansaban de hacerme mil cariños y finezas. No parecia sino que hablaba en todos ellos la sangre.

Dexáronme pasar los doce primeros años de mi vida en toda especie de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos los principios de nuestra religion. Solamente aprendí á cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. Esto es lo único que sabia quando un cierto marques de Leganés me pidió para acompañar á un hijo suyo único, poco mas ó menos de mi edad. Convino en ello Lucinda con mucho gusto; y entonces fue quando

comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal marquesito no estaba mas adelantado que yo, y por otra parte no parecia haber nacido para las ciencias. Apenas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones; de modo que á todos apuraba la paciencia. Es verdad que ninguno tenia licencia para castigarle; antes bien á todos expresamente les estaba mandado instruirle sin mortificarle: órden que añadida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia del todo inútiles las lecciones que se le daban.

Pero al maestro de leer se le ofreció un bello medio para intimidar al discípulo sin contravenir á la órden del marques su padre. Este medio fue azotarme á mí siempre que aquel lo mereciese. No me gustó mucho el tal arbitrio, y fui luego á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta. Pero ella en medio de lo mucho que me amaba tuvo valor para no hacer caso de mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de

un marques, me hizo volver á ella inmediatamente; y éteme aqui otra vez en poder del preceptor. Como éste habia observado que su invencion no habia dexado de producir algun buen efecto en el marquesito, prosiguió aumentando la dosis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me trataba con el mayor rigor y la mayor freqüencia; pudiendo decir con toda verdad, que si *la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendia el hijo del marques que no me costase á mí muchas gotas de sangre. Echen vmds. la cuenta de quan caro me saldrian sus rudimentos.

Ni eran solamente los azotes lo que tenia que sufrir en aquella casa. Como todos me conocian, toda la familia, y hasta los mismos mozos de mulas me daban en cara á cada paso con mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia me escapé despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia, el qual podia ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fue toda la ven-

ganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y con tanta sutileza, que aunque fue mi primer ensayo, dexé burladas todas las estupendas pesquisas que se hicieron dos dias para averiguar quién habia sido el raterillo. Salí de Madrid, y llegué á Toledo sin que ninguno fuese en seguimiento mio.

Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, independiente de todos, y dueño de sí mismo! Entablé presto conocimiento con dos mozuelos que me aliviaron el peso, y me ayudaron á comer mis cien ducados Asociéme tambien con ciertos caballeros de la industria, los quales cultivaron tan felízmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo me ví uno de los mas ricos caballeros de su órden.

Al cabo de cinco años me vino gana de viajar y de ver tierras. Dexé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Extremadura, me dirigí á Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo hallé una bellísima ocasion de exercitar mis talentos, y no

la dexé escapar. Como caminaba á pie, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba de tiempo en tiempo á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos muchachos, ambos hijos de gente de forma, los quales estaban enredando al fresco sobre un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con eso entablamos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ambos eran mui inocentes. Señor caminante, me dixo el mas niño, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos vino mucha gana de ver el reino de Portugal, y para contentarla cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pie para que nos dure mas el dinero, y podamos ver mas provincias con él. ¿Qué le parece á vmd.? Si yo tuviera tanta plata, los respondí, Dios sabe á donde iria á dar conmigo. Correria con él todas las quatro partes del mundo. ¡Cuerpo de Cristo! ¡doscientos doblones! Es una suma que nunca se acabará. Si lo teneis á bien, hijos mios, añadí, yo os

acompañaré hasta la villa de Almería, á donde voi á recoger la herencia de un tio mio que murió despues de haber residido alli por espacio de veinte años. Respondiéronme los muchachos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos ácia Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson; pedimos un quarto, y nos señalaron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Dimos órden que se dispusiese la cena, y mientras, propuse á mis compañeritos si gustaban que saliesemos á dar un paseo por el pueblo. Gustóles mucho la proposicion; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos muchachos se metió la llave en la faltriquera. Salimos del meson, fuimos á visitar algunas iglesias, y quando estabamos en la principal, fingiendo de repente que me habia ocurrido un negocio de importancia; queridos, dixe á mis camaradas, ahora me acuerdo que un amigo de Toledo me encargó dixese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta

iglesia: esperadme aqui, que voi, y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelo á la posada, voime derecho al armario, fuerzo la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéselos todos, sin dexarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto, salí prontamente de la villa, y tomé el camino de Mérida, sin embarazarme en lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Púsome esta aventura en estado de poder caminar con mas conveniencia. Aunque tenia pocos años me reconocia capaz de gobernarme con juicio, y puedo decir que estaba bastantemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y comencé á figurarme persona de importancia. Á la tercera jornada encontré en el camino un hombre que iba cantando vísperas á gaznate tendido. Desde luego conocí que era algun sochantre; ánimo, le dixe, señor bachiller, y vaya vmd. adelante, que lo canta maravillosamente. Caballero, me

respondió, soi cantor de una iglesia, y quiero exercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre mui divertido y mui agudo. Tendria como de veinte y quatro á veinte y cinco años, y como él caminaba á pie y yo á caballo, de propósito dexaba andar á la mula paso á paso por el gusto de oirle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida esa ciudad, me dixo el cantor: viví en ella muchos años, y tengo algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia vmd.? le interrumpí yo. En la rua nueva, respondió él. Alli estaba en compañía de D. Vicente de Buena-garra y Don Matias del Cordel, y de otros dos ó tres honrados caballeros. Viviamos y comiamos juntos, y lo pasabamos alegremente. Sorprendíme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de industria* que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo órden. Señor cantor, exclamé entonces, esos ilustrísimos señores son mui conocidos mios, porque vivímos juntos en la misma rua nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose: eso es decir

que entrasteis en la órden tres años despues que yo salí de Toledo. Dexé la compañía de aquellos caballeros, proseguí yo, porque me vino la gana de viajar y de ver mundo. Pienso dar la vuelta á toda España, y sin duda valdré mas quando tenga mas experiencia. ¡Acertado pensamiento! dixo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hai mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon abandoné yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer un caballero de mi órden quando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos contra el bolsillo del próximo una liga ofensiva y defensiva, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díxome esto con tanta franqueza y con tanta gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto ganó toda mi confianza y yo la suya. Abrímonos recíprocamente nuestro pecho: me contó toda su historia, y yo le dixe todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoalegre; de donde le habia hecho salir cierta maniobra des-

concertada por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente baxo el trage de sopista en que le veía. Luego que me informó de todos sus negocios determinamos dirigirnos á Mérida á tentar fortuna, y ver si podiamos dar un buen golpe de mano, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales, asi se llamaba mi nuevo compañero, no se hallaba en mui brillante situacion. Todo su haber consistia en cinco ó seis ducados y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos en mi mula alternativamente, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson de los arrabales, y Morales sacó luego de su mochila otro vestido, con el qual fuimos los dos á dar una vuelta á la ciudad para descubrir terreno y ver si se nos ofrecia alguna buena ocasion de ocuparnos, y la ibamos buscando con la mayor atencion. Pareciamos los dos, diria Ho-

mero, á dos milanos, que desde lo mas alto de las nubes tienen fixos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si descubren algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estabamos en fin esperando á que la casualidad nos presentase alguna ocasion de exercitar nuestra industria, quando vimos en la calle un caballero de pelo tendido, y todo cano, que con la espada en la mano se defendia contra tres que le iban arrinconando. Chocóme infinito la desigualdad del combate; y como soi naturalmente esgrimidor, corrí con mi espada á ponerme al lado del caballero. Imitó mi exemplo Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres cobardes, que tan villanamente le habian acometido.

Rindiónos el viejo un millon de gracias. Respondímosle cortesanamente que habiamos celebrado infinito la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoi mui agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negar-

me á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Mojadas, soi vecino de esta villa, y vivo en ella con algunas conveniencias. Uno de los tres asesinos de que ustedes me han librado me pidió á mi hija por medio de otro sugeto, y porque no pudo obtener mi consentimiento vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá seber, le repliqué yo, por qué razon negó vmd. su hija al tal caballero? Vóisela á decir á vmd., me respondió. Tenia un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustin, el qual estuvo dos meses en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Son los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union y los intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando del amor que nos tenemos los dos que yo ratificaria su promesa. Asi lo hice, porque apenas volvió Agustin á Mérida, y me propuso esta boda, quando consentí en ella por darle gusto y por no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su nego-

ciacion porque se le llevó Dios tres semanas há. Poco antes de morir me encargó mucho que no diese mi hija á otro que al hijo de su corresponsal. Ofrecíselo, y este es el motivo porqué se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido mui ventajoso para mi casa. Yo soi esclavo de mi palabra: por momentos estoi esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para hacerle yerno mio, aunque jamas le he visto á él, como ni tampoco á su padre. Perdónenme vmds. si les he cansado con relacion tan prolixa, lo que no hubiera hecho á no habermelo pedido vmds. mismos.

Escuchéle con la mayor atencion, y suspendiéndome un poco el extraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome como transportado ácia el buen viejo, le dixe en tono patético: ¡es posible, señor Gerónimo de Mojadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el tal viejo una grande admiracion. No fue menor la que produxeron en Morales,

el qual en el modo de mirarme me dió á entender que yo le parecia un grandísimo bribon. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí señor, le respondí; y para mayor abundamiento le eché con decoro los brazos al cuello; y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: sí señor, yo soi aquel hombre afortunado para quien está destinado la señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina. Pero antes de manifestaros el gozo que me causa el honor de entrar en vuestra honradísima familia, dadme licencia para desahogar un poco el dolor que me excita la dulce memoria del señor Agustin, vuestro dignísimo hermano. Seria yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Al decir estas palabras volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo blanco, y le puse por los ojos como para enxugarme las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso

tambien ayudarle por su parte. Hízose criado mio, y comenzó á empujarme el sentimiento que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustin, diciendo en tono ponderativo y lastimero: ¡ah, señor Gerónimo, y qué pérdida ha hecho vmd., perdiendo á su querido hermano! Era un hombre mui de bien, el fénix de los comerciantes, un mercader desinteresado, un mercader de buena fe, un mercader de aquellos que no se ven hoi.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo. Lejos de hacersele sospechoso nuestro enredo, él mismo nos ayudaba á llevarle adelante. Y bien, me preguntó, ¿y por qué no veniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte á apear en un meson? Entre nosotros ya estan demás los cumplimientos. Señor, respondió Morales tomando la palabra; mi amo es algo ceremonioso. No digo esto porque no sea en cierta manera excusable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente trage en que nos veis. Robáronnos en el camino, y los ladrones se llevaron nuestros mejores vestidos. Dice la verdad este mozo, añadí

yo. Ese es el motivo porque no me fui en derechura á vuestra casa. Avergonzábame de comparecer en tan miserable equipage ante una señorita que jamas habia visto; y para hacerlo con la decencia que era razon estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aqui mismo quiero que vayas á tomar posesion de ella.

Diciendo esto, él mismo me tomó por la mano para guiarme. En el camino fuimos hablando del robo, y dixe que todo ello me importaba un bledo, que solo habia sentido me llevasen el retrato de mi adorada señora Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aqui teneis, me dixo, aquella persona que os prometió su tio, mi difunto hermano. ¡Ah señor, exclamé yo entonces en aire de apasionado; no era menester

decirme que era la amable señora Florentina. Sus bellísimas facciones estan ya grabadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo presente el original. Señor, me dixo Florentina, son mui excesivas vuestras expresiones, y no soi tan vana que me lisonjee merecerlas. No hagas caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dexó solo con su hija, y el, tomando de la mano á Morales, se fue á otro quarto con él, y le dixo: ¿con que al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa mui natural que tambien se hayan llevado todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan? Sí señor, respondió mi camarada: echóse sobre nosotros una quadrilla de bandoleros, y no nos dexó mas que el vestido que traemos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio, y con ellas nos equiparémos con la decencia que es razon.

Pero mientras vienen esas cambiales, replicó el bonísimo viejo, sacando un bolsillo y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podreis disponer. Jesus, señor, replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no le puedo recibir, porque estoi cierto que mi amo me reñirá, y quizá me despedirá de su servicio. ¡Santo Dios! todavia no le conoce vmd. bien. Es delicadísimo en esta materia. Nunca fue de aquellos niños que estan prontos á pedir y tomar á todas manos. Antes pediria limosna que pedir prestado ni un solo maravedí. Mejor, dixo el buen hombre: ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar en paciencia que los hijos de gente honrada contraigan deudas. Eso se dexa para los caballeros, los quales estan ya en antigua posesion de contraerlas. Asi que yo no quiero desazonar á tu amo, y si se ha de disgustar quando le ofrecen dinero, no se hable ya mas en el asunto. Diciendo esto hizo ademan de volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dixo: tenga vmd., señor, que ahora mismo se me ofrece un pensamiento. Es verdad que

mi amo tiene una grandísima aversion á tomar dinero ageno; pero no desconfio hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los extraños, y otra es recibirle quando espontáneamente se le ofrece uno de la familia; y sabia mui bien pedir dinero á su padre quando le habia menester. Es un mozo, que como vmd. vé, sabe distinguir de personas, y hoi considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras razones semejantes se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo escopeteándonos á cumplimientos. Interrumpió nuestra conversacion: informó á su hija de la accion que yo habia hecho con él, y de lo mui obligado que me estaba; sobre lo qual se desahogó en expresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. Parecióme no malograr tan favorable ocasion, y le dixe que la mayor prueba que me podia dar de haberle sido grato aquel mi pequeño servicio era el acelerar todo quanto le fuese posible mi suspirada union con su dignísima hija. Rindióse

con el mayor agrado á mi impaciencia, y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina, y que ademas de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote añadiria otros quatro mil, para darme esta nueva prueba de lo mui obligado que estaba á la caballerosa accion con que le habia salvado la vida.

Estábamos Morales y yo tratados con agasajo y con esplendidez en casa del buen Gerónimo de Mojadas, viviendo alegrísimos con la próxîma esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, bien resueltos á retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Pero turbaba algun tanto esta alegria el molesto recelo de que dentro de aquellos tres dias podia presentarse el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con toda nuestra soñada felicidad. El suceso acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó el dia siguiente á casa de Florentina una cierta figura de paisano cargado con una maleta. No me hallaba yo en casa á la sazon, pero estaba en ella Morales. Señor, dixo el paisano al

buen viejo, yo soi criado de aquel caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno, quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla. Acabamos de llegar en este punto, y él estará aqui dentro de un momento. Yo me he adelantado para dar parte á su merced. Apenas acabó de decir esto quando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Era este señor novio un mozo airoso y de la mas bella disposicion. Enderezóse luego al padre de Florentina, el qual no le dexó acabar su salutacion; antes volviéndose á mi compañero, le dixo: y bien, ¿que quiere decir este embrollo? Morales, hombre sereno y descaradísimo, le respondió prontamente: señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la quadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino. Conózcolos á entrambos bien, pero mui particularmente al que tiene atrevimiento para fingirse hijo de Juan Velez de la Membrilla. Creyó el viejo á Morales, y persuadido á que los dos forasteros eran dos grandísimos bribones, les dixo: señores, vmds. llegan ya tarde, porque otro los ha prevenido. El señor

Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire vmd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que tiene en casa un embustero, un impostor. Mi padre el señor Juan Velez de la Membrilla no tiene mas hijo que yo. Á otro perro con ese hueso, respondió el viejo. Yo sé mui bien quién eres tú. ¿ No conoces á este mozo, señalando á Morales, á cuyo amo robaste en el camino? ¡Cómo robar! repuso con enojo el novio: á no estar en vuestra casa yo castigaria la insolencia de este desvergonzado que ha tenido atrevimiento para tratarme de ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto contiene mi justa cólera: mire vmd. que le engañan. Yo soi el mozo á quien el señor Agustin su hermano prometió la hija de vmd. ¿Quiere que le muestre todas las cartas que se escribieron quando se trataba este matrimonio? ¿ Creerá vmd. al retrato de su hija que me envió el señor Agustin poco antes de su muerte?

No, replicó el viejo: ni el retrato ni las cartas probarán nada para mí. Estoi mui informado del modo con que cayeron en vuestras manos; y el conse-

jo mas caritativo que os puedo dar es, que quanto antes os retireis de Mérida para libraros del castigo que merecen vuestros semejantes. Esto ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo. Nunca sufriré que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que á un hombre como yo hagan pasar por un salteador de caminos. Conozco á varias personas de esta ciudad, y ellas me conocen á mí. Voi á buscarlas, y volveré con ellas á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Diciendo esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta aventura espoleó á Gerónimo de Mojadas para resolver que si fuese dable se efectuase la boda en aquel mismo dia, á cuyo fin salió á dar sus disposiciones.

Aunque mi compañero estaba mui alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, no por eso vivia sin inquietud. Temia las conseqüencias de los pasos que juzgaba, y bien, no dexaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo y profundamente enagenado. ¿Qué tienes, ami-

go? le pregunté: paréceme que tu imaginacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió; y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: mira ahora si tenia razon para estar pensativo. Tu temeridad nos mete en estos atolladeros. No puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera llenado de gloria como saliera bien; pero segun todas las apariencias acabará mui mal, y soi de parecer que antes que se acabe el enredo pongamos los pies en polvorosa, contentándonos con la pluma que hemos sacado del ala de este buen pavo.

Señor Morales, repliqué yo á este discurso, vmd. es un hombre mui dócil, y cede fácilmente á las dificultades. Hace bien poco honor á D. Matias del Cordel y á los demas caballeros de la órden con quienes tuvo la fortuna de tratar en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe ausentarse ni amilanarse con tanta facilidad. Yo, que quiero seguir las pisadas de estos héroes, y acreditarme digno discípulo de su escuela; yo, vuelvo á decir, hago frente á ese obstáculo que tanto te espanta, y pretendo burlarme

de él. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego te declararé superior á todos los varones ilustres de Plutarco.

Apenas habia acabado de hablar Morales quando entró Gerónimo de Mojadas. Esta noche, me dixo, serás ya yerno mio. Tu criado te habrá contado todo lo sucedido. ¿Que me dices de la infamia de aquel bribon, que me queria embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto; y no fue poca su sorpresa quando me oyó decir con el semblante mas triste y el aire de la mayor sinceridad que me fue posible afectar: señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él; pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y asi quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soi hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¡Qué es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¿Pues qué? no sois vos el mozo á quien mi hermano.... Sosiéguese vmd., señor, le interrumpí yo tambien; y ya que empecé á descubrirme, sírvase oirme con paciencia hasta que lo diga todo. Ocho

dias há que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pediros-la por esposa; pero me cerrasteis la boca quando os oí que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dixisteis que al morir vuestro hermano os habia conjurado que la casaseis con Pedro de la Membrilla, que asi se lo ofrecisteis, y que erais esclavo de vuestra palabra. Sacóme fuera de mí este discurso, y aconsejado mi amor con la desesperacion, me ocurrió el estratagema de que me he valido. Es cierto que mil veces yo mismo secretamente me he avergonzado de esta cautela; pero me persuadí que vos mismo me la perdonariais quando llegaseis á saber que soi un príncipe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que estan entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Imaginábame yo sorprenderos agradablemente quando os revelase mi nacimiento; y desde ahora me complacia en el gozo de Florentina, quando despues de haberla dado mi mano supiese la fina y delicada burla que la habia hecho. No quiere Dios, proseguí

mudando de tono, que yo tenga este gusto. Pareció el verdadero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuésteme lo que me costare. En virtud de vuestra promesa os creeis obligado á escogerle por yerno. Lo siento sin poder quejarme, pues debeis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase ni en la cruel situacion á que me veis reducido. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, y que parecia mas justo cumplir la palabra que me habeis dado, que hacer punto de cumplir otra, la qual á la verdad os liga mui levemente.

¿Qué duda tiene eso? exclamó el buen Gerónimo. Es una cosa mui clara; y asi estoi mui lejos de titubear entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin, él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que ademas de eso es un gran señor, un príncipe que quiere honrar nuestra familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria menester fuese yo enemigo de mí mismo, ó que hubiese perdido el juicio para que os ne-

gase mi hija, y no solicitase todo lo posible la mas pronta execucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que vmd. partiese de carrera y con precipitacion: atienda solo á sus intereses, sin respeto á la nobleza de mi sangre.... V. A. se burla de mí, interrumpio Mojadas. ¿Me tiene por tan mentecato, que habia de dudar un momento en abrir la puerta al grande honor que se me entra por mi casa? No, príncipe, yo os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra soberana mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darla esta noticia, y á informarla de su glorioso destino.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que habia hecho su hermosura, no menos que de un gran príncipe; Morales, que habia oido toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dixo: señor príncipe italiano, hijo del soberano de los valles que estan entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permítame V. A. que me arroje á sus pies para darle testimonio de mi alegria y

de mi pasmosa admiracion. Á fe de grandísimo bribon que eres un prodigio. Teniame yo por el mayor hombre del mundo, pero hablando francamente, arrío bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes menos experiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes inquietud? Seguramente no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: ahora que venga su merced quando quisiere. Y étenos aqui á Morales y á mí mas firmes en nuestros estribos que unos Gerineldos. Comenzamos á discurrir sobre el partido que habiamos de tomar luego que recibiesemos la dote, con la qual contabamos con tanta seguridad como si la tuvieramos ya en el bolsillo. Sin embargo todavia no la habiamos agarrado, y el fin de la aventura no correspondió mui bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil, tan respetable por sus bigotes y por su tez amulatada como por su honrado empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Mojadas, le dixo el tal mozo, aqui os presento á estos tres hom-

bres de bien que me conocen, y pueden decir quién soi. Sí por cierto, dixo el alguacil, y quiero declararlo. Certifico á todos aquellos que convenga como yo te conozco mui bien, te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla. Qualquiera que tenga atrevimiento para decir lo contrario es un embustero y un solemnísimo impostor. Señor alguacil, dixo entonces el buen Mojadas, yo le creo á vmd. Á mí me basta su testimonio y el de los dos señores mercaderes que vienen en su compañía. Estoi plenamente convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. ¿Pero qué me importa á mí? Sin embargo de todo eso ya he mudado de resolucion, y no quiero darle á mi hija.

¡Oh! eso es otra cosa, dixo el alguacil. Yo solo vine á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre. Por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, hacer violencia al señor Mojadas; pero desearia saber por qué motivo ha

mudado de resolucion. Ya que pierdo la esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; antes bien os confesaré que me cuesta dolor verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos mismo sois tan racional y generoso, que me persuado no llevaréis á mal que yo hubiese preferido á vos un pretendiente á quien soi deudor de la vida. Este es el caballero que veis aqui: este señor, prosiguió, tomándome por la mano, es el que me libró de un gran peligro, y para mayor disculpa mia y mayor satisfaccion vuestra, debo añadir que es un príncipe italiano.

Al oir esto Pedro quedó mui confuso: los dos mercaderes, mirándose uno á otro con los ojos abiertos y espantados. Pero el alguacil, como acostumbrado á echarlo todo á la peor parte, sospechó que tras aquella extraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos quartos. Comenzó á mirarme con la mayor atencion, y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena

voluntad, se volvió á exâminar á mi camarada con igual curiosidad. Por mala fortuna de mi alteza conoció á Morales, y se acordó de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real. ¡Ah, ah! exclamó sin poderse contener: hé aquí un hombre honrado, á quien conozco tan bien como al señor Pedro. Desde luego le embargo la persona, y os lo declaro por uno de los mas grandes bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señoríos. Poco á poco, señor alguacil, dixo Gerónimo Mojadas, que ese pobre mozo es un criado del señor príncipe. Sea en buen hora, respondió: eso me basta para saber lo que debo creer. Por el criado saco yo lo que será el amo. No tengo ya la menor duda de que estos dos señores son dos insignes pícaros de marca que se han unido para burlarse de vos. Soi mui práctico en esta casta de páxaros; y para haceros ver que son dos gentilísimas ganzuas, en este mismo punto voi á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el señor corregidor para que tengan con él una conversacion amistosa y reservada, y sepan de la boca de su señoría que todavia se usan por acá

pencas y rebenques. Alto ahí, señor oficial, replicó el viejo; no hai que llevar tan adelante el negocio. Dígame vmd. ¿no podrá ser el criado un bribon sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva que haya bribones en servicio de los príncipes? Vmd. nos burla con sus príncipes, repuso el alguacil. Este mozo sobre mi palabra es un tunante, y asi desde ahora les intimo á los dos que se den *presos por el rei*. Si se resisten, ó no quieren ir á la cárcel por su pie, dexé á la puerta veinte ministriles que les llevarán arrastrando. Alon, príncipe, me dixo, vamos caminando.

Confieso que me turbé al oir estas palabras; lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Geronimo Mojadas, ó por mejor decir, nos arruinó enteramente en su concepto, y llegó á creer que habiamos querido engañarle. Con todo eso hizo lo que todo hombre de bien debia hacer en semejante ocasion. Señor oficial, dixo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser verdaderas, y pueden no ser falsas: pero sean lo que fueren, no apuremos mas la materia. Permitid que estos caballeros se retiren á donde me-

jor les pareciere. Esta gracia y este favor os pido para desempeñar en parte la obligacion que les tengo. La mia, interrumpió el alguacil, era llevarlos desde este punto á la cárcel, sin atender á vuestra intercesion; sin embargo por respeto á ella quiero dispensarme ahora en el cumplimiento de mi deber; pero con la indispensable condicion de que en este mismo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, vive Dios que verán lo que les pasa.

Quando Morales y yo oimos que estabamos libres, volvimos á respirar. Amagamos á querer hablar con resolucion, y sostener que eramos hombres de honor, pero el alguacil nos miró al soslayo, y solo con esto nos impuso silencio: tal ascendiente tiene esta gente sobre nosotros. Vímonos pues precisados á cederle dote y Florentina á Pedro de la Membrilla, que verisimilmente pasó á ser yerno de Gerónimo Mojadas.

CAPÍTULO II.

PROSIGUE LA HISTORIA DE D. RAFAEL.

Salí de Mérida con mi camarada, y tomamos el camino de Truxillo, con el consuelo de haber ganado cien doblones en esta aventura. Transitamos por una aldea resueltos á ir á hacer noche mas adelante. Vimos en ella un meson de bellísima apariencia. El mesonero y la mesonera estaban á la puerta sentados en dos bancos de piedra. El mesonero, hombre alto, seco, y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oirlo con gusto. Quando vió que no nos apeabamos en su casa, señores, nos gritó, aconsejo á vmds. que hagan alto en esta posada. Va ya á caer la noche, hai tres leguas mortales al primer lugar, y no lo pasarán tan bien como aqui. Creanme, echen pie á tierra, que serán bien tratados, y les costará poco dinero. Dexámonos persuadir; acercámonos mas al mesonero y á la mesonera, saludámoslos, y habiendonos sentado junto á ellos, comenzamos á ha-

blar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era oficial de la santa Hermandad, y la mesonera tenia traza de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpióse nuestra conversacion con el arribo de doce ó quince hombres, montados unos en caballos y otros en mulas, seguidos como hasta de unos treinta machos de carga. ¡O quántos huéspedes! exclamó el mesonero: ¿donde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de bestias. Habia por fortuna una granja cerca del meson: en ella se acomodaron los machos y las cargas; y las mulas y los caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos donde habian de dormir que en lo que habian de cenar. Ordenaron que se les dispusiese una abundante cena. Ocupáronse en disponerla el mesonero, la mesonera y una criada. Declararon la guerra á las gallinas, pollos, pichones y demas aves del corral. Hicieron una olla española, émula de aquella arca donde se refugiaron contra el diluvio todos los animales. Con esto, con di-

ferentes ensaladas, y con variedad de frutas, hubo para todo el equipage, y sobró mucho para que les cupiese su parte al mesonero y mesonera con toda su familia.

Morales y yo mirabamos de quando en quando á aquellos caballeros, los quales tambien nos miraban á nosotros. En fin trabamos conversacion, y les diximos que si lo tenian á bien cenariamos todos juntos. Respondiéronnos cortesanamente que tendrian en ello particular gusto. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demas; y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia que le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que en la ocasion contradecia á los otros sin ceremonia, y que ninguno se atrevia á contradecirle á él; antes bien todos se conformaban con lo que decia. No sé con qué casualidad cayó la conversacion sobre Sevilla; y como Morales comenzase á elogiarla mucho, el hombre de quien voi hablando le dixo: caballero, vmd. hace mucho favor á la ciudad donde yo nací, ó á lo menos mui cerca

de ella, porque mi madre me dió á luz en Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales mui alegre, y no es posible que yo dexe de conocer á los parientes de vmd. Sírvase decirme quién fue su señor padre. Un honrado notario, respondió el caballero, llamado Martin Morales. ¡Á fe que es singular la aventura! exclamó todo transportado mi compañero. Segun eso sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente, respondió el otro, y por consiguiente tú eres mi hermanico menor Luis, á quien yo dexé en la cuna quando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre, replicó mi camarada. Al decir esto se levantaron los dos de la mesa, y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes; señores, dixo, verdaderamente que es mui extraño, y tiene algo de maravilloso este suceso. La casualidad ha dispuesto que quando yo menos lo pensaba me haya encontrado con mi hermano, á quien há mas de veinte años que no habia visto. Dadme licencia para que os le presente. Entonces todos los caballeros que por respeto estaban en pie saludaron al herma-

no menor, y por poco no le sofocáron á abrazos y á cortesías. Sosegado este primer turbion nos volvimos á la mesa, y en ella estuvimos toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto al otro, y todo el tiempo que duró la cena estuvieron cuchicheando al oido, hablando sin duda sobre las cosas de su familia, mientras los demas comiamos, bebiamos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel, y concluida me llamó á parte, y me dixo: toda esta gente es de la familia del conde Montaños, á quien el rei acaba de nombrar por general de Mallorca. Conducen el equipage de su amo á Alicante, donde se ha de embarcar para su destino. Mi hermano es el mayordomo de su excelencia, y me propuso si me queria ir en su compañía. Yo le respondí que no podia dexar la tuya; á que me replicó que si tú querias venir con nosotros te facilitaria un buen empleo. Caro amigo, no dexemos escapar esta ocasion, y abracemos los dos tan buen partido. Vamos á Mallorca: si lo pasamos bien nos estableceremos alli; y si no nos tuviere cuenta nos volverémos á España.

Admití con gusto la proposicion. Incorporámonos entrambos con la familia del conde, y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante, caminando á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me hice hacer un vestido decente. Todo mi pensar era en la isla de Mallorca, y lo mismo sucedia á mi camarada Morales. Parecia que ambos de acuerdo habiamos ya renunciado para siempre á la vitabona. Es preciso decir la verdad: uno y otro queriamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros, y este respeto nos contenia. En fin nos embarcamos alegremente, lisonjeándonos de llegar presto á Mallorca; pero no bien habiamos salido del golfo de Alicante quando nos cogió una furiosa borrasca. Qué buena ocasion era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintando el aire todo en fuego, fulminando rayos, y haciendo tronar las nubes, silbar los vientos, elevarse las ondas &c.; pero arrimando á un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente que fue mui violenta la tempestad que nos obli-

gó á ancorar en la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortín, cuya guarnicion consistia entonces en cinco ó seis soldados y un oficial, los quales nos recibieron con mucha humanidad y agasajo.

Como nos veíamos precisados á detenernos alli muchos dias para acomodar nuestro velamen, procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones, segun el genio de cada uno. Estos jugaban á los naipes, aquellos á la pelota &c.; yo me iba á pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso, que apenas se descubria un palmo de tierra. Un dia que considerando aquellos lugares áridos y secos estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde la da la gana, sentimos todos de repente un gratísimo olor que nos dexó sorprendidos. Aún lo quedamos mucho mas quando volviéndonos ácia el oriente, de donde venia aquella fragrancia, vimos un campo todo cubierto de madreselva, mas hermosa y odorífera aún que la de Andalucía. Acercámonos gus-

tosos ácia aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallamos que bordeaban la entrada de una profunda caverna. Era ésta ancha y un poco sombría: baxamos á la cueva por una escalera ó caracol de piedra, adornada de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Quando llegamos abaxo vimos serpentear sobre un fondo de arena mas roxa que el oro varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos, y se perdian en la misma arena. Pareciónos el agua tan clara y tan cristalina, que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á hacerla otra visita el dia siguiente, trayendo con nosotros algunas botellas de vino, persuadidos á que tambien lo beberiamos con gusto en aquel delicioso y como encantado sitio.

Dexámosle con dolor, y quando nos restituimos al fuerte no quisimos negar á nuestros camaradas la noticia de tan felíz descubrimiento; pero el comandante del fuerte nos dixo, que como amigo nos advertia que por ningun caso volviesemos á la cueva de que ha-

biamos quedado tan enamorados. ¿ Y eso por qué? le pregunté yo. ¿Hai por ventura algo que temer? Y mucho, me respondió: los corsarios de Argel y de Tripoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en ese parage. Uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados, y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial no lo quisimos creer. Pareciano que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros del equipage, y de propósito no quisimos llevar armas de fuego, para mostrar que no teniamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Baxamos al fondo de la cueva como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. Á lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegria, vimos en la boca de la caverna muchos hombres con mostachos, turbantes, y vestidos á la turca. Al principio creimos que eran algunos del equipage, que juntamente con el comandante se ha-

bian disfrazado para chasquearnos. Preocupados de este pensamiento nos echamos á reir, y dexamos baxar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos. Presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia á echarse sobre nosotros. *Rendíos, perros*, nos dixo en lengua castellana, *ó aqui moriréis todos.* Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las caravinas los que venian con él, y á la menor resistencia las hubieran descargado. Preferimos la esclavitud á la muerte, entregamos á los moros nuestras espadas, cargáronnos de cadenas, lleváronnos á su navío, que no estaba mui distante; levantaron anclas, pusiéronse á la vela, y zinglaron ácia Argel.

Asi pagamos el poco aprecio que hicimos del aviso y consejo del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fue registrarnos hasta la camisa, y quitarnos todo el dinero que llevabamos. ¡ Gran golpe de mano para él ! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Mojadas habia dado á Morales, que por casualidad y por desgracia llevaba yo conmigo, todos

mudaron de dueño, pasando á manos del corsario, que todo me lo arrebañó sin misericordia. Los bolsillos de mis camaradas tampoco estaban mal proveidos: en suma, el golpe bastaba para hacer rico á un raterillo. El pirata estaba todo contento; y el grandísimo verdugo, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con insulsas bufonadas, las quales nos eran menos sensibles que la dura necesidad de sufrirlas. Despues de mil impertinentes truhanadas echó mano de las botellas que habiamos puesto á refrescar, y las agotó todas, ayudándole su gente, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por mofa é irrision.

Durante este enfadoso rato mis camaradas mostraban un exterior que hacia mui visible lo que interiormente pasaba por ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio quanto mas alegre era la idea con que se habian lisongeado de pasar buena vida en Mallorca. Por lo que á mí toca tuve valor para tomar desde luego mi partido. Menos consternado que los otros trabé conversacion con nuestro capitan mofador,

Ayudéle yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó mui en gracia. Oyes, mozo, me dixo, me gusta tu buen humor y tu genio. Si bien se considera, en vez de gemir y suspirar es mejor armarse de paciencia, y acomodarse con el tiempo. Tócanos un buen son, añadió viendo que tenia junto á mí una guitarra: quiero ver hasta donde llega tu habilidad. Mandó que me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar, regalándoles con un fandango, que celebraron con grande aplauso, no haciendo menos honor á mi voz que á mi guitarra. Habiame enseñado á tocarla el mejor maestro de Madrid, y con efecto no manejo mal este instrumento. Todos los turcos que estaban en el navío mostraron con gestos y ademanes de admiracion el gusto con que me oían; por lo que conocí que en punto de música no le tenian mui delicado. El pirata se arrimó á mí, y me dixo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar seguro de que mis talentos me harian mui llevadera la esclavitud.

CAPÍTULO III.

VA ADELANTE LA MISMA HISTORIA.

Algo me consolaron estas palabras. Sin embargo no dexaba de inquietarme un poco el pensamiento sobre el empleo que me tocaria, y que el pirata me habia pronosticado en general y en confuso. Quando nos acercamos al puerto de Argel vimos una multitud de personas que habian acudido á la playa á recibirnos. Luego que saltamos en tierra hicieron resonar el aire con mil gritos de alegria y alborozo. Acompañaba á estos el confuso rumor de las trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos de que se sirve aquella gente, y forman un estruendo desentonado mas que un apacible sonido. Era la causa de aquella extraordinaria algazara una falsa voz que se habia esparcido en la ciudad. Habia corrido por ella que el renegado Mahometo habia muerto combatiendo con un grueso navío genovés; y todos sus amigos, informados de su feliz retorno, acudieron al puerto para dar testimonio de su alegria.

Quando hubimos desembarcado fui conducido con mis compañeros al palacio del bei Soliman, donde un escribano cristiano nos exâminó en particular, preguntándonos nuestros nombres, edad, patria, religion y talentos. Entonces Mahometo, tomándome por la mano y mostrándome al bei, comenzó á ponderarle mi voz y mi habilidad en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para decir que me queria en su servicio, y desde aquel punto me quedé en su serrallo. Los demas cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y puestos alli en pública venta segun costumbre. Cumplióse lo que Mahometo me habia pronosticado en el navío. Verdaderamente que fui mui afortunado. No me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas. Mandó Soliman que me agregasen en cierto sitio particular á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes se les empleaba en fatigas mui ligeras. Á mí solo se me encomendó que regase en los jardines las flores y los naranjos; empleo que en vez de ser fatiga podia llamarse diversion.

Era Soliman un hombre de quarenta años, bien hecho, mui atento, y aun galan para moro. Era su favorita una georgiana, que por su espíritu y su hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no se pasaba dia en que no la regalase con algun festejo, ya de música, tanto de voces como de instrumentos, ya tambien de comedias á la turca. Es decir, unos dramas en los quales no se tenia mas respeto al pudor que á las reglas de Aristoteles. La favorita, que se llamaba Farruchnaz, era apasionadísima á estos espectáculos. Algunas veces hacia que sus damas fuesen las actrices de varias piezas árabes en presencia del bei. Tal vez aun ella misma representaba tambien algun papel, y lo hacia con tanta viveza y con tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que asistia yo á estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo asi, y tuve la fortuna de dar gusto. Aplaudiéronme todos mucho, y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables y benignos.

El dia siguiente mui de mañana, mientras estaba yo regando los naranjos, pasó junto á mí un eunuco, el qual sin detenerse ni hablar palabra, dexó caer á mis pies un villete, y siguió su camino. Cogí apresuradamente el papel con una especie de turbacion neutral entre el temor y la alegria. Tendíme á la larga en el suelo detras de los naranjos, por no ser visto de las ventanas del serrallo. Abríle con mano trémula, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritos en buen castellano estos pocos renglones: *Joven cristiano, da mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna te van á hacer felíz: el amor si correspondes á una persona que no es fea y que te estima; la fortuna si tienes valor para despreciar todo género de peligros.*

No dudé ni un solo momento que el villete fuese de la sultana favorita; el brillante y el estilo me lo persuadian. Ademas de que nunca fui cobarde, la vanidad de verme favorecido y aun solicitado por una dama que era el ídolo de un príncipe, y príncipe moro, y la esperanza de que su favor me facilitaria mucho mas dinero del que era me-

nester para mi rescate, me hicieron resolver á entrar en esta nueva aventura á costa de qualquier peligro. Proseguí pues en mi trabajo, pensando siempre en el modo que podia tener para introducirme en el quarto de Farruchnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciéndome, y no mal, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto asi sucedió, y no me engañó mi pensamiento. Una hora despues volvió á pasar junto á mí el mismo eunuco que habia pasado antes, y sin pararse me dixo: cristiano, ¿has hecho tus reflexîones? ¿Tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí; y él, prosiguiendo siempre andando, añadió: *el cielo te guarde; mañana por la mañana me volverás á ver*, y diciendo esto se retiró. Efectivamente al dia siguiente, á cosa de las ocho, se dexó ver, y me hizo señal que me llegase á él. Obedecí, y me conduxo á una sala donde habia una gran pieza de lienzo pintado, que acababa de traer otro eunuco, para presentarla á la sultana, y debia servir de decoracion en el teatro para una come-

dia árabe que ella tenia prevenida para diversion del bei.

Desenrollaron sin perder tiempo los eunucos la tal pieza, hiciéronme tender á la larga en medio de ella, y la enrollaron de nuevo, volviéndome y revolviéndome dentro de la misma con peligro de sofocarme. Cargáronla sobre sus hombros, uno de una punta y otro de otra, y de esta manera me introduxeron impunemente en el quarto de la bella georgiana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente entregada á darla gusto. Desenrollaron la tela, y Farruchnaz luego que me vió prorumpió en ciertos ademanes de alegria, que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su país. En medio de mi natural intrepidez confieso que quando me ví de repente transportado en el quarto secreto de las mugeres sentí cierto terror. Conociólo mui bien la favorita, y me dixo: no temas, cristiano, porque Soliman acaba de partir para su casa de campo, donde se detendrá todo el dia, y nosotros nos divertirémos aqui libremente.

Consoláronme estas palabras, y en virtud de ellas me revestí de un espíri-

tu y seguridad que redobló el gusto de mi patrona. Esclavo, me dixo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas dulce el rigor de la esclavitud. Téngote por mui digno del concepto que me debes. Aunque te veo en trage de esclavo descubro en todas tus modales un no sé qué de noble y de generoso que me obliga á creer no eres persona baxa ni del comun. Explícate, háblame con toda confianza, y dime quién eres. Sé mui bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que sea menos costoso su rescate. Pero conmigo debes dispensarte de esta política; me ofenderia mucho semejante precaucion, puesto que desde luego corre de mi cuenta el ponerte en libertad. Fiate de mí, sé sincéro, y confiesame que naciste en mas que vulgares pañales. Con efecto, señora, la respondí, corresponderia villanamente á vuestra generosa bondad si usara con vos de artificio ó disimulo. Vos quereis absolutamente que os descubra quién soi; voi á obedeceros ciegamente. Soi hijo de un grande de España (quizá decia en esto la verdad). Por lo menos la sultana asi lo creyo, y dándose á sí misma el parabien

por haber puesto sus ojos en un hombre de importancia, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viesemos con freqüencia. Tuvimos larga conversacion; y en mi vida traté muger de mayor talento ni que tuviese mas atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba mas que medianamente. Quando la pareció que era tiempo de separarnos me hizo acomodar en un gran ceston de juncos finos cubierto con un rico repostero de brocado, recamado de oro por su misma mano con flores delicadísimas, y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga como un regalo que ella enviaba al bei; sobrescrito tan sagrado entre los que hacen la guardia al quarto de las mugeres, que ninguno tiene osadía ni facultad para mirarlo.

Hallamos Farruchnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos; y la amable sultana poco á poco me fue inspirando tanto amor por ella como ella sentia por mí. Dos meses se conservaron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa mui dificil que en un serrallo se escapen por largo

tiempo á los ojos de tantos argos. Pero un contratiempo desconcertó nuestros pequeños negocios, y mudó enteramente de semblante mi fortuna. Un dia en que fui introducido en el quarto de la sultana dentro de cierto dragon artificial que se habia fabricado para no sé qué espectáculo, quando estaba yo hablando con ella mui descuidado, persuadido á que Soliman se hallaba en el campo, entró éste en el quarto de la favorita tan repentinamente, que la vieja esclava no tuvo tiempo para avisarnos. Yo tuve mucho menos lugar para ocultarme, y asi fue mi persona el primer objeto que se ofreció á los ojos del bei.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la cólera á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, centelleando llamas de indignacion y furor. Considéreme entonces como un hombre que estaba ya tocando el último instante de su vida, y me imaginaba en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farruchnaz conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito, y pedir perdon de él,

dixo á Soliman: señor, suplicoos que no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente digna de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi quarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera perdidamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas exterioridades, pongo por testigo al gran profeta de que no os he sido infiel. Quise hablar con este esclavo cristiano para ver si podia lograr persuadirle á que se desprendiese de su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba, mas al fin conseguí desvanecer sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que abrazará el mahometismo.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita, sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida y la de una dama á

quien amaba, quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra, y persuadido el bei por mi silencio á que era verdad quanto habia dicho la sultana, se dexó desarmar. Dama, dixo, quiero creer que no me has ofendido, y que el zelo de hacer una cosa que fuese grata al profeta te empeñó en dar un paso tan delicado. Excusaré tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un moravito. Vistiéronme á la turca, y yo les dexé hacer quanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias.

Concluida la ceremonia salí del serrallo con el nombre de Sidi Alí á tomar posesion de un empleo de poca monta á que el bei me destinó. No volví á ver á la sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una cantidad de piedras preciosas estimadas en dos mil *sultaninos*, juntamente un villete en que me aseguraba que jamas olvidaria la generosa complacencia con que me habia

hecho mahometano por salvarla la vida. Con efecto ademas de los regalos que habia recibido de la bella Farruchnaz conseguí por su mediacion otro empleo mas considerable que el primero; de manera que en menos de siete años me hallé el renegado mas rico que habia en todo Argel.

Ya habrán conocido vmds. que si yo concurria á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas, y practicaba las otras ceremonias de su religion, era todo una pura figurería y mera exterioridad. Por lo demas estaba firmemente resuelto á volver á entrar en el seno de la iglesia, para cuyo fin pensaba retirarme algun dia á España ó á Italia con las grandes riquezas que habia amontonado. Mientras tanto vivia alegremente, estaba alojado en una bella casa, tenia jardines soberbios, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de caras bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquellas partes, sin embargo pocos moros dexan de beberle con los ojos baxos y en secreto natural. Yo por lo menos le bebia sin escrúpulo, ni mas ni menos como lo hacian los otros renegados.

Acuérdome que me acompañaban ordinariamente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes pasaba muchas veces toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y otro árabe. Tenialos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin sujecion y con toda libertad. Convidélos una noche á cenar conmigo. Habiaseme muerto aquel dia un perro que yo queria mucho: lavamos su cadáver, y le enterramos con todas las ceremonias que usan los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos á la verdad por burlarnos de la religion de Mahoma, sino puramente por divertirnos, y por satisfacer la gana que entre dos vinos me dió de celebrar las exêquias de mi amado animalillo.

Sin embargo faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente me hallé en casa con un hombre que me dixo: señor Sidi Alí, vengo á vmd. por cierta cosa de importancia. El señor cadi tiene necesidad de hablarle: sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, qué pueda ser lo que me quie-

re. Él mismo os lo dirá, respondió el moro. Todo lo que puedo deciros es que un mercader que ayer cenó con vmd. le ha dado parte de no sé qué impía ó irreligiosa accion que en vuestra casa se executó con ocasion de enterrar á cierto perro. Yo os intimo judicialmente que comparezcais hoi mismo ante el juez, con apercibimiento de que no haciéndolo asi se procederá criminalmente contra vuestra resistencia. Dixo, y sin esperar á que le respondiese me volvió las espaldas, dexándome aturdido con su intimacion ó apercibimiento. No tenia el árabe el mas mínimo motivo para estar quejoso de mí, ni yo podia comprehender por qué me habia jugado una pieza tan ruin y traidora. Sin embargo la cosa era mui digna de consideracion. Yo tenia bien conocido al cadi, hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso y mui avaro. Metí en el bolsillo doscientos *sultaninos de oro*, y fui derecho á presentarme. Hízome entrar en su gabinete, y luego que me vió me dixo en tono colérico y furioso. Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro como si fuera un mu-

sulman. ¡Qué sacrilegio! ¡qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa lei? ¿Os hicisteis mahometano únicamente para poner en ridículo las prácticas mas sagradas del alcoran? Señor cadi, le respondí con sumision, pero sin abatimiento, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel traidor amigo fue cómplice de mi delito, si por tal se debe reputar haber practicado los honores de la sepultura con un doméstico fiel, con un inocente animal que poseía mil bellas qualidades. Amaba tanto las personas de mérito y de distincion, que hasta en su muerte quiso dexarlas testimonios irrefragables de su estimacion y de su amor. En su testamento, del qual me nombró por único albacea, los declaró herederos de sus bienes, legando á unos veinte escudos, á otros treinta &c. Esto es tanta verdad, que tampoco se olvidó de vos, pues me dexó mui encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo; y diciendo esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el cadi toda su gra-

vedad quando me oyó este discurso, y sin poder contener la risa me despidió diciendo: id en paz, Sidi Alí, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los hombres de mérito.

CAPÍTULO IV.

SUÉNASE LOS MOCOS D. RAFAEL, LÍMPIASE, GARGAGEA, Y VA ADELANTE CON SU RELACION.

Salí de aquel pantano con este medio, y si el lance no me hizo mas sabio, á lo menos me hizo mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escogí para mi camarada de botellas á un gentil hombre de Liorna que era esclavo mio. Llamábase Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los mios no se impacientaban aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar al servicio de otro amo.

que el deseo de conseguir su libertad, sin embargo de ser ésta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en esclavitud.

Volvieron un dia los jabeques del bei cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexô, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demas fueron puestos en venta. Fui á la plaza donde ésta se celebraba, y compré una niña española de diez á doce años. Lloraba amargamente y se desesperaba. Admirado yo de verla tan afligida por su esclavitud en tan tierna edad, me llegué á ella, y la dixe en lengua castellana que no se afligiese tanto, asegurándola que habia caido en manos de un amo que aunque le veía con un turbante en la cabeza era de corazon mui humano. Entregada la niña enteramente á su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolablemente, prorumpiendo de quando en quando en esta exclamacion. ¡*Ai madre mia, y por qué me habrán separado de ti! Todo lo llevaria en paciencia como estuviéramos juntas*. Mientras decia es-

tas palabras estaba mirando fixamente á una muger de quarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la qual mui modesta, silenciosa, y con los ojos baxos estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéla si era su madre aquella muger á quien miraba. Sí señor, me respondió con tierno dolor; por amor de Dios haga su merced que jamas me aparten de ella. Bien está, hija mia, la dixe; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto estarás satisfecha, y quedarás consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de atencion quando reconocí en ella con toda la conmocion que podeis imaginar todas las facciones y demas señales de Lucinda. ¡Justo cielo! exclamé dentro de mí mismo. ¿Qué es lo que veo? Esta es mi madre, no lo puedo dudar. Pero ella, ó ya porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la permitia ver otra cosa que enemigos en todos los objetos que se la presentaban, ó ya fuese porque el trage mahometano me hacia parecer otro hombre, ó porque en el espacio de doce años que no me ha-

bia visto me hubiese desfigurado; el hecho es que realmente no me conoció. En fin yo la compré, y llevémela á mi casa.

No quise dilatarla el gusto de que me conociese. Señora, la dixe, ¿es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¿Pues qué unos bigotes y un turbante me desfiguran tanto que no conozcais tras de ellos á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oir estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme; y arrojándose á mis brazos con los suyos abiertos, nos abrazamos estrechísima y ternísimamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la qual estaba tan ignorante de que tenia un hermano como lo estaba yo de que tuviese una hermana. Confesad, dixe entonces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habreis visto un encontrarse y un reconocerse las personas que sea comparable con este original. Hijo mio, me respondió ella, grandísima alegria he tenido en volverte á ver; pero esta alegria está mezclada de un amarguísimo dolor. ¡Mi Dios, en qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil

veces menos sensible que ese trage en que te veo.... Á fe, madre, la respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto no es mui propia de una comedianta. Á la verdad, señora, que sois mui otra de lo que erais: si este mi disfraz os ha dado tanto enojo contra mi turbante, consideradme como un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soi tan musulman como lo era en España; porque en el fondo no reconozco otra verdadera religion que la católica. No niego, ni mucho menos disculpo mi exterior apostasía: sé mui bien que en ninguna ocasion me era lícito dar señales de abandonar mi religion aunque me costase mil vidas. Confieso mi pecado sin excusar mi flaqueza. Pero si vos supierais las circunstancias que me hicieron caer en ella, quizá vuestro justo dolor se convertiria en no menos justa compasion. El amor fue el autor de mi delito: sacrifiqué á esta deidad. En esto no hice mas que acreditarme hijo vuestro con mas ó menos exceso. Fuera de que aún hai otra razon que debe moderar vuestro dolor de verme en la situacion en que me

veis. Temiais hallar en Argel una rigurosa esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetoso, y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad hasta que se nos proporcione una ocasion oportuna en que todos podamos seguramente restituirnos á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *no hai mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dixo Lucinda, una vez que estés resuelto á volverte á tu tierra, y abjurar el mahometismo, estoi consolada. Entonces irá con nosotros tu hermana Beatríz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en España. Sí señora, la respondí: espero que le tendreis, pues lo mas presto que sea posible partirémos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habreis dexado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatríz es fruto de un matrimonio mui legítimo. Pero, señora, repliqué yo, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esta

preeminencia que me negasteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdome haberos oido mil veces que nunca perdonariais á una muger jóven y linda el disparate de sujetarse á un marido. *Otros tiempos*, *otras costumbres*, respondió ella. Si los hombres mas firmes en sus resoluciones estan sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mugeres sean invariables en las suyas? Quiero contarte la historia de mi vida desde que saliste de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion, que creo oireis con gusto, porque es curiosísima.

CAPÍTULO V.

HISTORIA DE LUCINDA, MADRE DE DON RAFAEL.

Habrá casi trece años, si te acuerdas, que dexaste la casa del marquesito de Leganés. En aquel tiempo el duque de Medina la Alta me dixo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señaléle el dia, esperéle, vino, y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener. Concedísele con la

esperanza de que me le pagaria bien. Hízolo asi. El dia siguiente recibí de parte suya varios regalos, que fueron seguidos de otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no podia durar largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, quanto no ignoraba que se habia escapado de otras en que le habian aprisionado varias famosas beldades, cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, léjos de disminuirse el gusto que le daba mi condescendencia, cada dia parece que le tenia mayor, y que encontraba en ellas un sainete que las añadia nueva gracia. En suma tuve el arte ó la fortuna de asegurármele, y de impedir que su corazon naturalmente voluble é inconstante se dexase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses habia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su amor seria duradero, quando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una visita dónde se hallaba la duquesa, esposa del duque. Habiamos ido á ella convidadas para una academia de música, tanto de

voces como de instrumentos, que se celebraba en aquella casa. Casualmente nos sentamos algo detras de la duquesa, la qual llevó mui á mal que yo me hubiese dexado ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme un recado por medio de un criado, diciéndome que inmediatamente me retirase. Respondíla con sobrada grosería; é irritada la duquesa se quejó á su esposo, el qual vino á mí, y me dixo: Lucinda, sal de aqui prontamente. Quando los grandes señores se inclinan á personas como tú, no deben estas olvidarse de lo que son. Si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mugeres, siempre respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y todas las veces que tuviereis la insolencia de pretender igualaros á estas sereis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna el duque me dixo todo esto en voz tan baxa, que ninguno pudo comprehenderlo. Retiréme avergonzada y confusa, pero llorando de rabia y de cólera por el desaire que habia recibido. Para mayor desgracia mia los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron no sé cómo todo lo

que me habia pasado. No parece sino que algun diablillo acechador y cizañero se complace en descubrir á los unos lo que sucede á los otros. Hace por exemplo un comediante en una francachela alguna extravagancia; acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado, toda la compañía se halla informada hasta de la mas ridícula menudencia. Asi supieron mis camaradas quanto me habia pasado en la academia, y sabe Dios quanto se divirtieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso yo me hice superior á todas sus malignas chocarrerías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, á quien no volví á ver en mi casa, y aun supe que pocos dias despues se habia acomodado con una cantarina.

Mientras una comedianta tiene la fortuna de estar aplaudida nunca la faltan amantes, y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de adoradores luego que se esparció por Madrid la

voz de que el duque me habia dexado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado volvieron todos á quemar sus inciensos en el altar conocido. Fuera de estos recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fui tan de moda como entonces. Entre los que solicitaban mi gracia ninguno me pareció mas ansioso ni mas fino que un grueso aleman, gentil-hombre del duque de Osuna. No era la figura mas airosa ni mas amable del mundo; pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en servicio de su amo, gastándolos generosa, ó sea pródigamente, para lograr la dicha de obtener algun lugar en la lista de mis amantes favorecidos. Este buen señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fue bien recibido en mi casa, pero apenas se le agotó la bolsa halló la puerta cerrada. Disgustóle este proceder; buscóme en la comedia; encontróme tras de los bastidores; dióme sus quejas; reíme de él en su misma cara; entró en cólera, y dióme una bofetada á la tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirigiéndome al duque, que estaba en su

aposento con su esposa la duquesa, en alta voz le dí agrias quejas de las tudescas modales con que me habia tratado el señor Brutandorff. Mandó el duque que prosiguiese la comedia, diciendo que despues de ella oiria las partes. Acabada la representacion me presenté toda turbada y conmovida al duque, exponiendo mi queja con viveza y con ardor. El aleman despachó su defensa en dos palabras. Dixo que en vez de arrepentirse de lo hecho era hombre de repetirlo. El duque, oidas las partes, y volviéndose al aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te mando no vuelvas á ponerte en mi presencia, no porque diste una bofetada á una comedianta, sino porque faltaste al respeto debido á tu amo y á tu ama, turbando un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el corazon. Apoderóse de mí una rabiosa ira y un inexplicable furor, considerando que no se habia despedido al aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un insulto como aquel, cometido contra una comedianta, debia ser castigado como un delito de lesa mages-

tad, y estaba mui persuadida á que el tudesco padeceria la mas dolorosa y mas afrentosa muerte. Abrióme los ojos este vergonzosísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personages que representa. Esto me disgustó del teatro tanto, que desde aquel punto resolví abandonarle, y establecerme léjos de Madrid. Escogí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* para ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y en alhajas: caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mi vida, estando resuelta á hacerla mas retirada. Arrendé en aquella ciudad una pequeña casa, y no recibí mas familia que una criada y un page, á los quales me mantuve tan desconocida como á todos los demas. Fingí ser viuda de un criado de la casa del rei, y que habia escogido para mi retiro la ciudad de Valencia por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba á mui poca gente, y mi conducta era tan arreglada, que á ninguno le pudo pasar por

el pensamiento que yo hubiese sido comedianta. Sin embargo y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una hacienda propia, cerca de Paterna. Era un hombre de buena disposicion, y como de treinta y cinco á quarenta años, pero estaba mui adeudado; lo que no es menos freqüente en los nobles del reino de Valencia que en los de todos los paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo quiso saber si en lo demas podria yo convenirle. Á este fin despachó sus ocultos batidores para que se informasen bien, y me sondeasen; por cuya relacion tuvo el gusto de saber que era una viuda de no desgraciada cara, de trato nada fastidioso, y ademas de eso bastantemente rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y mui presto se dexó ver en mi casa una vieja que me dixo de su parte, que prendado de mi virtud tanto como de mi hermosura, me ofrecia su fe juntamente con su mano, y que ratificaria esta oferta delante del altar si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término pa-

ra pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las circunstancias de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dixeron de él, bien que sin disimularme el lastimoso estado de su renta, determiné gustosa darle mi mano, como lo hice dentro de mui pocos dias.

D. Manuel de Xercia (este era el nombre de mi esposo) me conduxo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aire de antigüedad, de lo qual hacia mucha vanidad el dueño. Pretendia que la habian fabricado sus progenitores; y de la antigüedad de la fábrica deducia que la familia de Xercia era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel mudo instrumento de nobleza, que abierto por todas partes estaba amenazando ruina. Gastóse en repararle mas de la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer buena figura en el país; y éteme aqui convertida de repente en dama de aldea y en señora de hacienda. Grande y portentosa metamórfosis! Habia hecho yo demasiadamente bien el papel de comedianta para no saber representar y sostener el que correspondia al nuevo esplendor

que me daba mi nuevo estado. Revestíame en todo de cierto aire teatral de nobleza, de magestad y desembarazo, que en toda la aldea se habia formado alto concepto de mi nacimiento. ¡ Oh quánto se hubieran divertido á costa mia si estuvieran instruidos en la verdad del hecho! Con quántos graciosos y satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y quánto se hubiera rebaxado de los respetuosos obsequios que me tributaban las demas gentes.

Viví por espacio de seis años felíz y gustosamente en compañía de D. Manuel, al cabo de los quales se le llevó Dios. Dexóme bastantes cosas que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatríz, que á la sazon contaba solos quatro años de edad. Nuestra hacienda, que era quanto componia nuestros bienes, se hallaba empeñada entre muchos acreedores. El principal era uno llamado Bernardo Astuto, nombre que le convenia admirablemente. Exercitaba en Valencia el oficio de procurador, que desempeñaba como hombre cocido y consumado en todas las trampas de los procesos;

y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para estar mas instruido en hacer legales injusticias. ¡ Terrible acreedor ! Una hacienda entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que un pollo en las garras de un milano. Por tanto el señor Astuto, apenas cerró los ojos mi marido, puso el sitio á mi pobre casa. Infaliblemente la hubiera hecho volar en el aire por las minas de la superchería judicial si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de mi enemigo se hiciese de repente esclavo mio. Enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con ocasion de nuestro pleito. Confieso que hice de mi parte todo quanto pude para inspirarle amor. El deseo de salvar mi posesion me obligó á probar con él todas aquellas alhagüeñas evoluciones de mi rostro y de mis ojos que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con todo mi magisterio en el arte temí mucho que pudiese enganchar al procurador. Estaba tan totalmente embebido en su oficio, que parecia incapaz de hacer lugar á ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel gato montés, aquel erizo,

aquel rasca papel me miraba con mayor complacencia de la que yo me imaginaba. Señora, me dixo un dia, yo no entiendo de enamorar. Dedicado siempre á lo que correspondia á mi profesion, nunca cuidé de aprender las reglas, el uso, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de esto no ignoro lo que se llama lo esencial. Y para ahorrar de palabras solo diré que si vmd. quiere casarse conmigo quemaré al instante el proceso, haré retirar á los demas acreedores, dispondré que se la confirme á vmd. en la posesion de su hacienda, declarándola por dueña del usufructo, y á su hija de la propiedad. El interes de Beatríz y el mio no me permitieron dudar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion. El procurador cumplió su palabra: revolvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi casa. Quizá fue esta la primera vez que supo servir bien al huérfano y á la viuda.

Amanecí pues un dia procuradora, sin dexar por éso de ser dama de aldea, aunque este matrimonio me arruinó en el concepto de la nobleza valen-

ciana. Abandonáronme las señoras de la primera distincion como á una muger que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Vime precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con las señoras de medio pelo. No dexó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratar únicamente con personas de distincion. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque entablé conocimiento con la muger de un escribano y con dos procuradoras, todas tres cada una por su lado de un carácter singular. Entraba en él cierto ridículo que me divertia infinitamente. Cada qual se imaginaba mui superior á la otra. Estas mercedes entre dos luces, me decia yo á mí misma, se consideran mui arriba del comun. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas; mas veo que esta es la flaqueza universal. En este particular palpo ahora que tan locas son las hidalgas de aldea como las damas de teatro. Cada qual se tiene en mas que su vecina. Para abatir y al mismo tiempo castigar su orgullo quisiera yo que se las obligase á conservar en

sus casas los retratos de sus abuelos, tales quales eran quando vivian. Apuesto qualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas públicos ni en las salas mas visibles.

Á los quatro años de matrimonio murió el señor Astuto sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dexó á lo que yo poseía, me hallé una viuda rica, y por tal era tenida. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un personage siciliano, cuyo apellido era Colifiquini, resuelto á ser mi amante para arruinarme, ó ser desde luego mi marido; dexando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo á España, segun decia, solamente por la curiosidad de viajar; y estaba en Valencia esperando ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años; era, aunque algo chico de cuerpo, de bella disposicion; y en fin me agradaba su figura. Halló modo de hablarme en particular, y te confieso la verdad, desde la primera conversacion quedé locamente enamorada de él. No lo quedó él menos de mí; y creo (Dios me lo perdone) que en aquel mismo punto nos hubieramos

casado, si estando tan reciente la muerte del procurador me hubiera permitido contraer tan presto nuevo matrimonio; porque desde que comencé á tomar gusto al himenéo procuré respetar algo los estilos y ceremonias del mundo.

Convenimos pues en dilatar un poco nuestro matrimonio por el bien parecer. Mientras tanto Colifiquini proseguia en su obsequio, y lejos de entibiarse en su amor, se mostraba mas fino y mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba mui bien en punto de dinero; conocílo, y procuré que nunca le faltase. Ademas de que mi edad era doble de la suya, me acordaba de lo mucho que yo habia hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años, y me parecia lo que ahora les contribuia yo una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fue posible á que se corriese el tiempo que prescribe el ceremonial del mundo para pasar á otras nupcias. Apenas llegó quando nos presentamos en la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi hacienda, donde puedo decir que vi-

vimos dos años menos como esposos que como dos ternísimos amantes. ¡ Pero ai! que era mui fino nuestro amor, era mui grande nuestra dicha para que fuese mui duradera. Al cabo de este breve tiempo un accidente de apoplegía me privó de mi adorado Colifiquini.

Aqui no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndola con alguna conmocion : ¿ pues qué, señora, tambien murió vuestro tercer marido ? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. ¿Y cómo lo he de remediar yo? me respondió ella. ¿Por ventura puedo alargar ni un solo momento los dias que Dios tiene contados? Á los dos maridos los lloré mucho : el que menos lágrimas me costó fue el procurador. Como éste me buscó puramente por interes tardé poco en consolarme de su pérdida. Pero volviendo á mi Colifiquini te diré que algunos meses despues de su muerte, deseando yo ver una casa de campo cerca de Palermo que me habia dexado para mi viudedad, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatríz; pero en el viage fuimos apresados por los corsa-

rios del bei de Argel. Conduxéronnos á esta ciudad, y por gran fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. Á no ser esto hubieramos caido en manos de un amo bárbaro que nos hubiera maltratado, y baxo cuya dura esclavitud quizá habriamos gemido de por vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

CAPÍTULO VI.

PROSIGUE LA HISTORIA DEL HIJO Y DE LA MADRE.

Tal fue, señores, prosiguió D. Rafael, la relacion que mi madre nos hizo. Coloquéla despues en el mejor quarto de mi casa, donde viviese con toda libertad, y como mejor la pareciera: cosa que fue mui de su gusto. Habiase arraigado en ella un hábito de amar tan inveterado en virtud de tan repetidos actos, que absolutamente no podia estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos ya en este, ya en aquel de mis esclavos; pero finalmente fixó toda su atencion en Ali Pegelin, un re-

negado griego que freqüentaba mi casa. Inspiróla éste un amor aún mucho mas vehemente que el que habia concebido por su adorado Colifiquini ; y era tan diestra en enganchar á los hombres, que halló el secreto de encantar al tal griego. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me dí por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habiame dado licencia el bei para armar en corso y exercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias antes que se concluyese dixe á Lucinda: madre, presto saldrémos de Argel, y dexarémos para siempre un lugar que tanto detestais y aborreceis.

Mudósela el color al oir estas palabras, y se quedó suspensa, guardando un profundo silencio. Sorprendióme esto extrañamente, y la dixe admirado: ¡qué es eso, señora! ¡qué novedad veo en vuestro semblante! parece que os afligís en vez de alegraros. Pareciame á mí que os daba la noticia mas gustosa participándoos que estaba disponiendo nuestro viage para España, y conozco que ya no deseais restituiros á vuestra

amada patria. Asi es, hijo mio, me respondió; confieso que ya no lo deseo. Tuve en ella tantos disgustos y tantas pesadumbres, que la he renunciado para siempre. ¡Qué es lo que oigo! exclamé penetrado de dolor. ¡Ah, señora! no digais que los disgustos recibidos en vuestro país son los que os le hacen aborrecer; decid que los nuevos amores entablados en éste os han hecho odioso aquel. ¡Santos cielos, y qué mudanza! Quando llegasteis á esta ciudad todo quanto se os ponia delante os causaba horror. Ali Pegelin es el que os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda. Verdaderamente que amo mucho á este renegado, y quiero que sea mi quarto marido. ¿Qué proyecto es el vuestro? interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un mahometano! Sin duda habeis olvidado de que sois cristiana, ó solamente lo habeis sido hasta aqui de puro nombre. ¡Ah, madre mia, y qué de cosas no estoi viendo ya! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo hice únicamente por flaqueza y por necesidad.

Otras muchas cosas la dixe para desviarla de aquel diabólico intento, pero prediqué en desierto y á un peñasco. Habia tomado ya su partido. No contenta con dexarse arrastrar de su mala inclinacion, abandonándome á mí por entregarse á un renegado, quiso llevarse consigo á Beatríz; pero á esto me opuse fuertemente. ¡Ah infelicísima Lucinda, la dixe; si nada es bastante á conteneros, abandonaos sola al furor que os posee, y no querais arrastrar á una inocente al pricipicio á donde os precipitais. No insistió mas en pedir á su hija, quizá por alguna centella de luz que por entonces rayó en ella. Así lo creia yo; pero conocia mui mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dixo dos dias despues: señor, mire vmd. por sí. Un cautivo de Pegelin vino á confiarme un secreto que no debo ocultar á vmd., para que no pierda tiempo en aprovecharse de él. Su señora madre ha mudado de religion, y en venganza de que su merced no le ha querido dar á su hija, está determinada á dar parte al bei de vuestra próxîma fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda haria todo lo que el esclavo me

avisaba. Habiala yo estudiado mucho, y estaba persuadido á que á fuerza de representar papeles trágicos en el teatro se habia familiarizado tanto con el delito y con la crueldad, que me veria quemar vivo, y no se conmoveria mas que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré todo quanto pude las prevenciones del embarco, y por no hacerme sospechoso tomé, segun las costumbres de los corsarios argelinos, algunos turcos conmigo, y salí del puerto con todos mis esclavos y con mi hermana Beatríz. Ya se persuadirán ustedes que no me olvidaria de llevar todo el dinero, toda la plata y alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos diez mil ducados. Luego que nos vimos en plena mar la primera cosa que hicimos fue asegurarnos de los turcos. Cargámoslos á todos de prisiones, lo que nos era mui facil por ser mucho mayor el número de los esclavos. Tuvimos un viento tan favorable, que en poco tiempo ganamos las costas de Italia. Arribamos á Liorna con la mayor felicidad; y toda

la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando; y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. ¡ Pero qué transportes, qué demostraciones, qué estrechos abrazos de alegria se dieron padre é hijo quando se reconocieron y llegaron á encontrarse! Luego que Azarini le informó de quién era yo y del motivo que me habia llevado á Liorna, me obligó el buen viejo á que no pensase en otro alojamiento que en el de su casa, juntamente con mi hermana Beatríz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me ví precisado á practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la iglesia. Solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fe que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi navío, y dí libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los turcos se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su

tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis padre é hijo practicaron conmigo todo género de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatríz; partido que á la verdad no dexaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un gentil-hombre, y heredera de la hacienda de Xercia, cuya administracion habia dexado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna quando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo partí para Florencia deseoso de ver aquella corte. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *Don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos mios, que sin tenerle, y por hacerse honor, se le dan á sí mismos en los paises extrangeros. Haciame pues llamar con descaro *el señor D. Rafael*; y como habia traido de Argel lo que bastaba para sostener dignamente esta postiza nobleza, me dexé ver en la corte con decoro. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini pu-

blicaban en todas partes què yo era hombre de distincion ; y como no lo desmentian las modales caballerescas que habia estudiado bien , generalmente era tenido por persona de importancia.

CAPÍTULO VII.

COMO SOI CRISTIANO QUE AHORA SE SIGUE LO MEJOR DE LA HISTORIA DE DON RAFAEL.

Supe entremeterme mui presto con los primeros señores de la corte , los quales me presentaron al gran duque , y yo tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme á hacerle la corte y á estudiar sus inclinaciones. Oia para esto cón atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y experimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho las prontitudes , los cuentos graciosos traidos con oportunidad , y los dichos agudos. Gobernéme por estas reglas , y todas las mañanas escribia en mis tabletas los cuentos que habian de lucirlo en aquel dia , y el modo de introducir , ó de traer la conversacion adonde siempre viniesen á pelo. Sabia

de memoria una gran cantidad de ellos, y tantos que parecia tener un saco lleno. No obstante que procuraba gastarlos con economía, veía que poco á poco se iba vaciando el saco de suerte que me veria precisado á echar mano de la triste figura llamada *repeticion*, si mi genio, fecundo en invenciones, no me socorriera con abundancia, de manera que yo mismo componia cuentos galantes y cómicos que divertian mucho al gran duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) todas las mañanas apuntaba en mi libro de memoria las agudezas y chistes que habia de decir aquel dia, vendiéndolos como hechos de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso que mis versos no valian un comino. Por eso no fueron criticados; pero aun siendo mejores dudo mucho que el duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinitamente. Quizá seria por razon de los asuntos que yo escogia. Sea por lo que fuere, aquel príncipe estaba tan pagado de mí, que llegué á dar zelos á los cortesanos. Estos quisieron averi-

guar quién era yo, pero no lo consiguieron. Solamente llegaron á descubrir que habia sido un renegado. No dexaron de ponerlo en noticia del príncipe, con la esperanza de desbancarme; mas se quedaron burlados. Al contrario, este chisme solo sirvió para que el gran duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi cautiverio en Argel. Hícesela con la mayor verdad, y le divirtió infinitamente.

Luego que la acabé me dixo: Don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de esto una prueba tal que no te dexe género de duda. Voi á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en la posesion de confidente mio te digo que amo apasionadamente á la muger de uno de mis ministros. Es la muger mas linda de la corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su familia, y totalmente entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora el ruido que hace en Florencia su hermosura. Por aqui conocerás la dificultad de esta conquista. En medio de eso esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me

ha visto suspirar por ella. Ha conocido mui bien lo que pasaba en mi corazon; mas no por eso me lisonjeo de haberla inspirado amor. Ningun motivo me ha dado para consentir, ni aun para formar tan gustoso pensamiento. Sin embargo no desconfio de que llegue á serla grata mi constancia, ni creo la desagrade la misteriosa y reservada conducta con que me he arreglado hasta aqui. La pasion que abrigo en mi pecho por esta dama de sola ella es conocida. En vez de abandonarme á mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado ha sido deslumbrar á todo el mundo ocultándole mi amor. Parecíame que era deudor de esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinteres y el zelo con que me sirve, los importantes servicios que me ha hecho, su fidelidad y su hombría de bien me obligan á proceder con la mas secreta circunspeccion en materia tan delicada. No quiero clavar un puñal en el pecho de un marido infelíz declarándome amante de su muger. Quisiera que ignorase siempre, si fuese posible, el fuego que me abrasa y me

devora, porque estoi persuadido que moriria de dolor si llegara á saber lo que ahora te confio. Deseo pues ocultarle todos los pasos que doi, y he resuelto servirme de ti para que expongas á Lucrecia lo mucho que me cuesta y me hace padecer la violencia á que me he condenado yo mismo. Por tu mano la haré saber mis amorosos sentimientos. No dudo que desempeñarás mui bien este delicado encargo. Introdúcete con Mascarini; procura ganar su amistad y confianza; freqüenta su casa, y haz lo posible para conseguir la libertad de hablar siempre que quieras á su muger. Esto es lo que pretendo y espero de ti, bien asegurado de que desempeñarás el asunto con la destreza y discrecion que pide un empleo tan espinoso y de tales conseqüencias.

Prometi al gran duque hacer todo lo posible para corresponder á su inestimable confianza y para contribuir á la satisfaccion de sus deseos. Cumplí presto mi palabra. Nada omití para grangearme la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del príncipe me

ahorró mas de la mitad del camino. Franqueóme su casa, dióseme entrada libre al quarto de su muger, y me atreveré á decir que en vista de mi respetoso y circunspecto proceder no tuvo la mas mínima sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco zeloso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su gabinete me dexaba muchos ratos solo y á quatro ojos con Lucrecia. Al principio cumplí con mi comision fielmente y á la buena. Hablé á la dama sobre el amor del gran duque, declarándola que venia á su casa precisamente para hablar con ella sobre este asunto. Parecióme que no estaba mui apasionada de él, pero al mismo tiempo conocí que la vanidad la hacia oir con gusto sus suspiros. Complacíase en oirlos sin querer corresponderlos. Era verdaderamente muger juiciosa y mui prudente; pero al fin era muger, y advertí que su virtud iba insensiblemente cediendo á la magnífica y lisonjera idea de tener dulcemente aprisionado á un soberano. En conclusion el príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino ve-

ria rendida á su amor esta Lucrecia. Sin embargo un incidente nunca previsto ni pensado desvaneció sus esperanzas, como ahora lo oirán vmds.

Soi naturalmente arriesgado con las mugeres, costumbre buena ó mala que me pegaron los turcos. Lucrecia era hermosa. Olvidéme de que con ella solamente debia hacer el papel de embaxador. Habléla por mí en lugar de hablarla por el gran duque. Ofrecíla mis obsequios sin la menor ceremonia. En vez de ofenderse de mi atrevimiento y de responderme con enfado, me dixo sonriéndose: confesad, D. Rafael, que el gran duque ha tenido gran acierto en elegiros por su agente, pues tan zeloso y fiel sois en servirle. En verdad que le servís con una lealtad que no hai voces para alabarla. Señora, la respondí yo en el mismo tono, las cosas no se han de exâminar tan escrupulosamente. Dexemos á un lado las reflexîones, que conozco no me son mui favorables; yo solamente me he abandonado á lo que me dicta el corazon. Sobre todo no creo ser yo el primer confidente de un príncipe que en punto de galanteo haya hecho traicion á su amo. Es cosa mui

freqüente en los grandes señores que sus mercurios sean sus rivales. Eso bien puede ser, replicó Lucrecia, pero yo soi altiva, y ningun otro que un príncipe será capaz de merecer mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir; pero con la precisa condicion que jamas volvais á hablarme sobre semejante asunto: no haciéndolo asi podrá suceder que os arrepintais mui de veras.

Bien que este fue un caritativo *aviso al lector* de que deberia yo haberme aprovechado; proseguí sin embargo en hablar de mi pasion con la mi amada Lucrecia, y ademas la importunaba con mayor ardor sobre que correspondiese á mi cariño, y llegó mi temeridad á pretender tomarme algunas libertades. Ofendida la dama de mis discursos y de mis atrevimientos me echó mui enhoramala, amenazándome que en breve sabria el gran duque mi insolencia, y le suplicaria me castigase como merecia mi arrojo. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas. Convirtióse en

ódio mi amor, y resolví tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Busqué á su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria le informé de la secreta inteligencia que reinaba entre su muger y el príncipe; pintándola á ella mui enamorada del gran duque para dar mas interes á la relacion. Lo primero que hizo el ministro para precaver todo accidente fue encerrar estrechamente en un quarto á su esposa, encargando su custodia á personas de toda confianza. Mientras ella estaba cercada de vigilantes árgos que dia y noche la observaban, y no dexaban camino alguno por donde pudiesen llegar al gran duque sus noticias, yo me presenté á este príncipe con semblante triste, y le dixe que no debia pensar mas en Lucrecia, porque Mascarini habia sin duda descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á zelar y guardar á su muger; que yo no sabia por dónde pudiese haber entrado en sospechas de mí, atendido que siempre habia usado el mayor disimulo y destreza; que quizá la misma Lucrecia habria informado á su esposo de mis pasos, y de concierto con

él se habria dexado encerrar para librarse de solicitaciones que sobresaltaban y ofendian su virtud. Mostróse el príncipe mui afligido al oir este informe, y á mí entonces me compadeció mucho su dolor, y mas de una vez me arrepentí de lo que habia hecho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte confieso que sentia no sé qué secreta maldita alegria quando consideraba la situacion á que habia reducido á una muger que solo por soberbia habia hecho tanto desprecio de mis suspiros.

Gozaba sin embargo impunemente el placer de la venganza, tan dulce á todos los corazones mal hechos, quando un dia estando con el gran duque con cinco ó seis señores nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que abusando de la confianza de su príncipe intentase soplarle su dama y apropiarse su amor? Merecia, respondió un cortesano, ser desquartizado vivo: otro opinó que debia ser molido á palos hasta que perdiese poco á poco la vida. El menos cruel de aquellos italianos, y el que se mostró mas favorable al delinqüente dixo, que él se contentaria con que fuese precipitado de

lo mas alto de una eminente torre. ¿Y D. Rafael, replicó el gran duque volviéndose ácia mí, de qué parecer es? Yo á lo menos, añadió, estoi persuadido á que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes coyunturas.

Conocí bien, como se puede pensar, que Mascarini no habia guardado su juramento, ó que su muger habia encontrado modo de instruir al gran duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al gran duque: señor, los españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dixo el duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia descon-

fiar despues de lo que me habian dicho de él. D. Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros delante de mí. Retiréme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia, que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó D. Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois me parece fue grande error no haber salido de Florencia asi que descubristeis á Mascarini el amor del príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el gran duque en saber vuestra traicion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto antes á pesar del juramento que me hizo el ministro de no exponerme al resentimiento del príncipe.

CAPÍTULO VIII.

DA FIN Á SU HISTORIA D. RAFAEL.

El dia siguiente al de mi despedida del gran duque me embarqué en un navío catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traxe de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la corte me apeé por casualidad en uno de los mesones que llaman de *caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavia era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas, que poco mas ó menos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aún era mas discreta que hermosa. Ninguna aventu-

rera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes. Mas no era de aquellas chulas que negocian con lo que las produce el reconocimiento de sus amantes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó á algun mayordomo de un gran señor? inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vimos los dos quando recíprocamente nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer tambien comunidad de bienes. Á la verdad no eran mui considerables los nuestros, y asi los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos en divertirnos uno con otro, sin aprovechar las disposiciones que teniamos los dos para vivir á costa agena. La miseria en fin despertó aquellos ingenios que el placer tenia dormidos, y aun casi letárgicamente amodorrados. Querido Rafael, me dixo un dia Camila, demos algunas treguas, y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes atrapar á una viuda rica, y yo puedo enganchar á al-

gun viejo poderoso. Si proseguimos en ser fieles uno al otro comenzarémos á ser miserables. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano. Ciertamente iba á hacerte la misma proposicion. Vengo en ello, reina mia. Sí por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester tentar otras conquistas. Las infidelidades que nos harémos serán otros tantos triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no podiamos encontrar lo que buscábamos. Á Camila solamente se le presentaban majos y pisaverdes; es decir, personas que no tienen un ochavo, y á mí solo se me ofrecian aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades apelamos á enredos y á bellaquerías. Hicimos tantos y tantas, que el corregidor llegó á saberlas, y este juez endiabladamente severo, dió órden que nos prendiesen. El alguacil, que era tan buen hombre como taimado el corregidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante cierta canti-

dad de dinero. Tomamos el camino de Valladolid, y arranchámonos en aquella ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que pasaba por hermana mia, por evitar las resultas del escándalo. Al principio nos contuvimos ocultando nuestra habilidad y talentos, y teniendo á rienda nuestra industria hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un dia se llegó á mí un hombre en la calle, y saludándome mui cortesmente me dixo: señor D. Rafael, ¿no me conoce vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó él, conozco á vmd. perfectamente. Víle en la corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran duque. Pocos meses há que dexé el servicio de aquel príncipe. Víneme á España con un italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas há. Vivimos en compañía de un castellano viejo y un gallego, dos mozos mui honrados. Nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiéndonos á nuestra satisfaccion. Si vmd. quiere agregarse á nosotros será mui bien recibido de mis compañeros, porque segun no-

ticias siempre le he tenido á vmd. por un hombre mui de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra órden.

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero yo hablarte con la misma. Es verdad que no soi novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mas hazañas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dexando á un lado alabanzas propias me contentaré con decirte, aceptando la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré á diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dixe á aquel ambidextro que consentia en aumentar con mi persona el número de sus camaradas, quando luego me conduxo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me dí á conocer á todos. Alli fue donde ví la primera vez al ilustre Ambrosio Lamela. Exâmináronme aquellos señores sobre el arte fino y sutíl de hacer propio lo ageno contra la voluntad de

su dueño. Quisieron saber sobre qué principios me gobernaba para exercitarle con destreza y sin peligro: descubríles tales y tantos ignorados por ellos, que se quedaron admirados; pero mucho mas se pasmaron quando me oyeron hablar con desprecio sobre la sutileza de las manos, tratándola de mecanismo vil y baxo, asegurándolos que en lo que yo me aventajaba era en los golpes magistrales de robar que pedian testa, ingenio, sagacidad y conducta. Para persuadirles esta verdad, y para que comprehendiesen mejor lo que les queria decir, los conté la aventura de Gerónimo Mojadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por un genio superior, y todos unánimemente me nombrasen por su gefe. Tardé poco en justificar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas briboneríás que hicimos, de todas las quales era yo el director y como la llave maestra. Quando se necesitaba alguna actríz para forjar mejor algun enredo echábamos mano de Camila; que era eminente en representar todos los papeles que se la encargaban.

Vínole por aquel tiempo á nuestro

cofrade Ambrosio la tentacion de ir á Galicia. Partió pues á su patria, asegurándonos de su retorno. Despues que satisfizó su antojo volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, y un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos negocios se informó mui bien. Vmd., señor Gil Blas, prosiguió dirigiéndome á mí la palabra, se acordará sin duda de la graciosa manera con que le desbalijamos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospecharia vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino á buscarnos, informónos de todo, y toda la gavilla se encargó de lo demas. Pero no sabrá las conseqüencias de aquella aventura, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con su balija, montamos en vuestras mulas, y tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los quales se admirarian tanto como vos quando vieron que no pareciamos al dia siguiente.

Á la segunda jornada mudamos de parecer, y en lugar de seguir el camino de Madrid torcimos ácia Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fue vestirnos decentemente. Vendímonos por dos hermanos naturales del reino de Galicia que viajaban por curiosidad. En poco tiempo entablamos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y caballerescas, que fácilmente deslumbraba á quantos me veían y trataban. Á esto se añadia que como en un país desconocido la calidad de los forasteros ordinariamente se mide por el gasto que hacen y por el esplendor con que se portan, echábamos polvos á los ojos de todos con los galantes y magníficos festines que dábamos á las damas. Entre las que trataba encontré con una que verdaderamente me enamoró. Quise saber quién era, y hallé que se llamaba Doña Violante, muger de un caballero que cansado de sus caricias obsequiaba á una cortesana que se habia hecho dueña de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á poner á Doña Violante en posesion de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la conquista que habia hecho. Comencé á obsequiarla siguiéndola á todas partes y haciendo mil locuras para persuadirla que no se aspiraba á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que no la desagradaba mi sana intencion. Recibí en fin un villete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España y en Italia son tan á propósito para el desempeño de esta especie de comisiones. Decíame en el tal villete que su marido cenaba todas las noches en casa de su dama, y que hasta mui tarde no se restituia á la suya. Desde luego comprehendí lo que me queria decir en esto. Aquella misma noche fui á hablar con Doña Violante por la reja, y tuve con ella una larga y mui fina conversacion. Quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos habiamos de hablar en el propio sitio sin perjuicio de los demas pasos amorosos que se podian practicar entre dia.

Hasta entonces D. Baltasar, que así se llamaba el marido de mi princesa,

podia darse por bien servido, pero yo queria amar fisicamente; y una noche fui al sitio consabido con ánimo de decir á la dama que ya no podia vivir si no lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente al exceso de mi amor; fineza que nunca habia podido conseguir. Pero apenas llegué á ponerme cerca de la reja quando ví venir á un hombre por la calle, el qual conocí que me observaba. Con efecto era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado á un hombre baxo las rejas de ella comenzó él mismo á pasearse por la calle. Estuve dudoso por algun tiempo de lo que debia hacer, pero al fin me determiné á abordar á Don Baltasar sin que yo le conociese ni él me conociese á mí: caballero, le dixe, suplico á vmd. que por esta noche me dexe libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á vmd. Señor, me respondió él, la misma súplica iba yo á hacer á vmd. Yo cortejo á una señorita que vive veinte pasos de aqui, á quien un hermano suyo hace guardar vigilantísimamente, por lo que quisiera ver del todo desocupada la calle. Espere vmd.,

repliqué yo, que ahora me ocurre un modo de que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convengo en ello, repuso él: yo voi á ocupar mi sitio, vmd. quédese en el suyo, y socorrámonos mútuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fue para observarme mejor, como lo permitia la poca obscuridad de la noche.

Acerquéme entonces sin recelo al balcon de Violante. No tardó ella en venir, y comenzamos á cuchichear. No me olvidé de hacerla mil instancias para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas estimable la gracia; pero despues echándome un papel que ya traía prevenido en el bolsillo: ahí va, me dixo, lo que deseas, y verás bien despachados tus ruegos. Al decir esto se retiró, por quanto se iba ya acercando la hora en que acostumbraba recogerse á casa su marido. Pero

éste, que habia conocido mui bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba me salió al encuentro, y con fingido alborozo me preguntó: y bien, caballero, ¿está vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á vmd. ¿cómo le fue en la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? ¡Oh! no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi bella volvió de su casa de campo un dia antes de lo que habiamos pensado, y este contratiempo aguó nuestro contento, y cortó mis no mal fundadas esperanzas.

Hicímonos D. Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrechar mas el lazo nos citamos para la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fue D. Baltasar derecho á su casa, donde no dió á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella; y el dia siguiente acudió á la plaza segun lo acordado un momento despues que llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sincéras por la mia. Hízome el artificioso D. Baltasar una fal-

sa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle contándole yo el modo con que me habia introducido al conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido. No contento con esto le mostré el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contexto, que era el siguiente: *mañana iré á ver á Doña Inés, ya sabeis dónde vive. En casa de esta fiel amiga mia nos hablarémos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

Ese es un papel, dixo D. Baltasar, que promete á vmd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Anticípole á vmd. la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dexó de mostrarse un poco turbado mientras hablaba de esta manera, pero fácilmente me deslumbró ocultando á mis ojos su turbacion y su embarazo. Estaba tan embebido en mis alegres esperanzas, que ni siquiera me acordaba de observar á mi

confidente, aunque éste se vió precisado á dexarme sin duda por temer de que no conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura. Ignoro lo que pasó entre los dos, solo sé que D. Baltasar vino á casa de Doña Inés á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se serenaron las dos mugeres, que se habian turbado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian ocultado ó hecho escapadizo. Lo que dixo á Doña Inés y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavia de conocer que D. Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echando mil maldiciones, y me fui derecho á la plaza, donde habia dicho á Lamela que me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte menos escasa que la mia. Mientras le esperaba ví que se venia ácia mí mi alevoso confidente con una cara mui ale-

gre y mucho desembarazo. Luego que me abordó me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de Doña Inés. No sé qué demonio, le respondí, enemigo de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella instando y suplicando llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve barrabás. Me fue preciso pensar en el modo de retirarme prontamente. Salí por una puerta excusada dando mil veces al diablo al grandísimo impertinente que viene siempre á descomponer mis medidas. Á la verdad lo siento, repuso Don Baltasar, alegrísimo en lo interior de verme tan desazonado. Este es un marido importuno, que no merece quartél. ¡Oh! en quanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doi palabra de que esta misma noche pasará por las baquetas su honor. Su muger, al separarnos, me dixo que fuese adelante con mi empeño, y no abandonase la empresa por tan pocas cosas; que prosiguiese en visitar sus ventanas á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no de-

xase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que en qualquiera lance me hallase bien prevenido. ¡Oh, qué prudente es esa dama! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡Oh, querido amigo! (repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello) ¡y de quántas finezas no os soi deudor! Aun haré mas por vos, repuso él. Yo conozco á un mozo que es un Alexandro, éste será tambien de la partida, y con tal escolta podreis divertiros á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para explicar mi reconocimiento á los favores de aquel nuevo amigo; tan encantado me tenia su zelo. Acepté en fin el socorro que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca del balcon de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fue á buscar á su cuñado, que era el Alexandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el qual aunque no menos admirado que yo del ardor con que Don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la

menor desconfianza de la sinceridad de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Quando me pareció que era hora de presentarme á las ventanas de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ellas bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pie firme. Llegóse á mí D. Baltasar y me dixo: este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre vmd. en casa de su dama, y disfrute su dicha sin cuidado ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos llamé á la puerta de mi ninfa. Vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores que me habian seguido hasta dentro de la casa, habian entrado en ella tan atropelladamente, y habian cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se habia quedado en la calle. Descubriéronse, y ya podeis imaginar

el apuro en que yo me veria. Era menester discurrir poco y obrar mucho. Cargáronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, yo les correspondí con tal denuedo; que en pocos instantes les hice descubrir mucha tierra. Díles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido, y el cuñado viéndole fuera de combate tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dexado abierta al escaparse mientras nosotros reñiamos. Fuile siguiendo hasta la calle, donde encontré á Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mugeres que vió iban huyendo, estaba pasmado sin saber á qué atribuir aquella fuga, ni el rumor que habia oido. Restituímonos á la posada, y recogiendo de prisa lo mejor que teniamos, montamos en nuestras mulas, y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocimos mui bien que el negocio era de peligrosas conseqüencias, y que se harian en Toledo tales pesquisas, que seria imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Vi-

llarubia, apeándonos en un meson, donde poco despues entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve. Cenamos todos juntos, y él nos contó el trágico suceso que la noche precedente habia acaecido al marido de Violante, mostrándose tan lejos de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas. Señores, nos decia, el suceso le supe esta mañana quando iba á montar á caballo. Con que solo entendí que no se sabia dónde habia ido á parar Doña Violante: se hacian grandes diligencias para encontrarla; y siendo el corregidor pariente de D. Baltasar estaba resuelto á no perdonar á medio ni gasto alguno para descubrir los autores del homicidio.

Nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo. Sin embargo tomé desde luego la resolucion de salir quanto antes de Castilla la Nueva, considerando que si encontraban á Violante confesaria quanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la justicia despacharia luego varias gentes en seguimiento de ella. En virtud de estas razones determinamos desviarnos de todo camino real desde el dia siguiente.

Tuvimos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podiamos entrar con seguridad en Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca nos metimos en las montañas que estan antes de llegar á la ciudad, y por senderos desconocidos al comun, pero mui practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de ermita. Con efecto era la misma donde ayer noche llegaron vmds. á pedirme que les recogiese.

Mientras yo me estaba recreando con la vista de aquellos contornos que me representaban un país deliciosísimo, me dixo mi compañero: seis años há que pasando yo por aqui me hospedó caritativamente en esta ermita un viejo y venerable ermitaño. Repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dixo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para desprenderme del mundo. Acaso vivirá todavia, y quiero ver si es asi. Diciendo esto se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algu-

nos momentos, salió diciéndome: apeaos, D. Rafael, y venid á ver un espectáculo mui raro. Eché pie á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré y ví tendido en un pobre xergon á un viejo anacoreta pálido, consumido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba tan poblada y tan larga, que le llegaba hasta la cintura, cubriéndole todo el pecho: tenia las manos puestas en cruz, y en ellas un gran rosario. Al ruido que hicimos quando nos acercamos á él entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar, y mirándonos con languidez un momento: *hermanos mios*, nos dixo con voz desmayada y confusa, *seais quienes fuéreis, aprovechaos del espectáculo que se presenta á vuestros ojos. Quarenta años viví en el mundo, y sesenta en el desierto. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y qué corto el que consagré á la penitencia! ¡Oh, gran Dios! Temo mucho, que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para satisfacer los pecados del licenciado D. Juan de Solís.*

Apenas dixo estas palabras quando espiró. Quedamos los dos atónitos á vista de su muerte. Semejantes objetos siempre hacen impresion hasta en los mas desalmados. Duró poco nuestra conmocion; porque olvidamos presto lo que acabamos de oir, y comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita. No tardamos mucho tiempo en hacerle, puesto que todos los muebles consistian en lo que habeis visto en ella. No solo la tenia el hermano Juan poco alhajada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducian á algunas pocas nueces medio podridas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que dificilmente podrian deshacer las despobladas encías del santo varon. Una cosa nos dió mas golpe, y no dexamos de extrañarla mucho. Hallamos un papel cerrado como una carta, que el difunto habia dexado sobre la mesa, en la qual encargaba á quien le leyese que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquella buena alma desear que se hiciese á su obispo se-

mejante regalo. Olíanos un poco á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. ¿Pero quién sabe si solo fue un si es ó no es de tontería? El hecho es que no nos atrevemos á decidir este punto.

Hablando de ello Lamela y yo le ocurrió á aquel un extraño pensamiento. Quedémonos, me dixo, en esta ermita: disfracémonos en ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo con el nombre del hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estarémos á cubierto de las pesquisas del corregidor de Toledo, que no creo pueda pensar en buscarnos aqui, sino que espero lo pasarémos bien en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de fantasía, y por hacer algun papel en una que se me figuraba como pieza de teatro. Abrimos pues una sepultura á treinta ó quarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella al hermano Juan despues de haberle despojado de su hábito, que con-

sistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos tambien la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, despues de los funerales tomamos posesion de la ermita.

Pasámoslo mui mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente con la triste provision que nos habia dexado el difunto; pero el dia siguiente antes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas, que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que habia comprado. Traxo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roxa de crines, la que se supo acomodar con tal arte, que parecia natural. No hai en el mundo mozo mas mañoso que él. Formó y texió tambien la barba del hermano Juan: ajustómela á la cara, y metióme en la cabeza un gran gorro de lana obscura, que contribuia mucho á cubrir el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro perfectísimo disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipage, de manera que no po-

diamos mirarnos sin que nos retozase la risa, viéndonos en un trage que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, alhajas que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

Pasáronse tres dias de nuestro ermitañismo sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al quarto entraron en la gruta dos paisanos. Traian al difunto, creyendo que estuviese vivo y sano, pan, queso y piñones. Luego que los ví me eché sobre mi tarima, y me fue facil alucinarlos. Fuera de que ellos no podian distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella supercherìa. Solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño ademas del hermano Juan. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dixo con cierto aire hipocriton: no os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la dexé por

venir á hacer compañía al venerable hermano Juan para asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los inocentes labradores prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heróica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos grandes santos en su país.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas de tela blanca, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la qüesta en la ciudad de Cuenca, que solo dista una corta legua de la ermita. Como la naturaleza le habia dotado de un exterior devoto y compungido con una voz semiatiplada y pegajosa, y que ademas de eso posee en supremo grado el arte de hacer valer estas prendas naturales, no es ponderable la facilidad con que movia el corazon de las personas caritativas á darle limosna. En poco tiempo le llenaron las alforjas los efectos de su piadosa liberalidad. Amigo Ambrosio, le dixe quando volvió á la ermita, te doi el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer los

corazones cristianos. ¡Vive Dios que parece has exercitado por muchos años el oficio de demandante! Algo mas he hecho, me respondió él, que proveer decentemente mis alforjas. Sabe que he topado con cierta ninfa llamada Bárbara, que fue algo mia en otro tiempo. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público, y hacen una vida mui diferente en particular. Al principio no me conoció, tanto que me ví obligado á decirla: ¿cómo asi, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? Por vida mia, señor Lamela, respondió Bárbara, que jamas podia soñar el veros vestido con ese trage. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño? Eso es cosa larga, la respondí, y ahora no puedo detenerme á contártela. Mañana á la noche volveré, y satisfaré tu curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿Qué hermano Juan? replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? No pienses en eso, respondí. Es verdad que en otro tiempo tuvo mu-

chos años; pero de pocos dias á esta parte ha remozado tanto, que no soi yo mas mozo que él. Pues bien, respondió Bárbara, siendo eso asi, que venga contigo. Sin duda que en eso se oculta algun misterio.

No dexamos el dia siguiente de ir á casa de aquellas embusteras luego que la noche nos lo permitió. Ellas nos tenian prevenida una gran cena. Inmediatamente que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas, arrimamos el hábito eremítico, y nos presentamos tales quales éramos. Ellas por su parte, por no parecer menos francas que nosotros, se descubrieron tambien ni mas ni menos como eran, haciéndonos ver todo lo que son capaces las falsas devotas quando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi toda la noche en la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Volvimos presto á repetir la visita, ó por mejor decir, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con estas ninfas mas de las dos partes de nuestro caudal. Pero cierto zeloso lo ha descubierto todo dando parte

á la justicia, la qual debia venir hoi á la ermita para apoderarse de nuestras personas. Ayer mientras Ambrosio iba continuando su qüesta por la ciudad, una de las beatas le puso en la mano un villete, diciéndole: una amiga mia me entregó esta carta, que iba ahora á buscar á un hombre para enviársela á vmd. Muéstresela al hermano Juan, y tomen los dos sus medidas en informándose de su contenido. Este es aquel mismo villete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que me obligó á abandonar tan precipitadamente mi solitaria habitacion.

CAPÍTULO IX.

DEL CONSEJO QUE TUVIERON D. RAFAEL Y SUS OYENTES, Y DE LA AVENTURA QUE LES SUCEDIÓ AL QUERER SALIR DEL BOSQUE.

Quando acabó D. Rafael de contar su historia, que á todos pareció demasiado larga, D. Alonso le dixo por cortesía que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplimiento tomó la palabra el señor La-

mela, y volviéndose á su compañero le dixo: D. Rafael, el sol está ya para ponerse; parecíame razon que deliberásemos sobre el partido que debemos tomar. Dices bien, le respondió Rafael: es menester pensar á donde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soi de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los resortes de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagios de que darémos golpes magistrales. D. Rafael, que tenia gran fe en sus presentimientos sobre estos asuntos, reputándolos infalibles, accedió luego á su opinion. D. Alonso y yo, como nos habiamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra la resulta de aquella conferencia.

Resolvióse pues que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Comimos un bocado, y despues cargamos el caballo con un pellejo de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya

lobreguez teniamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aún no habiamos andado cien pasos quando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho que pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó D. Rafael. ¿No sean quizá los corchetes de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, que sintiéndonos en este bosque nos vengan á buscar en él? No lo creo, dixo Ambrosio; antes bien serán algunos viajantes, que cogiéndoles la noche se habrán refugiado aqui hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero ir á reconocerlos yo: mientras tanto quédense los tres en este puesto, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fue acercando á paso de lobo ácia donde se dexaba ver la luz, que no estaba mui distante. Fue desviando con mucho tiento las hojas, los ramos y matorrales que le impedian el paso, y al mismo tiempo iba mirando y observando ácia todas partes con toda la atencion que á su parecer merecia la cosa. Vió sentados sobre la yerba, al rededor de una candela colocada sobre un montoncico de tierra, á quatro hombres, que aca-

baban de comer una empanada y de agotar un barril de vino que iban besando de mano en mano. Á pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á un árbol, y un poco mas lejos un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los quatro hombres que estaban sentados eran ladrones, y por la conversacion que les oyó acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los quatro salteadores sobre quien habia de poseer la dama que les habia caido entre las manos, y trataban de sortearla. Instruido plenamente Lamela volvió donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores, dixo entonces D. Alfonso, la muger y hombre que tienen atados á un árbol los ladrones quizá serán una dama y un caballero de mucha distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctima á la barbarie y á la lasciva brutalidad de unos infames asesinos? Creedme, señores, echémonos sobre esta vil canalla, y mueran todos á nuestras manos. Consintió D. Rafael, diciendo: yo estoi tan pronto á hacer

una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, cuyas conseqüencias no podian menos de ser mui ventajosas para todos, y añadió: atrévome á decir que en esta ocasion el peligro no me atemoriza, y que ningun caballero andante emprendió jamas con mayor gusto ni valor hazaña alguna peligrosa en servicio de su dama. Pero si las cosas se han de vender por su justo precio, y si no se ha de hacer traicion á la verdad, el hecho es que el peligro no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, nos era facil executar nuestra resolucion á mano salva. Atamos pues á un árbol nuestro caballo, y nos fuimos acercando sordamente y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino hablaban todos á un tiempo con voces desentonadas; rumor confuso que favorecia mucho al golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes que nos descubriesen, y disparándolas en un mismo punto todos quatro, apuntando cada uno al suyo

quasi á boca de jarro, todos quatro ladrones cayeron tendidos en el suelo.

Agitado el viento con los tiros apagó la luz, y nos quedamos en una tenebrosa obscuridad. Sin embargo de eso acudimos inmediatamente donde estaban atados el hombre y la muger: desatámoslos prontamente; pero estaban tan preocupados del terror, que no tuvieron espíritu ni voz para darnos las gracias por el bien que los haciamos. Verdad es que aún ignoraban si nos debian mirar como á bienhechores ó como á nuevos enemigos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos aquietarlos quanto antes, asegurándolos que los ibamos á conducir á una venta, que segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de alli, donde podrian recobrarse del susto, descansar lo que les pareciese, y seguir despues libremente su camino. Despues de esta seguridad, que los consoló y los confortó grandemente, los metimos en su coche y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron á visitar las faltriqueras de los vencidos. Volvimos

despues á desatar y traer con nosotros el caballo de D. Alfonso, y nos apoderamos tambien de los de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que distaba del bosque no mas que una media legua.

Llamamos á la puerta con gran fuerza dando terribles golpes, porque toda la gente de casa estaba profundamente dormida. Levantáronse y vistiéronse de priesa el ventero y la ventera, que no mostraron el mas mínimo enfado porque los hubiesen despertado á lo mejor del sueño quando vieron un equipage que prometia hacer mucho mas gasto del que efectivamente hizo. En un momento se encendieron luces por toda la venta. D. Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron el brazo á la dama y al caballero para ayudarlos á baxar del coche, sirviéndoles como de gentil-hombres hasta el quarto donde los conduxo

el ventero. Alli se hicieron mil cumplimientos recíprocos; y quedamos verdaderamente admirados quando llegamos á entender que los personages que habiamos librado eran no menos que el mismo conde de Polan y su hija Serafina. ¿Pero quién podrá describir el asombro de esta dama y de D. Alfonso quando recíprocamente se reconocieron los dos? El conde no atendió á este pasage porque estaba distraido. Púsose á contar mui por menor el modo con que habian sido atacados por los ladrones y caido al fin en sus manos despues de haber muerto al cochero, á un page y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que estaba infinitamente obligado á todos nosotros; y que si queriamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria tales pruebas de su reconocimiento que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó agradecido.

Ni á la hija de aquel señor se le olvidó darnos tambien mil gracias por la libertad que nos debia; y habiendo juzgado D. Rafael y yo que naturalmente gustaria D. Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella jóven viuda, lo dispusimos

prontamente divirtiendo y entreteniendo al conde de Polan. Bella Serafina, dixo á la dama el D. Alfonso en voz mui baxa, ya no me quejaré de mi desgraciada suerte que me obliga á vivir como un vandido desterrado de la sociedad civíl, habiendo tenido la fortuna de contribuir en parte al importante servicio que se os ha hecho. ¡Ah! respondió ella suspirando, ¿sois vos el que me habeis salvado el honor y la vida? ¿Sois vos á quien mi padre y yo debemos tanta obligacion? ¡Ah D. Alfonso! ¿por qué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano? No dixo mas, pero dixo lo bastante, y lo dixo en un tono mas que suficiente para que él conociese que si D. Alfonso amaba perdidamente á Serafina, no amaba menos ciegamente Serafina á D. Alfonso.

FIN DEL LIBRO V.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LO QUE HICIERON GIL BLAS Y SUS COMPAÑEROS DESDE QUE SE SEPARARON DEL CONDE DE POLAN: DEL IMPORTANTE PROYECTO QUE FORMÓ AMBROSIO, Y DE QUÉ MANERA SE EXECUTÓ.

Despues de haber empleado el conde de Polan la mitad de la noche en darnos las gracias y en protestarnos que podiamos estar seguros de su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo caminaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dexamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros sa-

limos de la venta siguiendo el camino que á Lamela se le antojó escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció cerca de Campillo. Ganamos prontamente las montañas que hai entre aquel lugar y Requena. Descansamos aquel dia, y le pasamos en contar nuestro caudal, que considerablemente se habia aumentado con el dinero que habiamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones. Á la entrada de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos: emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que lentamente se deslizaba hasta embocarse en las aguas del Guadalaviar. La apacible y deliciosa sombra con que nos brindaban los árboles, y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos bastarian para determinarnos á hacer alto en aquel ameno campo aun quando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos pues, y nos dispusimos

á pasar alli aqeul dia alegremente; pero quando quisimos almorzar nos hallamos con las alforjas mal provistas. Comenzaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco menos que agonizando. Señores, dixo entonces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sitio mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y yo parto á Xelva á este fin. Xelva es un bello lugar, distante de aqui solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dixo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria mui pronta la vuelta.

Sin embargo no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del mediodia, y aun se acercaba ya la noche á encaporar los árboles con su obscuro y negro manto, quando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto por las muchas cosas de que venia proveido. No solo traia el botarron lleno de excelente vino y las alforjas atestadas de viandas asadas y cocidas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á

las ancas del caballo que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dixo sonriéndose: yo se la doi á D. Rafael y á todos los mas diestros adivinos del mundo, á que no adivinan porqué ni para qué compré todo este fardo de ropa. Diciendo esto le desató él mismo con sus manos, y lo deshizo para que vieramos por menor lo que encerraba aquel especie de fardo. Mostrónos un manteo negro y una sotana del mismo color, que completaban un hábito largo; dos chupas y dos calzones de paño negro; un tintero de cuerno, compuesto de dos piezas ligadas con un cordon, una de las quales era en forma de caña, hueca por adentro, y servia para meter las plumas; una mano de papel fino; un gran sello y un candado, juntamente con una barreta de lacre ó cera verde. ¡Vive Dios, exclamó zumbándose D. Rafael luego que vió todas aquellas baratijas: vive Dios que el señor Ambrosio ha empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todos esos géneros solo me han costado diez doblones, y estoi persuadido á que nos han

de valer mas de quinientos. Contad seguramente con ellos. No soi hombre que me cargo de cosas inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas voi á daros parte de un proyecto que me está bailando en la cabeza. Oid, y juzgad.

Despues de haber hecho provision de pan me entré en una pastelería, y ordené que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, con igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba cocinando entró en la pastelería un hombre mui colérico quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del lugar, y dixo al pastelero: por Santiago apóstol que Samuel Simon es el mercader mas vil que hai en toda la villa de Xelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente. No me quiso fiar el grandísimo ladron seis varas de paño pardo, sabiendo mui bien que soi un oficial honrado, y que á ninguno he quedado jamas á deber un ochavo. ¿No os admirais de tal bestia? Él fia sin reparo á los caballeros quando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un maravedí, y no quiere fiar á un vecino honra-

do que está seguro de que le ha de pagar hasta el último cornado. ¡Qué manía! ¡maldito judío! ¡con qué gusto te veria yo quemado! Puede ser que se me cumpla algun dia, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba yo con la mayor atencion oyendo á aquel pobre oficial, el qual dixo otras muchas cosas del susodicho Samuel; y de repente sentí no se qué interno prenuncio de que yo mismo habia de vengarle, haciendo una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me diréis de qué genio es ese mercader? Del peor que se puede imaginar, me respondió broncamente. Es un desenfrenado usurero, remedando toda la apariencia de hombre concienzudo y virtuoso. Es un judío que por interés se hizo católico; pero su alma es tan judía como la del mismo Caifás.

No perdí una sílaba de todo lo que dixo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre: párome á ver su tienda, exâminola toda, y de repente

se me viene á la imaginacion un enredo que digerí con presteza, pareciéndome digno de un humilde criado y compañero del señor Gil Blas de Santillana. Voime derecho á una ropería, y compré los hábitos que veis; uno para el que ha de hacer papel de comisario del santo Oficio, otro para el que ha de representar el de secretario, y el tercero para el que ha de hacer de alguacil. Esta fue la causa de mi tardanza.

¡Ah querido Ambrosio, interrumpió D. Rafael, arrebatado de gozo, y qué admirable idea! ¡que plan tan asombroso! Envidio tan delicadísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, penetro todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en la felicidad de la execucion. Solo necesitas de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú, con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de comisario del santo Oficio, yo el de secretario, y el señor Gil Blas, si se dignare, hará el de alguacil. Ya es-

tan los papeles distribuidos; mañana representarémos la comedia, y yo respondo del suceso, á menos que lo eche á perder todo alguno de aquellos accidentes imprevistos que suelen venir importunamente á dar en tierra con los planes mas sabia y maduramente concertados.

Yo, por lo que á mí toca, solo concebí en confuso el proyecto que Don Rafael alabó tanto; pero durante la comida me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrías, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardamos poco en dormirnos; pero apenas amanecia quando el señor Ambrosio comenzó á gritar: *alerta*, *alerta*; los que tienen entre manos grandes empresas que executar no han de ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el señor comisario, le dixo D. Rafael entre despierto y dormido, y lo que su señoría ha madrugado. En verdad que el judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta

noche soñé que yo le estaba arrancando los pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de mui mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas que se dixeron nos pusimos todos de buen humor. Almorzamos alegremente, y nos dispusimos para representar nuestros personages. Ambrosio se echó á cuestas las bayetas y el hábito largo, de manera que tenia toda la traza de un verdadero comisario. D. Rafael y yo nos vestimos como pedia el papel que cada uno habia de representar; esto es, uno de secretario y otro de alguacil. Gastamos bastante tiempo en disfrazarnos y en instruirnos, tanto, que eran ya mas de las dos de la tarde quando salimos del bosque para encaminarnos á Xelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; antes bien era del conjuro el no dexarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo camínábamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas de la villa, dando tiempo á que acabase enteramente la luz del dia.

Quando nos pareció tiempo dexamos nuestros caballos en aquel sitio á

cargo de D. Alfonso, el qual estimó mucho que no le obligásemos á hacer otro papel en una burla tan pesada y de tan delicadas conseqüencias. D. Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos derechos á la puerta de Samuel Simon. Él mismo salió á abrirla, y quedó extrañamente sorprendido quando se vió en su casa con aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dixo en tono y aire imperioso: seor Samuel, de parte del santo Oficio, cuyo indigno comisario soi, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro gabinete y escritorio. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hai contra vos.

El mercader, á quien habia desconcertado este discurso, dió dos pasos ácia tras como si alguno le hubiese empujado ó dado un golpe en la barriga. Lejos de sospechar en nosotros alguna burla ó superchería, creyó de buena fe que algun enemigo suyo le habia delatado al santo Oficio. Tambien es mui posible que no reconociéndose él mismo por el mejor católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pes-

quisa ó secretá informacion. Sea lo que fuere nunca ví hombre mas perdido ni mas turbado. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que venera y teme á la Inquisicion. El mismo nos abrió su gabinete; y al entrar le dixo Ambrosio: señor Samuel, á lo menos recibid con sumision las órdenes del santo Oficio: retiraos á otro quarto, y dexadnos hacer líbremente lo que nos toca. No fue menos obediente á esta segunda órden que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su gabinete, donde sin pérdida de tiempo nos dimos priesa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo, y menos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto, donde habia mas del que podiamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca, y todo él era en moneda de plata. Nosotros hubieramos querido mas que fuese en oro; pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar: tuvimos paciencia, é hicimos virtud de la necesidad. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello don-

de lo podiamos encaxar sin que ácia fuera se conociese ; de suerte que todos ibamos cargados con un peso exôrbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, ni aun sospechar ; gracias á la destreza de Ambrosio y de D. Rafael, que nos hicieron ver y palpar como no hai en el mundo cosa mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

Salimos del gabinete despues de haber hecho nuestro negocio, y por una razon que es facil de adivinar, el señor comisario sacó el candado que llevaba prevenido , y por su misma mano le echó á la puerta poniéndole su sello, y diciendo á Simon : maestre Samuel, de parte de la santa Inquisicion os pongo precepto de que no toqueis á este candado ni á este sello, que es el del santo Oficio , al qual vos y todos deben respetar. Yo volveré mañana á esta misma hora á levantarle y á daros mis órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle , por la qual fuimos todos desfilando alegremente ; y quando hubimos andado como unos cincuenta pasos , comenzamos á caminar con tanta velocidad , que apenas tocábamos con el pie en tierra sin embargo de la pesa-

da carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y montando en nuestros caballos tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan felíz suceso al dios Mercurio, patron de todos los robos.

CAPÍTULO II.

DE LA RESOLUCION QUE TOMARON D. ALFONSO Y GIL BLAS DESPUES DE LA AVENTURA DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Caminamos segun nuestra loable costumbre toda la noche, y nos hallamos al amanecer á vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados nos desviamos con gusto del camino real para acercarnos á unos sauces que se descubrian como á unos mil y doscientos pasos de la aldea, en la qual no nos pareció conveniente detenernos. Quando llegamos á los sauces vimos que hacian una apacible sombra, y que los bañaba el pie un claro y bullicioso arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del dia. Quitamos los frenos á los caballos para

que pudiesen pacer, y nos tendimos sobre la verde yerba. Reposamos un poco, y despues acabamos de desembarazar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opíparamente nos pusimos á contar el dinero que habiamos robado al pobre Samuel Simon, y hallamos que montaba como á unos tres mil ducados; cantidad que añadida al caudal que ya teniamos componia un capital no despreciable.

Como se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y D. Rafael, que ya se habian despojado de sus hábitos inquisitoriales, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciéndonos que querian tomarse este trabajo porque la aventura de Xelva los habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve para ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dixo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, á donde presto volverémos á buscaros. Señor D. Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la vuelta de vmds. sea como la vuelta del humo. Te-

mo que si una vez se van, tarde nos juntarémos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es mui ofensiva á nuestro honor, y no mereciamos que nos hicieses tan poca merced. Es verdad que en parte te disculpo, y no me puedo quejar de la desconfianza que tienes de nosotros, acordándote tambien de lo que hicimos en Valladolid quando abandonamos á los compañeros que teniamos en aquella ciudad. Pero sábete que te engañas enormemente. Aquellos camaradas eran de un perverso carácter, y ya no podiamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer esta justicia á los de nuestra profesion, que no hai gremio alguno en la vida civíl en que el interes dé menos motivo á la division; mas quando no son conformes las inclinaciones puede alterarse la union como en el resto de todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á vmd. y al señor D. Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su corazon en punto al deseo que D. Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es mui facil, dixo entonces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dexar due-

ños del caudal á estos señores. La mejor caucion de nuestra segura vuelta será que quede todo en sus manos. Ya vé vmd., señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las ramas, sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedaréis asi resguardados sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendreis todavia dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y asi podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con las alforjas y el botarron, dexándome á mí con D. Alfonso, el qual me dixo luego que se fueron: señor Gil Blas, yo quiero abriros enteramente mi corazon. Confieso que me avergüenzo, y que á mí mismo me estoi continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con estos bribones y en venir hasta aqui con ellos. No os puedo decir quantos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche mientras me quedé solo guardando los caballos hice mil reflexîones que me despedazaban el corazon. Consideré que era

mui ageno de quien nació con honra y se crio con principios de una cristiana educacion vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela; que si por desgracia, como demasiadamente puede suceder, se descubriese algun dia una de estas maldades, y cayésemos todos en manos de la justicia, me veria públicamente castigado, quizá con una muerte afrentosa y como un vil ladron. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estos funestos pensamientos, y asi te confieso que estoi resuelto á separarme para siempre de tan mala compañía por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobarás este pensamiento. Seguramente no, le respondí. Aunque vmd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas son de mi gusto, y mucho menos las de aquella última especie; antes bien me decia yo á mí mismo mientras estaba representando el tal papel: á fe, señor Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á cogerle á vmd. por la golilla, no lo habia de contar por gracia, y que sin

duda le pagaria bien el salario que el señor alguacil tenia tan merecido. Asi que, señor D. Alfonso, no estoi menos fastidiado que vmd. de tan honrada compañía, y de buena gana se la haré á vmd., si es que me lo permite, á qualquiera parte que vaya. Quando vuelvan estos señores les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana mui temprano, ó desde esta misma noche, nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dixo: pasarémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No es mucho mejor seguir la noble y gloriosa carrera de las armas que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podemos hacer buena figura con el dinero que nos ha tocado. No ya porque dexe de remorderme la conciencia de servirme de dinero tan mal adquirido; pero sobre que la necesidad me obliga á ello, juro de resarcir á Samuel Simon el daño que pude hacerle á la menor fortuna con que me favorezca la guerra. Aseguré á D. Alfonso que en las

mismas disposiciones me hallaba yo, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separariamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, levantando el campo y llevándonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dexándonos dueños de él no permitió que ni aun siquiera nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en Valladolid disculpaba este robo por derecho de represalia.

Ácia el fin de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y D. Rafael. La primera cosa que nos dixeron fue que habian hecho un viage mui felíz, y que dexaban echados los fundamentos de una aventura, que segun todas las apariencias seria sin comparacion de mucha mas ganancia que la del dia anterior. Comenzó á contarnos el plan el hijo de Lucinda; pero D. Alfonso le atajó diciéndole que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para persuadirnos que prosiguiésemos acompañándolos en sus expediciones, no les fue

posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.

CAPÍTULO III.

COMO D. ALFONSO SE HALLA EN EL COLMO DE SUS DICHAS; Y LA AVENTURA POR LA QUAL SE VÉ GIL BLAS DE REPENTE EN FELÍZ SITUACION.

Caminamos felízmente hasta Buñol, donde por una desgracia fue preciso detenernos. Sintióse malo D. Alfonso. Asaltóle una ardiente calentura con crecimientos que me hizo temer por su vida. Por gran fortuna no habia médico en el lugar, y salimos á buen precio de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse mui agradecido á lo que habia hecho por él, y como era recíproca la inclinacion del uno por el otro nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes

siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera asi que llegásemos á Valencia. Pero el cielo dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que estaba en el camino una multitud de gente que formaba un gran corro, y bailaban dentro de ella divirtiéndose alegremente. Acercámonos á ver la fiesta, y D. Alfonso, que estaba mui ageno de hallar el objeto que se le presentó, se sorprendió extrañamente al descubrir entre los concurrentes al baron de Steinbach. Este, que tambien reconoció por su parte á D. Alfonso, corrió luego ácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡ah, querido D. Alfonso! ¡vos aqui! ¿Es posible que lo crea? ¡Por toda España se os andaba buscando, y ahora una felíz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!

Apeóse prontamente del caballo mi compañero, y partió precipitado á dar mil abrazos al baron, cuya alegria me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dixo el buen viejo: presto sabrás quién eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le introduxo en la sala, donde

yo tambien entré con ellos, porque me habia apeado, y até á un árbol los caballos mientras ellos se abrazaban. El primero que encontramos fue el dueño de la misma quinta. Era un hombre como de cincuenta años, y de bellísima traza: señor, le dixo el baron de Steinbach, aqui teneis á vuestro hijo. Á estas palabras D. César de Leiva, que asi se llamaba aquel señor, echó los brazos al cuello de D. Alfonso, y le dixo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el ser. Si te he dexado ignorar por tan largo tiempo tu verdadero estado, cree que ha sido á costa de una cruel violencia. Mil veces he suspirado de dolor, mas no podia hacer otra cosa. Caséme con tu madre solo por amor, era de nacimiento mui inferior al mio: vivia yo baxo la autoridad de un padre duro é impetuoso; fueme preciso tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo te crió. En fin ya no vive mi padre, y puedo declarar al mundo que tú eres mi único heredero. Aún no lo he dicho todo: pienso casar-

te con una dama, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió D. Alfonso, suplicoos que no me hagais pagar tan cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿ Sera posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro ha de venir acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado ? ¡ Ah, señor ! No querais vos ser mas cruel conmigo que lo fue vuestro padre con vos. Si éste no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á tomar muger. Hijo mio, respondió D. César, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos. Solo quiero tengas la complacencia de ver á la esposa que te tenia destinada antes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa; pero no por eso te haré violencia. No está lejos; hállase actualmente en esta misma casa. Sígueme, y si no te agradare, te doi palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto tomó de la mano á D. Alfonso, y le conduxo á un magnífico quarto, permitiéndonos al baron de Steinbach y á mí que los fuesemos siguiendo.

Estaban en él el conde de Polan

con sus dos hijas Serafina, Julia, y Don Fernando de Leiva su yerno, el qual era sobrino de D. César. Acompañábanlos otras muchas damas y caballeros. D. Fernando, como ya se ha dicho, habia sacado á Julia de su casa, habianse casado, y con motivo de esta boda habian concurrido á festejarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dexó ver D. Alfonso, y que su padre le presentó á toda la compañía, se levantó el conde de Polan y corrió exâlado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador. D. Alfonso, prosiguió el conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la del padre. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor salvaste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de D. César correspondió con las mas vivas expresiones de reconocimiento al cumplido que le hacia el conde de Polan, no siendo facil discernir qual de los dos afectos competian la preferencia en su agitado corazon, si

el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto pocos dias despues se celebró este matrimonio con el mayor gusto y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que concurrieron á libertar al conde de Polan, éste me conoció, y me dixo que corria de su cuenta mi fortuna. Yo le dí muchas gracias por su generosidad, pero le respondí que no aspiraba á otra que á la de servir á D. Alfonso, el qual me declaró mayordomo de su casa, honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon, me despachó á restituirle todo el dinero que le habiamos robado; esto es, á hacer una restitucion, lo qual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

FIN DEL TOMO II.

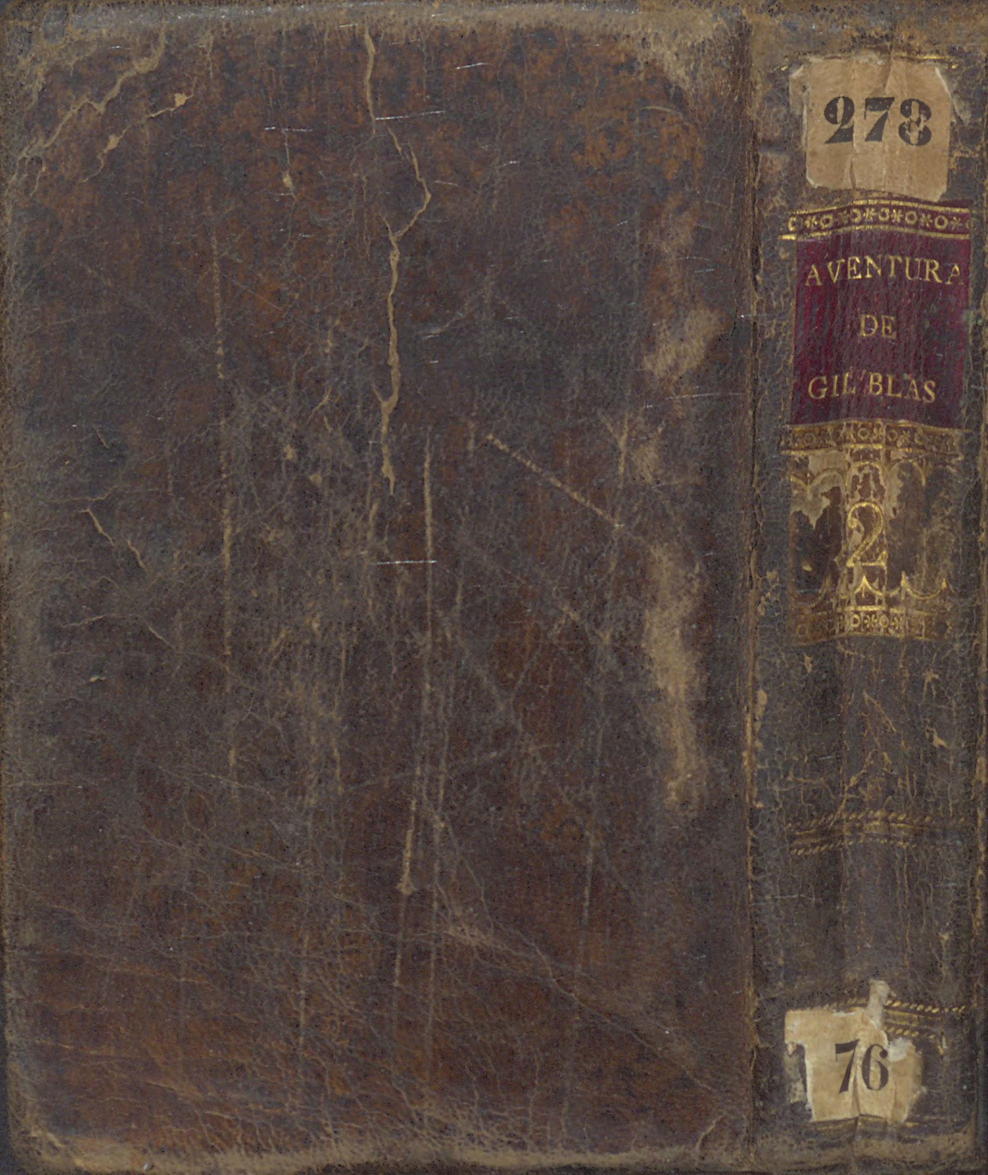
El dia 17 de Febrero de 1587 leyo esta obra D. Juana Gomez

... de los dos afectos competian la
preferencia en su agitado corazon , si

Yun






273
AVENTURA
DE
GIL BLAS
2
76


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm